





OBRAS COMPLETAS

DE

MISTRESS BENNET.

TOMO XII.

ROSA,
Ó LA NIÑA MENDIGA
Y SUS BIENHECHORES.

ESCRITA EN INGLÉS

POR LA CÉLEBRE

MISTRESS BENNET:

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

DON FELIX ENCISO S. A.

TOMO VIII.

MADRID.

Imprenta de Repullés.

1820.

Se hallará en las librerías de Escamilla *calle de Carretas*, *y de* Amposta *calle del Principe.*

ROSA,

Ó LA NIÑA MENDIGA

Y SUS BIENHECHORES.

CAPÍTULO PRIMERO.

La mañana estaba deliciosa, y aunque los caminos se hallaban sembrados de las hojas secas con que el otoño cubre las campiñas, sin embargo la naturaleza parecia sonreise á vista de las últimas riquezas de la estacion, y el sol esparcia sus rayos vivificadores desde un cielo sin nubes.

Rosa, habiéndose colocado en la situacion que la pareció mas conve-

niente para no incomodar á su compañero de viaje, vió por un ángulo del camino toda la fachada de la quinta de Mushroom, y contó once jardineros ocupados en recortar los céspedes que habia bajo las ventanas, y entonces acordándose de la magnificencia interior de la casa, observando la hermosura del país y de los prados que le rodeaban, pronunció en voz baja este pasaje de Shakespeare.

Es sin embargo dentro aquella casa
Donde el dormido encuentra su vestido,
Su comida el hambriento:
Allí gana el sustento
Para su hijo querido
El jornalero con trabajo honesto.
Reflexionando esto,
Es preciso que todos convengamos
En que si el egoismo y la apatía
De los feroces amos,

De tanto lujo y tal magnificencia,
Cierran su corazon á la indigencia,
La vanidad lo suple en cierto modo,
Pues le obliga á que gaste su dinero;
Y si nunca su puerta
Al mendígo está abierta,
Por lo menos el pobre jornalero
Allí encuentra el trabajo apetecido,
Y con su precio queda socorrido.

Apenas ella acabó de recitar este trozo de poesía cuando oyó que su compañero de viaje suspiraba, y la respondió pronunciando con voz convulsiva otro pasaje del mismo poeta, accionando con su mano derecha mientras sus ojos estaban anegados en lágrimas; Rosa se inmutó, y examinando con atencion aquel rostro pálido, conoció á su digno amigo, al primer protector de su infancia, en fin, al honrado John-Brown. El ex-

ceso de su sorpresa la dejó inmovil, y continuó mirándole con aquella ansia que solo pueden conocer los corazones sensibles. Por fin, exclamó: "Mr. Brown: ¿es Mr. Brown? ¿Será esto posible?" y ya no pudo articular otra palabra.

Mr. Brown ya no llevaba aquel bello sombrero de galon que en otro tiempo; la bella librea del Coronel tampoco brillaba sobre su espalda, ni aun tampoco tenia aquella casaca de paño pardo que distinguia en otro tiempo al posadero de Withe-Horse. Una vieja casaca azul, una chupa negra, demasiado larga para su talla, y un mal sombrero que cubria sus canas formaban un contraste tan terrible, con lo que habia sido en otro tiempo, que ni aun las ojeadas penetrantes de la amistad hubieran podido conocerle sin el au-

xilio de su amigo Shakespeare.

John, cuyas melancólicas miradas permanecian fijas sobre Penrry, que todavia se descubria, se oyó nombrar por Rosa, sin manifestar la mas ligera sorpresa, interés ó curiosidad; y respondió friamente, pero con aquella dulzura que le era natural: "soy John, para serviros, señora." — "¿Y no me quereis hablar? "exclamó Rosa, que entonces pasó de la sorpresa á la mayor alegria;" ¿no me mirais? "¿Será que habreis olvidado á vuestra amiguita Rosa?"

John volvio entonces la cabeza, se puso pálido, sus labios temblaron, quiso hablar, suspiró profundamente, y cayó sin sentido á los pies de Rosa. "¡Ay Dios! exclamó ella, mientras que el coche corria con la mayor rapidez, ¡oh mi pobre John, mi querido John!" pero á pesar

de todos sus esfuerzos no podia alcanzar al fondo del coche, ni llamar al cochero, á causa de la posicion de su triste amigo que cerraba el paso; y se hubiera visto en la precision de dejarle sin socorro, á no ser porque el lacayo de Lady Gauntlet, habiendo dejado el asiento del cochero para colocarse en la imperial, no hubiese casualmente dejado un faldon de su casaca colgado sobre la portezuela, y Rosa tirando de él consiguió que mandase parar el coche.

"Ya lo habia dicho yo, exclamó el lacayo, ayudando á levantar á John, ya habia dicho que este pobre hombre no era digno de viajar al lado de esta señora." — ¡Digno! exclamó Rosa. ¡Ah! él es digno de viajar con un Príncipe. Tened cuidado de no hacerle daño, y levantarle poco á poco.

John volvió en sí, y soltándose de los brazos del lacayo, juntó sus manos y exclamó: "¡Querida Miss Rosa!.... sí.... sois vos.... sois la hija querida de mi buen amo.... ellos me han dicho.... ¿pero qué me importa ahora que digan lo que quieran? Ya os he encontrado.... pero ¡ay Dios! yo he perdido á mi amo para siempre.... esperaba, añadió suspirando, esperaba á lo menos ver su sepulcro, y para esto marché allá: querida Miss Rosa.... yo os dejé, dejé á mi pobre muger; os abandoné á ambas en este mundo perverso.... pero decidme, ¿qué se ha hecho mi pobre Bety? porque los inhumanos habitantes de esta aborrecible aldea nada han podido decirme de ella.

Rosa no contextó sino llorando.— "Vamos, amigo mio, dijo el cochero; ya que estais mejor, dejad que os co-

loque á la trasera del coche; ya veis que esta señorita no puede hablar."— "Ah! replicó John, su voz es la misma melodía, mas de una vez ha hecho palpitar mi corazon, pero teneis razon: ¿yo debo ir á la trasera del coche?" — "Por cierto que no ireis, Mr. John, exclamó Rosa: nosotros no debemos separarnos así.... vos permanecereis á mi lado para instruirme de lo que.... vamos, concededme el favor que os pido, y no me aflijais con cumplimientos, que me incomodan."

John obedeció: el lacayo subió á la imperial, el cochero á su asiento, y el coche siguió su camino.

Cómo es posible describir las sensaciones que experimentaban los dos amigos, que la casualidad habia conducido el mismo dia á Penrry, para informarse de las personas que les eran

tan queridas : vamos sencillamente á instruir al lector de las aventuras de John Brown, desde el instante en que se apartó de su muger y su casa. Acabando de oir la carta de Jayme Buchan, sufrió un deseo irresistible de ir á informarse por sí mismo de la suerte de su amo. Decíase á sí propio, es verdad que Buchan dice que le ha visto caer, pero como despues de la pérdida de un brazo era mas natural que no se hubiese hallado capaz de asistir á su amo con el otro, pensaba John que su amo habria podido libertarse de la muerte; pero si hubiese caido para nunca levantarse, si sus preciosos restos hubiesen quedado confundidos entre el polvo de aquella tierra tantas veces regada con su sangre, por lo menos, ¿no deberia él ir á bañarla con sus lágrimas? Esta horrible idea, y la

amarga reconvencion que se hizo de no haber seguido á su amo, despedazaron su corazon con un dolor tan cruel, que se decidió á marchar inmediatamente á la India, y atravesar todas las regiones de la Zona tórrida, antes que conservar la menor duda sobre la suerte de su amo, su amigo, y en fin aquel á quien queria mas que á su propia existencia.

Cediendo á este imperioso deseo, y no queriendo permitirse tiempo para mayor examen, John salió precipitadamente de la quinta de Mushroom, atravesó la aldea, halló felizmente un coche que iba á Londres, y en fin, al cabo de dos dias se halló á bordo de un barco de la compañía que iba á salir para la India.

Mediante varios sucesos muy largos de contar, este barco, en lugar de ir á Bengala, se vió en la preci-

sion de arribar al fuerte de Saint-George, y el pobre John despues de inauditos trabajos llegó á Calcuta, donde no halló ninguna posibilidad de que pudiese existir su amo, y ni aun tuvo la triste satisfaccion de regar con lágrimas el sepulcro, porque el ejército de Tipo no habia tenido con los vencidos ni aun el respeto de enterrar sus cadáveres.

Apenas el pobre John se cercioró de esta triste noticia, se le arrestó como desertor, y se le envió preso hasta que un consejo de guerra decidiese sobre su suerte.

El Presidente y muchos oficiales que componian aquel tribunal recordaron con dolor la triste suerte del desgraciado Coronel Buhanum, y aun reconocieron las facciones de su buen criado, quien entregado á su dolor esperaba con indiferencia el resultado

de la sentencia que se iba á pronunciar.

Los oficiales, en cuyo cuerpo se hallaba el Capitan W. que desempeñaba los primeros papeles en el teatro de Calcuta, conocieron la rectitud de los principios de John, se sorprendieron de verle cargado del crimen de desercion, y le aconsejaron que entablase su defensa, pero con una mezcla de interés y de duda, que excitaron en él un movimiento de aquel orgullo militar, que no puede sufrir ni aun la sombra de una sospecha contra el honor; de modo que poco despues la memoria de su muy amado amo, y el recuerdo de haberle perdido llenaron únicamente su corazon; comenzó á acusarse de no haberle seguido, y repitió mil veces que jamas se perdonaria aquella falta de deber para con él. Los oficiales que

componian aquel tribunal conocieron la generosidad de los motivos de semejante conducta ; pero como el pobre John se habia olvidado de llevar consigo la licencia firmada por el Coronel , y como la disciplina militar es de la mas alta importancia en la India , el tribunal no halló medio de absolverle , y fue condenado á trescientos palos , que luego se rebajaron á doscientos , despues á ciento , y últimamente en el punto de la ejecucion á cincuenta ; mas lo que causó el mas vivo dolor á John fue verse deshonrado : ¡justamente deshonrado! Segun su propio juicio él no habia cumplido ni los deberes de soldado, ni los de criado ; perdió su propia estimacion , y cayó en el mayor abatimiento. Su conducta , que antes era modelo de los soldados , se resintio un poco del desprecio que hacia de

sí propio, y le expuso á continuos castigos de parte de sus gefes. Pensaba sin cesar en su casa, su muger, y la encantadora niña, que habia prometido no perder jamas de vista. En fin, para libertarse de estas reflexiones, que le eran inseparables, se emborrachaba con aguardiente de Arrack, siempre que le ocurria, que por desgracia era con demasiada frecuencia.

El Capitan W. seguia siendo su amigo; á veces le daba algunos papeles en sus comedias, y ésta era la única cosa que el pobre John desempeñaba con serenidad; pero un dia que trabajaba en ciertas decoraciones tuvo la desgracia de caer en un escotillon, y se quebró una pierna. La acrimonía de su sangre, y el calor del clima hicieron su estado tan peligroso que fue preciso hacer la

amputacion para salvarle la vida. Despues de aquel desgraciado incidente se curó, contra toda esperanza de su gusto, por el aguardiente; pero su salud decayó en términos que creyó verse libre bien pronto de una vida que cada dia le era mas penosa.

Incapaz ya de poder ni servir en el ejército, ni de figurar en el teatro, se le envió á Inglaterra, y llegando á su pais natal, esperando ser alegremente recibido por su muger, recobró su valor, é inmediatamente se dirigió á pie por el camino de Penrry con algunos *dollars* en su bolsillo, y llevando acuestas todo su guarda-ropa, tan pequeño que iba dentro de un pañuelo de seda, colgado de su palo.

La primera casa donde se paró en Penrry fue en la del bàrbero, amigo del jóven Croack; pero como

se hallaba fuera, se dirigió á un muchacho, á quien no conocia, y le hizo algunas preguntas acerca de los negocios del Witthe-Horse. Es imposible pintar la dolorosa sorpresa que esperimentó cuando supo que se habia echado de su casa á su muger, vendiendo todos sus efectos, y poniéndola en la precision de volver á ser criada de la joven Miss, que vivia con el Doctor Croack. Entonces se dirigió á casa del Doctor con el corazon oprimido de pena.

El Doctor acababa de despedir á Rosa de un modo tan duro, y al ver á John, cuya llegada á Penrry le parecio muy extraordinaria, se imagino al punto que todas sus preguntas acerca de su muger eran consecuencias de un plan combinado para instruir á Rosa del paradero de Eleonora, y así le trató con desprecio;

y unido con Mistress Bawsky le dijeron ambos que su muger no estaba allí, que se les daba muy poco de lo que pudiese haberle sucedido, y le despidieron.

John sofocado de dolor marchó á la aldea: algunos de sus antiguos habitantes no le conocian, y los mas fingieron no conocerle; en fin, cediendo al cansancio y á las melancólicas sensaciones que oprimian su corazon llegó á Withe-Horse, se sentó en su antiguo banco junto á la puerta, pidió un cuartillo de cerbeza, y envió á decir al posadero que deseaba hablarle.

Jamas hubo sorpresa comparable á la de Sam, cuando supo que su amo vivia, y acababa de llegar á Penrry. Esta noticia se habia esparcido por la aldea aun antes que John llegase al Withe-Horse. Sam se dió

prisa á dirigirse á la quinta para avisar á Sir Salomon este caso extraordinario, y por consecuencia no pudo acudir á la cita de John.

El caballero escuchó á su agente con mucha atencion; pero cuando oyó que John habia vuelto casi en un estado de mendicidad, despidió á Sam con la mayor indiferencia, con órden de no permitir bajo pretesto alguno que el antiguo posadero de Withe-Horse pusiese los pies en aquella casa.

Sam prometió respetuosamente obedecer, pero al salir vió en la antesala una porcion de criados que bebian, y habiendole convidado no pudo resistirse á la tentacion, y aceptó gustoso un asiento á la mesa.

Durante este espacio de tiempo el pobre John sentado en su banco se entregó tristemente á sus reflexiones.

Vió que habia perdido sus amigos, su muger, su casa, pero le quedaba otro objeto que buscar en Perry; este era Rosa. Sir Salomon Mushroom habia aceptado su tutela, y John se lisonjeó de que en aquella casa recibiria noticias de la hija adoptiva de su amo; con esta idea se levantó, depositó en la posada su lio de ropa, y se dirigió á la quinta.

Sir Salomon, que temia esta visita, acababa de dar ciertas órdenes acerca de ella, cuando John fue presentado en el propio momento en que Rosa acababa de volver al Withe-Horse. El caballero estaba sentado en una magnífica biblioteca al frente de algunos volúmenes soberbiamente encuadernados, y colocados con gusto. El esplendor, el lujo que reinaba al rededor de él ofrecia una perspectiva respetable, y John intimidado y

confundido se detuvo callando en medio de la pieza con su sombrero en la mano. Sir Salomon expresó su sorpresa al verle, y dijo que presumia que su regreso á Penrry tendria por objeto pagarle el dinero que le debia, y añadió que en este caso estaba pronto á cederle al arrendamiento del Withe-Horse, del cual se apartaria con gusto la persona que le habia reemplazado, mediante la poca ganancia que dejaba aquella posada.

John no tenia dinero, sabia que su muger habia pedido prestadas cien libras á Sir Salomon, se acordó tambien de ciertas deudas con los tenderos, pero todas estas ideas se hallaban tan embrolladas en su cabeza que no pudo encontrar una cita de Shakespeare aplicable á las circunstancias. Tosió, bajó los ojos, y en voz baja preguntó por Miss Rosa.

Una expresion de dureza feroz se advirtió entonces en el rostro del caballero, y respondió que aquella muchacha ingrata, despues de haberle costado sumas inmensas, habia marchado sin dignarse instruirle del paraje adonde iba, y aun sin haberle escrito despues para darle siquiera las gracias por cuanto habia hecho en su favor.

Esta explicacion volvió á John toda su energía, y ya no se intimidó delante de aquel vil ser que le hablaba. Él habia firmado por su mano el testamento de su amo, y no ignoraba que Sir Salomon habia recibido en depósito una suma considerable para Rosa: ademas estaba cierto que el Coronel Bahanum acompañaba siempre á los regalos que le enviaba desde la India algunas letras de cambio para su hija adoptiva: miró pues al

caballero con seriedad, y con un tono teatral le recitó este pasage de Shakespeare.

Aquel que se envilece en la grandeza
Es mucho mas culpable
Que el que obligado por la dura suerte
Se presta á la mentira.
Siempre es la mala fe mas detestable
En el rico, cercado de opulencia,
Que en aquel que mendiga su existencia.

"Insolente, bribon, abominable, exclamó furioso el caballero: tú recibirás el castigo de tu audacia: yo te haré morir en una carcel."

John, sin asustarse con esta amenaza, continuó afirmando con serenidad su opinion, y acusando al señor de la quinta de fraude y engaño; pero éste, perdiendo la paciencia, no solo mandó que sacasen de su casa

á aquel pícaro que le faltaba al respeto, sino que envió á decir al alguacil de la parroquia que le persiguiese como á un vagamundo peligroso.

Sam estaba todavia en la quinta bebiendo con los criados; y como no tenia ganas de presentarse á John, envió á decir que á éste y su ropa se pusiese á la puerta de la posada.

El pobre John no pudo resistir á este último acto de barbarie; luchó contra el criado de la posada, y dos soldados que estaban en la casa, mientras que sus fuerzas se lo permitieren; pero vencido por el número se puso á llorar, y se retiró sin saber ádónde iria.

La noche se acercaba, y el pobre John, aunque tenia dinero para pagar posada, hubo de retirarse hácia el arrabal, que fue el primer asilo de Rosa, y tendido en el suelo

pasó la noche hasta el amanecer, y entonces privado de la esperanza que le habia animado la víspera, apenas tuvo fuerzas para ir por el camino de Londres á encontrar la diligencia.

John contó todo esto con una sencillez tan interesante, que Rosa al escucharle no pudo contener sus lágrimas, y despues le contó igualmente su historia. El encuentro de este fiel amigo fue un suceso tan feliz para ella, que ya no la dió cuidado su suerte, pues aunque sin duda miraba la proteccion de Lady-Gauntlet como una gran ventaja, sin embargo, la amistad de John la era un tesoro inapreciable.

Antes que el coche entrase en Londres John observó, que como Rosa iba á casa de unas personas del gran tono, no era conveniente que en su presencia manifestase tener relacion al-

guña con un miserable como él. Yo conozco (dijo), yo conozco mejor que vos, querida Miss, el espíritu de lo que se llama la sociedad brillante; todo depende de la primer impresion que exciteis á vuestra llegada, y no quiera Dios que yo jamas cause algun perjuicio á aquella á quien mi querido Coronel tenia tanto cariño.

Rosa se opuso con todo el ardor de la sensibilidad á la resolucion tomada por el honrado John de no acompañarla á casa de Madama Lacroix; sin embargo, la advirtió con tal viveza que su suerte futura dependeria de la conducta que tuviese en aquella época, que ella á pesar de su repugnancia se vió obligada á ceder á sus argumentos, pero con la condicion de que aceptase la mitad de la pequeña suma que ella tenia en su bolsillo.

John, en aquel mismo instante habia sacado un trapo, que era su bolsillo, para partir con ella sus dollars, diciendo que una jóven tan bella y delicada como ella no debia carecer de nada, y él acostumbrado á la desgracia, y endurecido en la fatiga, tenia bastante fuerza para sufrir todas las privaciones.

Rosa no quiso admitir como una consecuencia absoluta que el haber sufrido mucho era la señal de poder sufrir mucho mas, y añadió que visto el mal estado de su salud, estaba él menos capaz de sufrir que ella.

"¡Menos capaz que vos, exclamó John llorando! ¡Vos sufrir trabajos! ¡Oh, mi amo, mi querido amo! cuánto os arrepentiriais de las bondades que conmigo tuvisteis, si yo pudiese oir con serenidad que vuestra hija habla de trabajos. No, Miss, dejad á

un pobre desgraciado como yo sufrir todos los golpes de la suerte, y no agraveis mis penas con una negativa que me seria mas sensible que todas las desgracias que me han perseguido despues de la muerte de mi querido Coronel.

Como el coche estaba ya á muy poca distancia de Londres, Rosa terminó la disputa, insistiendo en que John aceptase la mitad de sus monedas, tomando ella tan bien la mitad de sus dollars. En lo cual convino John, con tal de que en cada una de sus visitas sucesivas sucedieran tambien nuevas distribuciones como esta. Rosa lo prometió, y John volvió á certificar que Sir Salomon era culpable para con ella de los crímenes de fraude y duplicidad. "Yo, añadió, no he visto que le entregase mi amo el testamento: pero sé los

bienes que el Coronel dejó en Inglaterra ; una parte de sus fondos estaba impuesto en la Compañía de las Indias , otra en el Banco , sin contar los fondos que deposito en poder de Sir Salomon ; y si no se puede presentar un testamento , todos estos bienes deben entregarse á los herederos del Mayor Buhanum.

Rosa habia oido decir al buen Mayor , que ignoraba de qué modo el Coronel habia dispuesto de su caudal , y cómo podria reclamar su herencia , y así recibió mucho gusto al oir á John , y se propuso escribir al Doctor Cameron para notificarle este feliz descubrimiento , aunque los principios de Mistress Fraker y su esposo alejasen de ella toda esperanza de tener parte en aquellas riquezas con las hijas del Mayor ; mas sin embargo esperaba obtener de ellas

por la mediacion del Doctor, que asegurasen la suerte del fiel criado de su pariente. Admitió con ardor la idea que la ocurrió, y fue á hacer portador á John de esta noticia, creyendo que éste seria el mejor medio para producir un efecto favorable; y en virtud de esto, pero sin darle á entender sus motivos particulares, le própuso hacer un viage á Escocia, y dar verbalmente los detalles de este negocio á los herederos del difunto.

John convino gustoso en este plan, y dijo que iria por mar á Escocia; pero que antes queria dirigirse á la compañía de las Indias para tomar algunos informes, y despues comprar un vestido bastante decente, para no perjudicar á su querida Miss Rosa cuando fuese á tomar sus órdenes en el momento de su partida, y que entonces marcharía al Norte bajo la

bandera de la esperanza.

Un color animado que se extendió sobre el rostro de John, despues de haber pronunciado estas últimas palabras era nacido de la generosa y desinteresada adhesion á Rosa, miéntras que ella, que no tenia idea de ninguna ventaja que pudiese producirla, se entregaba á la consoladora esperanza de ver á este buen criado recoger la recompensa que tanto merecia, de mano de los herederos de su amo.

El coche llegó á su destino, y el criado de Lady Gauntlet hizo venir un fiacre, y dijo á Rosa que habia recibido órden de llevarla á casa de Madama Lacroix.

Rosa miró entonces á John con inquietud: ella habia sabido de su nueva protectora, que Madama Lacroix era la mejor muger del mundo; pero ignoraba en qué barrio vivia, y co-

mo su amigo John estaba decidido á que ella no debia manifestar que tenia con él relaciones particulares, no sabia si deberia preguntar al criado las señas de la casa á donde iba á conducirla.

John comprendió perfectamente lo que pasaba en el corazon de Rosa; pero por señas la hizo entender que se tranquilizase y se fiase enteramente á él en lo que habia que hacer. Entonces ella subió en su fiacre, miró nuevamente á su fiel amigo, y no pudo detener sus lágrimas. John afectó volver la vista á otro lado, tosió con una voz casi ahogada, despues se metió entre la gente que habia en la calle, y Rosa se halló otra vez sola en el mundo, separada de aquellos á quienes habia conocido, y que poseían su cariño.

••

CAPÍTULO II.

Madama Lacroix vivia en uno de los mejores barrios de Lóndres: su persona, su casa, sus salas y sus muebles eran igualmente notables por su belleza. Recibió á Rosa con aquel placer que inspira la llegada de una antigua conocida, y con la política que se debe á una recien llegada. En fin, su fisonomía era tan expresiva, sus modales tan afectuosos, que Rosa agradeció interiormente á su protectora el haberla colocado en casa de una muger que parecia reunir en sí y al rededor de sí cuanto podia agradar é interesar. Madama Lacroix tenia un almacen de modas francesas; todas aquellas brillantes bagatelas estaban colocadas con un gusto exqui-

sito en armarios de cristal, y las señoras que la honraban con el título de parroquianas podrian pasearse con sus amigos por todos los cuartos de aquella elegante casa; tenia algunas oficialas que trabajaban en una sala particular, y nunca bajaban al almacen; porque Madama Lacroix acostumbraba acompañar ella misma á cuantos venian á su casa.

Los muebles, el adorno y el lujo que reinaban en la casa eran mas conformes á las gracias de la propietaria, que convenientes al género de ocupacion que habia adoptado: una cierta molicie, un yo no sé qué, imposible de describir, parecian dar á toda la reunion de aquel lugar agradable el aspecto de un templo de la voluptuosidad, mas bien que el de una casa de comercio.

Rosa tuvo motivo de observar des-

de el primer dia que los conocidos de Madama Lacroix eran del rango mas elevado. Cuantos coches se paraban á su puerta llevaban escudos de armas con coronas ; y las atenciones de la bella modista eran tan delicadas , que frecuentemente la sucedia esperar en un cuarto inmediato , miéntras que las damas hablaban en otro. Tenia tambien el honor de proveer de encages , guantes y perfumes á todos los jóvenes de la primera distincion. Rosa , aunque encantada de su patrona, distraida por la variedad de objetos agradables que la rodeaban , y animada por la esperanza de obtener un puesto decente en casa de alguna de aquellas señoras que veía diariamente , esperaba con impaciencia la llegada de Lady Gauntlet á Lóndres ; y esta impaciencia se aumentó hallándose el objeto de un examen curioso

por parte de las parroquianas de Madama Lacroix y de muchos de sus amigos, á quienes ella la presentaba con una alegría encantadora. En el número de estos últimos habia un caballero, que siempre entraba sin hacerse anunciar; pero lo mas notable era, que la amistad de la bella mercadera para su jóven huéspeda parecia aumentarse con las visitas de este caballero.

Madama Lacroix, aunque nacida en París, hablaba perfectamente el inglés; pero sin embargo, se alegró de poder hablar en fracés con Rosa.

El sábado siguiente llegó un brillante coche á buscarla, é igualmente á su marido, y los condujo á su casa de campo, siendo tambien Rosa convidada para este viage.

Como era la vez primera que delante de ella se habia hablado de la

casa de campo no se halló preparada á este convite. Por momentos se aguardaba á Lady Gauntlet, y como Rosa se ocupaba entonces en arreglar á la moda sus vestidos, tenia poquísima gana de salir de Lóndres; pero Madama Lacroix no quiso recibir sus excusas, y asi se vió obligada á seguirla á la quinta.

Permaneció tres dias en ella, durante los cuales el caballero amigo de Madama Lacroix repitió sus visitas con la misma frecuencia que en la ciudad. Al regresar á Lóndres la bella mercadera manifestó á Rosa mas cariño que nunca, y por la primera vez significó algun deseo de saber sus relaciones con Lady Gauntlet.

Rosa con su franqueza ordinaria confesó los pocos derechos que tenia á la proteccion sobre quien descansaban todas sus esperanzas, y comen-

zó á hacer el mas vivo elogio de la bella condesa, cuando Madama Lacroix la interrumpió con una proposicion que la causó la mayor sorpresa, y fue el que se quedase con ella en calidad de ayudanta, si Lady Gauntlet aprobaba este plan. Rosa, á pesar de que estaba convencida de que no tenia mas recurso que su habilidad y su industria, halló cierta repugnancia en dedicarse á un estado que la expondria al impertinente examen del público; y aunque el comercio de Madama Lacroix parecia muy lucrativo, no pudo resolverse á admitir la propuesta. Madama pareció resentida, mudó de conversacion; pero sin embargo, no dejó de mirarla con igual cariño.

Al llegar á Lóndres encontró Rosa un villete de Lady Gauntlet, convidándola al desayuno para el otro

dia en su casa de Pall-Mall.

Despues de las primeras emociones de su alegría, con la lectura del villete, sintio que un peso inexplicable oprimia su corazon, y alternativamente la animaba la esperanza y la desanimaba el temor. Su suerte parecia depender del resultado de la visita á Lady Gauntlet. Escogió pues el mejor de sus vestidos que habia reformado segun las instrucciones de una de las oficialas de Madama Lacroix: le preparó para por la mañana: cogió un libro, quiso leer, hacer labor, dibujar, escribir; pero no pudo fijarse en nada. La inquietud y un desagradable presentimiento la vencian. Se acordó de su amigo John; una semana habia pasado, y ni su presencia, ni alguna otra noticia confirmaban la promesa que sus miradas le habian hecho al separarse de ella. Rosa

se sentó triste en su cuarto, y se puso á llorar por la primera vez, desde que se hallaba en casa de Madama Lacroix, y se excusó á bajar á cenar con ella.

A la mañana siguiente, despues de haberse vestido con aquel gusto y elegancia propiamente suya, hizo venir una silla de manos, y llegó á Pall-Mall antes de que Madama Lacroix se hubiese levantado.

Lady Gauntlet, formada para atraerse y conquistar todos los corazones mediante los encantos de su figura, tenia mucho talento, poseia aquellas gracias seductoras que dan alma á la hermosura, y hacen que una simple conversacion tenga los mayores encantos. Asi era como se mostraba á los hombres, y con las mugeres era dulce, afectuosa, indulgente, y ofrecia una ingénua franqueza.

"Asi bajo las flores inocentes
Se oculta la serpiente venenosa."

Afectaba mas bien ser buscada para que participase los placeres de los demas, y no que los obligase ella misma, y era tan amiga de economizar su tiempo, ó por mejor decir, sabia tan bien distribuirle, que aun cuando se retiraba muy tarde, siempre se hallaba en su tocador á las nueve de la mañana.

Recibió á Rosa con ũna de aquellas sonrisas que acostumbraba, y despues de haberla hecho sentar á su lado, se informó de cómo habia pasado el tiempo en casa de Madama Lacroix.

Rosa, contenta con tan favorable acogida, quedó al pronto incapaz de manifestarla su gratitud, su respeto,

y todos los sentimientos que henchian su corazon; pero cuando se calmó algo el exceso de su emocion, y levantó los ojos, se sobresaltó y quedó muda como una estatua. La vista de un cuadro colocado delante de ella acabó de quitarla el uso de la voz, pues era el retrato de Montreville. Sus ojos, su frente magestuosa, el perfecto contorno de su figura y su bella boca; pero sin embargo no era él. No: Montreville parecia mas joven, tenia mas frescura en su tez, y aquella expresion de candor y beneficencia que caracterizaban su fisonomía no se veia en aquel retrato; sin embargo, la semejanza era tan perfecta, que Rosa se puso pálida, y faltó poco para desmayarse.

Lady Gauntlet, que la examinaba con atencion, llamó á su camarera, y pidió un baso de agua para Rosa,

la cual, despues de haberle tomado con una mano trémula se atrevió á mirar segunda vez al retrato, le halló menos parecido; en fin, articuló algunas excusas, y dió gracias á su encantadora protectora por todas sus bondades.

Como Rosa era tan bella como la Condesa, y tenia efectivamente todas las cualidades que la otra aparentaba, era natural que la condesa se complaciese examinando las perfecciones que se atribuia, y tambien era preciso que Rosa contemplase con una especie de una admiracion respetuosa una muger de un rango tan distinguido, tan seductora y completa; y que al mismo tiempo la parecia dotada de la sensibilidad mas exquisita.

Lady Gauntlet callaba y miraba con sorpresa una jóven, cuyas gracias la exponian al peligro de las se-

ducciones, miéntras que la energía de su virtud la defendia de todos los lazos que se la ponian; y Rosa besaba con transporte las manos de su generosa protectora, cuando una dama entró sin hacerse anunciar, y corrió á abrazarse á la Condesa. Lady Gauntlet dirigió una expresiva mirada á Rosa, presentándola á aquella dama, y ésta, despues de haberla examinado con interés exclamó, "¡en verdad es bella como un ángel! Por favor, Milady, decidme, ¿quién es esta encantadora Miss?"

"Es, respondió la Condesa, una persona á quien deseo vivamente colocar en alguna casa de honor, ya sea para dama de compañía, ó ya en cualidad de aya; pues ha recibido una educacion distinguida; canta y baila con la última perfeccion, y en una palabra, posee todos los talentos.

Mistress Woudbe, la dama á quien Lady Gauntlet acababa de hacer este elogio de Rosa, era de un nacimiento bastante sospechoso; pero habiendo tenido la felicidad de casarse con un hombre muy rico, no se cuidó de averiguar su orígen ni sus parientes; diligencia que á la verdad no hubiera exigido poco trabajo. Mr. Woudbe, hombre pródigo, dado al fausto, y envanecido con el honor de recibir la visita de los mas nobles señores que sus riquezas atraian á su casa, permitia que su muger se entregase á todos los placeres de la sociedad brillante.

Mientras que Mistress Woudbe estuvo en la flor de su juventud y de su belleza, su casa no ceso de ser la reunion de los hombres mas amables, y Mr. Woudbe recibia de ellos las atenciones mas lisonjeras. Pero ¡ ay Dios! todo cambia en este punto.

Mistress Woudbe llegó á ser la muger mas miserable, y no la quedó mas que una hija grande, y ni uno solo que la lisonjease. Continuó dando banquetes, convidaba á sus amigos; pero todos pretestaban otros compromisos: por último, casó á su hija, y nadie acudió á la boda. La pobre muger estaba desesperada, cuando Lady Gauntlet se compadeció de su suerte, y regularmente la llevaba cinco veces á la semana una sociedad brillante á cenar á su casa. Este consuelo fue tan costoso, y desordenó de tal modo el caudal de Mr. Woudbe, que exigió de su muger se retirase á una quinta con él cuatro meses del invierno. ¡Á la quinta! ¡cómo! una muger que aborrecia los libros, que no se atrevia á pensar, y que cansada de vivir no dejaba de temer la muerte, ¿como semejante muger po-

dria existir en el campo? Pero el mal era inevitable, y Mistress Woudbe habia ya abierto su corazon á Lady Gauntlet, la que teniendo por muy comoda su casa, y admirables sus banquetes, la manifestó un sincero sentimiento de la resolucion de su marido. Sin embargo, ella habia abandonado hacia algunos dias á su triste amiga á la amargura de sus sentimientos, cuando esta última entro en su gabinete para buscar á su lado algun consuelo.

Lady Gauntlet suplicó á Rosa que pasase al cuarto inmediato para ver algunos dibujos de sus hijas, y quedó sola con Mistress Woudbe. Esta pobre muger, despues de haber pasado revista á todos los medios de que podria valerse para emplear el tiempo en el campo, halló uno que hizo reir á Lady Gauntlet, pues fue el componer una novela.

"¡Una novela! querida mia" exclamó Milady.—"Una novela, repitió Mistress Woudbe, no como las de vuestros Burney, Smith, Moore, Pratt, y tantos originales como ellos, porque nada es tan facil, ni hay quien no pueda hacer otro tanto. Pero las ruinas, las quintas, los adivinos, los espectros y el terror; he aquí el género que me agrada, y estoy cierta de que haria alguna cosa interesante si pudiese escribir algo mejor."—"Con que será preciso tomar un secretario, dijo Lady Gauntlet, y la jóven, que acabais de ver, podrá desempeñar perfectamente esta obligacion á vuestro lado."

Mistress Woudbe contextó que la jóven Miss la habia agradado mucho, y despues de haber reflexionado un momento, añadio: "yo creo, Milady, que en lugar de escribir con

ella una novela, lo que en el fondo me parece una empresa muy fastidiosa, podria hacerme compañía, divertirme, escribir las cartas que yo la dictase, jugar conmigo á los naypes por las noches; y especialmente como ella es muy bonita, y vos me asegurais que posee muchas habilidades, sus gracias podrán atraer gente á mi casa, y hacer mi tertulia tan brillante como en otro tiempo." Lady Gauntlet respondió que así lo pensaba.

"¿Pero querrá venir á este horrible campo?" preguntó Mistress Woudbe con inquietud.—"Eso es lo que yo prometo obtener," contestó Milady. Entonces Mistress Woudbe se alegró sinceramente de haber hecho semejante adquisicion, manifestó su impaciencia de concluir aquel negocio lo mas pronto, y dejó á la Condesa el cui-

dado de fijar los honorarios de su bella protegida. "Yo no tengo mas que un dia que pasar en esta hermosa ciudad, añadió suspirando, y mañana parto para cuatro meses, que van á parecerme eternos."

Lady Gauntlet fue á buscar á Rosa, y despues de haberla hablado de Mistress Woudbe como de una buena muger, muy necia, muy ignorante, pero muy rica, la anunció la colocacion que acababa de proporcionarla con cincuenta guineas de sueldo. "La única condicion que se os impone, añadió Milady, es que marcheis inmediatamente á una de las mas bellas campiñas de Inglaterra, donde hallareis una biblioteca escogida, instrumentos de música, y en fin cuantas ocupaciones puedan proporcionar recursos contra el tedio."

La expresiva fisonomía de Rosa

manifestó entonces el exceso de su a-alegría y de su gratitud. "Segun esto, dijo Milady, abrazándola, ¿vos podreis vivir feliz en el campo? pero antes que os presente bajo vuestro nuevo caracter, es preciso que hablemos un poco del Lord Denningcourt.... ¿Os poneis colorada? Acaso este nombre excita en vos una sensacion agradable, ó bien os disgusta oirle?"—"Ni uno ni otro, mi amable protectora, respondió Rosa con una ingenuidad que confirmó sus palabras. Si yo me he puesto colorada es porque me reprendo en no haber pensado en un hombre á quien debo toda mi felicidad. ¿No es el Lord Dennigcourt quien me ha proporcionado la proteccion y las bondades de Lady Gauntlet?"

Milady pareció experimentar una ligera confusion, y volvio la cabe-

za ; pero despues de algunos momentos de silencio añadió : "Muy bien, creo lo que me decis , y vos tambien debeis creer que yo.... que yo no puedo tener ... es decir , que no pienso sino en vuestros intereses y felicidad, segun lo cual pienso que no es necesario que el Lord Denningcourt sepa el parage donde vais á vivir." — "Ciertamente que no", respondió Rosa con un acento que agrado mucho á la Condesa ; y despues acordándose de lo que Mistress Fewersham la habia dicho , y que convenia perfectamente con lo que la Condesa la prescribia, repitió : "No , ciertamente , no." — "Vos sois una bella y encantadora criatura , dijo la Condesa , yo desearia con todo mi corazon que mis hijas fuesen tan completas como vos." — "¡Vuestras hijas! repitio Rosa , con las lágrimas en los ojos , ¡ah! cuán



felices son, ¡qué suerte digna de envidia poseer una madre, cuyas virtudes y ejemplo deben engrandecer su alma, y darlas á cada instante la noble emulacion de marchar por sus huellas."

Lady Gauntlet volvió de nuevo el rostro, y dándose prisa á entrar en su gabinete presentó á Rosa á su amiga, como la compañera que iba á seguirla á su retiro.

Mistress Woudbe la saludó con tono afable, la preguntó si podria sufrir aquel odioso destierro, y se sorprendió al oir que gustaba de la vida campestre; pero sin embargo manifestó un nuevo placer de haber adquirido tan bella compañera, y luego exclamó que ya se la tardaba gozar de una sociedad que la ofrecia tantos placeres, y así ofreció á Rosa llevarla á comer inmediatamen-

te á su casa con Mr. Woudb.

Lady Gauntlet no halló que observar contra esta proposicion lisonjera, y añadió que despues sería facil hacer transportar los efectos de su protegida á casa de Mistress Woudbe. Rosa contestó modestamente, que sería conveniente fuese á despedirse de la persona que tanto la habia obsequiado. Milady, que tomó á su cargo disculparla, leyó en su expresivo semblante que deseaba volver á casa de Madama Lacroix, y la dijo con un tono cariñoso: "querida mia, vos sois muy dueña de hacer lo que gusteis; mi confianza en vos es tan absoluta, que apruebo de antemano todos vuestros pasos, estando bien cierta de que siempre serán dictados por el amor de vuestros deberes y el de la virtud."

¡Cuánto esta bondad encantadora

excitó la gratitud de Rosa, y qué éxito no debia esperar la astuta Condesa del plan que meditaba!

Mistress Woudbe, que tenia mil cosas que concluir antes de marchar, se despidio de Milady, y dejó á Rosa entregarse a las efusiones de la terneza respetuosa que la excitaba su protectora, la cual las recibió con un ayre conmovido y cariñoso, y acordo á Rosa, que era prudente, ó por mejor decir necesario ocultar al Lord Denningcourt el lugar de su residencia, y para asegurar mas el secreto la recomendó que no dijese á Madama Lacroix la casa ni el paraje adonde iba á vivir, y acabó prohibiéndola que hablase á nadie de cuanto habia pasado aquella mañana.

¿Como hubiera sido posible que Rosa, acariciada así por una muger, cuya belleza superior, gracias encan-

tadoras, y rango ilustre eran á sus ojos las menores ventajas, sentada cerca de ella sobre un magnífico canape en su gabinete de tocador, donde el lujo mas refinado parecia haber establecido su imperio, donde los mas deliciosos perfumenes de Arabia, encerrados en elegantes basijas exhalaban un olor delicioso; como, repito, hubiera sido posible que Rosa concibiese algunas dudas sobre la encantadora que la hablaba, que acababa de arrancarla una promesa sagrada de sepultar en el secreto el lugar de su retiro; y aun cómo era posible que entonces se acordase de que habia dado al honrado John su palabra de instruirle de todos sus pasos?

La Condesa, habiendo mandado que se preparase su tocador, envio á Rosa en su propia silla de manos. Madama Lacroix la recibió á su lle-

gada con el mas vivo cariño, y la manifestó los mas tiernos cuidados; pero mudó de color cuando supo que dentro de algunas horas iba á separarse de tan agradable huéspeda. Sin embargo, aunque protextó que nadie en el mundo amaba ni respetaba tanto á la Condesa de Gauntlet, y que nadie estaba mas persuadida de que cuanto hacia Milady era bien hecho, dijo: que era imposible no conocer que cuando se habia tratado á la Miss Walsingham era preciso sentir mucho separarse de ella. "Por mi parte, añadió Madama Lacroix, jamas me he sentido tan dispuesta á amar una persona en tan poco tiempo; y conozco otra, es decir, un hombre, rico é ilustre, que se desesperará cuando sepa vuestra ausencia.

Mientras que Rosa intentaba adi-

vinar si Madama Lacroix queria hablar del Lord Lodwer, ó del Lord Denningcourt, y se admiraba de cómo hubiese podido conocer los designios de cualquiera de ellos, es imposible pintar el terror que la sorprendió viendo que de un hermoso coche que se paró á la puerta se apeaba Sir Jacob Lydear, dando la mano á Lady Lodwer.

Madama Lacroix salió de la pieza con precipitacion para recibir á aquellos personages, y no pudo notar que su compañera se habia puesto pálida como un cadáver.

Entonces fue cuando Rosa sintió amargamente no haber aceptado la oferta de Mistress Woudbe, y bien pronto experimentó el mas vivo deseo de salir de una casa que hasta entonces la habia parecido irreprensible. Sin embargo, dejarla sin ver al

digno John, ni explicarle su situacion presente, y establecer una correspondencia metódica, ni darle cartas de recomendacion para Escocia; ¡oh! ¿cómo, como podria resolverse á esto? En seguida se acordó de las órdenes de Lady Gauntlet de no dar á nadie noticia del lugar de su retirada; ¿pero estas ordenes podian entenderse con el virtuoso Browm, este fiel y sincero amigo, que una feliz casualidad acababa de devolverla despues de tantos años de ausencia? Sin embargo, tal era su respeto y veneracion á su protectora, y su temor de volver á dar otra vez en la soledad y la indigencia, que se determinó á darla parte de esta confusion, y someterse a su prudencia, y á aquella exquisita sensibilidad que la suponia, prometiéndose seguir los medios que la indicase para mantener una correspondencia con John.

Mientras que se ocupaba en estas reflexiones casi habia olvidado las personas que con su mayor sorpresa se hallaban ahora bajo un mismo techo.

La impresion que Sir Jacob habia dejado en su espíritu, la memoria de su conducta para con ella en el Yorckshire borraban á sus ojos el modo delicado con que se portó luego en la quinta de Mushroom; la era imposible suponer motivos honrosos en aquel jóven, y nada temia tanto como que la viese, por lo cual pensó tambien por un instante que este sería el hombre rico de quien la habia hablado Mr. Lacroix. Pero en esta suposicion, ¿cómo habia de persuadirse que Lady Lodwer hubiese consentido en acompañarle en las pesquisas que hacia para con ella? Rosa, pensando así consolidar sus conjeturas, miraba atentamente al traves de

las celosías, y á poco rato vió que el coche de Lady Lodwer se separaba para dejar lugar á otro no menos elegante, pero en cuya portezuela no se veia escudo de armas, sino una simple *W*. Este coche se detuvo, y apeándose Mistress Woudbe entró en la casa.

Entonces experimentó Rosa un transporte de alegría, y ya estaba para salir al encuentro de una persona, cuya presencia era para ella un bien inexplicable en aquel momento, cuando se la recordaron las órdenes de Lady Gauntlet; y se detuvo; pues poniendose así bajo la proteccion de Mistress Woudbe hubiera descubierto su secreto, no solo á Madama Lacroix, sino á los Mushroom y á los Lodwer, y tal vez espondria á la generosa Condesa á mil disgustos por parte de estos últimos, tan indignos

de honrarse con el título de sus amigos.

En seguida reflexionó que asi Lady Lodwer, como Mistress Woudbe serian acaso parroquianas de Madama Lacroix, y supuso que Sir Jacob, hallándose en Lóndres, habria acompañado á su parienta á la tienda, lo cual en el fondo era una cosa muy natural. Sin embargo, para librarse enteramente de sus miradas subió por una escalera secreta al cuarto en que dormia, y se ocupó en preparar su partida. Al cabo de media hora vió por la ventana que Lady Lodwer subia sola en su coche, y que el de Mistress Woudbe ya no estaba á la puerta.

Entonces todos sus temores se renovaron con mas fuerza que nunca. Lady Lodwer habia marchado, Mistress Woudbe ya no estaba, y Sir Jacob quedaba dentro. Á pesar de la

favorable opinion que Rosa tenia del carácter y las costumbres de Madama Lacroix, su inquietud fue inexplicable. "Si (se dijo á sí propia) es de Sir Jacob, de quien ha querido hablarme; ese odioso hombre va á empezar á atormentarme de nuevo: ¿qué haré? ¿Cómo podré librarme?" Fué interrumpida en este triste monólogo por la vista de un gallardo jóven vestido de un frac azul, y llevando un sombrero de uniforme con plumage, que llamó á la puerta y entró en el propio instante que Sir Jacob salia.

Entonces Rosa se alivió de un gran peso, y se reprendió sus sospechas acerca de su patrona. Habiendo concluido de hacer su maleta, bajó al locutorio de Madama Lacroix, quien por su parte usó la mas fina astucia para saber la suerte futura de Rosa; pero la halló muda en este punto, y

todo lo que pudo obtener fue el permiso de preguntárselo á Lady Gauntlet. "Confieso, añadió Rosa, que he prometido solemnemente á Milady no descubrir á nadie el parage de mi retirada; pero no dudo que consienta la correspondencia, que vos teneis la bondad de querer que entablemos."

Madama Lacroix no se atrevió á insistir; presumio que Lady Gauntlet debia tener motivos muy poderosos para tomar bajo su proteccion una criatura tan encantadora como Rosa, y aun supuso, que como la beldad de ésta debia perjudicar algo á los mas queridos intereses de la Condesa, ella se habia decidido á substraerla de la vista de todos. Tambien debemos convenir en que la Modista habia formado algunos planes que la partida de Rosa descomponia enteramente; pero no se atrevió á luchar contra el

poder y voluntad de la Condesa.

"Ahora bien, mi querida amiga, dijo Madama Lacroix, si alguna circunstancia os restituye la libertad de disponer de vos misma, ¿querreis acordaros de mí?"

Rosa se puso colorada: é iba á explicarla cuán feliz se juzgaba sometiéndose á la suerte que Lady Gauntelt la habia proporcionado; pero vinieron á decir, que la sopa estaba en la mesa, y la bella Modista no volvió á hablar sino de la pena que la causaba el que precisamente aquel dia no estuviese en Lóndres el amigo que tanto la visitaba.

Por la tarde Lady Gauntlet vino á buscar á Rosa en su coche, para conducirla en casa de Mistress Woudbe, y la Modista estuvo tan humilde y tan servil delante de la Condesa, y pareció tan agena de todo otro

objeto, que esta conducta excusó á Rosa todas las penas de la separacion, y subió con alegría al coche de su protectora, que partió inmediatamente.

Milady estaba séria y pensativa, y Rosa no se atrevió á romper un silencio tan nuevo como respetable para ella, hasta el momento en que el coche se paró en Portman-Square.

Mistress Woudbe recibió á Rosa con mucho extremo; sus ojos estaban encarnados á fuerza de llorar; pero bien pronto su inextinguible locuacidad suplió por el obstinado silencio de la Condesa. La dijo, que si la fuese posible anonadar el tiempo y el espacio, ella seria la muger mas dichosa del mundo; pues Mr. Woudbe á fin de recompensar la docilidad con que ella se sujetaba á pasar cuatro meses en el campo en lugar de tres, acababa de prometerla dar un baile de másca-

ra á su regreso, y convidar á todo el mundo; lo cual seria una cosa deliciosa.

La distraccion de Lady Gauntlet quedó explicada cuando llegó Mr. Woudbe, quien se apresuró á comunicarla con toda delicadeza que acababa de saber por buen conducto que el Lord Gauntlet estaba muy expuesto á perder todos sus bienes. Milady se levantó con dignidad, abrazó á Rosa y á Mistress Woudbe, y sin dar señales de haber entendido lo que la acababa de decir el marido de esta última, le permitió que la acompañase hasta el coche.

Rosa comenzó á llorar diciendo: "¿Es posible que esta muger angelical tenga enemigos? Ella tiene penas, ella sufre por su esposo, por el padre de sus hijos, su honor y su interés son los mismos. ¡Oh cuánto,

cuánto debe sufrir su noble corazon por las privaciones que amenazan á los objetos de su mas tierno cariño! ¿Por qué no me es permitido ofrecer mis humildes cuidados á mi generosa protectora? ¿Por que no puedo seguirla, velar á su lado y jamas abandonarla?"—" ¡Oh, por amor Dios, exclamó Mistress Woudbe; basta de lamentaciones: yo estoy triste y esperaba que vos intentaseis divertirme!"

Rosa se acordó de los deberes de su nueva situacion, y se excusó con la tristeza natural que tenia por separarse de su protectora. Mr. Woudbe vino á reunirse con ellas, y se mostró contentísimo con la bonita compañera que su muger habia escogido. La tarde se pasó de un modo muy agradable. Rosa se esforzó á parecer alegre, y para entregarse al dolor que sentia por la desgracia que amenaza-

ba á Lady Gauntlet, aguardó que llegase la hora de retirarse á su cuarto. El aire sério de la Condesa la habia estorbado comunicarla su plan de conducta respecto á John, y habiéndose fijado para las diez de la mañana siguiente la hora del viáge, tomó el partido de escribir circunstanciadamente lo que se proponia comunicarla.

Si alguna cosa podia excusar la aversion de Mistress Woudbe al retiro, qúe su marido creia necesario, era sin duda su casa de campo y su modo de vivir. La quinta era grande, pero mal distribuida; triste, sobrecargada de adornos sin elegancia, situada en medio de un valle pantanoso, rodeada de bosques, cuyos viejos troncos ya sin ojas, eran mas propios para hacer carbon, y aunque habia algunos plantíos, servian para im-

pedir que la vista recorriese las campiñas inmediatas.

En lugar de la bella biblioteca, de que la Condesa habia hablado, el cuarto destinado antes á este uso estaba convertido en teatro y sala de baile.

Mr. Woudbe no leia sino las obras de agricultura, ó algunos tratados de veterinaria, y su biblioteca particular se hallaba en un cenador puesto en medio del jardin, donde se retiraba á tratar de sus negocios.

Cuando Mistress Woudbe queria leer se dirigia á un librero de la aldea, donde encontraba los folletos que pudiesen fijar su atencion por un instante. Los únicos libros que se veian en lo interior de la casa era una biblia, algunas obras elementales de educacion, que habian servido á su hija, y varias novelas publicadas por sus-

cripcion, donde Mistress Woudbe tenia el placer de hallar su nombre impreso entre los de la gente del gran tono en la lista alfabética de suscriptores.

Algunas flores pintadas por su hija, y puestas sobre la chimenea de su alcoba eran los únicos cuadros, y en la casa no se veía ningun instrumento de música. Tales eran los recursos contra el tédio que Rosa debia encontrar en la bella casa de campo que se la habia celebrado.

Mistress Woudbe no podia ni sufrir la soledad, ni distraerse por las personas que la rodeaban. Rosa, la encantadora compañera, que una tan felíz casualidad la habia proporcionado, participó bien pronto la suerte de las demas favoritas. Esta amable niña, enteramente ignorante de los gustos de su nueva protectora, no po-

dia hablarlá de cosa que las agradasen, y muchísimas veces Mistress Woudbe preferia la conversacion de su charlatana é ignorante camarera, á la de la elegante compañera, que con tanta alegría recibió al principio.

Despues de haberse cansado á sí misma y á Rosa, corriendo durante dos dias toda la casa y los jardines, mas por hacer algo, que por el gusto de verlos, la pobre muger se puso triste, luego llegó á ser caprichosa, y paró en gruñona y testaruda. Ni Rosa, ni nadie podia lograr complacerla, y todo su mal humor segun costumbre caía sobre la humilde dama de compañía.

Si Rosa parecia alegre, decia Mistres Woudbe que era insubtancial, casquivana y egoista: si cediendo al exceso de sus pasadas penas bajaba los ojos, y recorria tristemente las flores

de la alfombra que estaba á sus pies, decia que era la mas necia y fastidiosa criatura del mundo, capaz de inspirar tristeza, en vez de disiparla; y si alguna véz, ni triste ni alegre llegaba á conservar aquel perfecto equilibrio con la esperanza de agradar, entonces era insípida é insoportable.

Rosa conocia su esclavitud; pero no veía modo alguno de salir de ella, sin volver á otra situacion peor todavía. Toda su esperanza estaba en Lady Gauntlet: ella no dudaba, que cuando esta muger generosa y sensible supiese sus penas, procuraria buscarla otro acomodo, y la respuesta que bien pronto recibio á su carta, sobre el asunto de su amigo John, aumentó todavia el respeto y gratitud que desde luego la habia inspirado.

Milady la decia del modo mas li-

sonjero que aprobaba su cariño al digno John, y la prometia que si él se presentase en casa de Madama Lacroix, lo cual todavía no habia sucedido, ella misma le noticiaria las seña de la casa de campo de Mr. Woudbe, para lo cual habia mandado que le dirigiera á su casa; y en fin, terminaba su carta anunciando á Rosa que iba á Bath, pero no la decia por donde la habia de escribir.

Esta carta, entre tantas mortificaciones diarias, se hizo un nuevo orígen de penas y dudas para Rosa. Supuso que habria sucedido algun accidente al pobre John, ó que no habia logrado los medios de adquirir noticias del lugar de su residencia. En uno ú otro caso, ella no podia serle útil, y conocia mas á cada instante la desgracia que la habia pri-

vado de un amigo sincero , en una época , en que cuanto mas trataba á los que se llaman superiores á aquel hombre virtuoso , mas aprendia á sentir su ausencia.

Un invierno triste y fastidioso pasó entre las penas de una dependencia que se hacia cada vez mas insoportable , y Rosa entregándose bien pronto á una cruel melancolía , esparció sobre su rostro una tez líbida , perdió el sueño , el apetito , y hubiera caido enferma , si una repentina mudanza en el genio y modales de Mistress Woudbe , transportando su interés á otro , no hubiera desviado su atencion de los crueles recuerdos que perjudicaban su salud.

Mistress Woudbe volvió á ser afable , cariñosa y atenta : ya no podia vivir ni un solo instante sin su querida *Wally* , asi llamaba á Rosa. "En-

cantádora criatura, exclamaba ella, ¡cuán fastidiosa me seria la vida sin su presencia! Su juicio, opinion y gustos son infalibles: no: jamas ha existido persona comparable á mi querida *Wally.*"

Rosa naturalmente agradecida y crédula notó esta mudanza con una mezcla de placer y compasion. Seguramente queria mejor ser un objeto de atenciones que de ódio, aun cuando estas atenciones solo pudiesen nacer del capricho y no del juicio; y compadecia á aquel espíritu bastante débil para entregarse así á todos los extremos de la pasion.

Poco tiempo despues que Mistress Woudbe se hizo tan diferente á lo que era, escogió á Rosa por su confidenta, y la dijo, que conociendo la bondad y sensibilidad de su corazon, queria depositar en su pecho una amar-

ga pena que afectaba su salud, y emponzoñaba todos los placeres de su vida. Prosiguió diciendo que tenia un hermano natural, á quien amaba sobre toda expresion, que era hijo de su padre y una amable extrangera; y que sin embargo de ser un jóven completo Mr. Woudbe no podia sufrirle, ni aun queria oir su nombre: que este hermano querido era desgraciado, tenia una interesante esposa, muchos hijos, y sin ningun recurso mas que ella. "¡Ay Dios! añadió, es mi hermano, mi único hermano, y se me prohibe que le ame y le socorra!"

Rosa pareció vivamente conmovida, y el resultado de esta conferencia fue una ardiente súplica de Mistres Woudbe, para que esta querida *Wally* consintiese en recibir á su nombre las cartas de su hermano; pues

dijo que Mr. Woudbe habiéndola prohibido mantener ninguna correspondencia con aquel pobre jóven, y como todas las cartas que venian se le entregaban á él, pudieran abrir algunas, y enfadarse por su desobediencia. Rosa consintió en este plan, y entonces pareció mas que nunca á los ojos de Woudbe una criatura recomendabilísima.

El hermano de Mistress Woudbe se hizo un corresponsàl muy exacto, y su hermana continuó del mejor humor del mundo; pero aunque Rosa no tuviese que quejarse de la vida que llevaba, el cariño que la manifestaba la señora de la casa era demasiado uniforme y estudiado para excitar en ella aquel entusiasmo de gratitud que producia la menor palabra de Lady Gauntlet. Entre tanto no gozaba del placer que le proporcionaban

las cartas de aquella muger encantadora, que habia cesado de responder á las suyas, y ni aun queria que la escribiese. Tambien continuaba el silencio del pobre John; de modo que Lóndres, aquella morada de felicidad para Mistress Woudbe, no ofrecia á los ojos de Rosa sino la perspectiva de una soledad tan insípida como aquella en que vivia entonces.

El tiempo corria, se ocupaban con ardor en los preparativos de su regreso á la metrópoli; y en fin se fijó el dichoso dia. Mr. Woudbe quedó tan contento de los ahorros que habia hecho en la temporada, que presentó á su muger un villete de mil esterlinas para sus gastos en Lóndres, y le entregó al mismo tiempo una órden á su diamantista, para que la diese un collar de perlas de quinientas esterlinas; y Mistress Woud-

be trasportada de alegría , exigió que Rosa acceptase un villete de cincuenta guineas , á fin de proporcionarse lo que necesitaba para presentarse en el mundo , con el fausto propio del lugar que ocupaba á su lado.

CAPÍTULO III.

Una de las primeras visitas que hizo Mistres Woudbe al llegar á Lóndres fue en casa de Madama Lacroix, y Rosa se alegró de que no la mandase acompañarla; y asi se decidió á ir á ofrecer sus respetos á su protectora, antes de presentarse en ninguna parte. En virtud de esto, habiéndola prestado su coche Mistress Woudbe la mañana siguiente al dia de su regreso, se hizo anunciar en casa de Lady Gauntlet á la hora del desayuno.

La Condesa no conservaba el menor interés sobre la suerte de Rosa, porque el Lord Denningcourt habia burlado enteramente su esperanza. Hacía mucho tiempo que procuraba la

amistad de aquel jóven insensible á sus encantos, sin embargo de que éstos eran el objeto de la admiracion general; y así acostumbrada á ver á sus pies todos los hombres, la indiferencia de un solo ente era para ella mas interesante que todo el resto. Lord Denningcourt era demasiado hombre de mundo, para no advertir la parcialidad con que Milady le miraba; mas aunque no sintiese la mas pequeña inclinacion á corresponderla, sin embargo no podia excusarse de tener para con ella particulares atenciones. La condesa distinguió fácilmente, á pesar de la aparente indolencia del Lord, que él se interesaba en la suerte de la jóven, cuyo billete le fue entregado en la quinta de Musrhoom, y conoció tambien el disgusto que cada vez mas le inspiraba la esposa que se le destinaba, y así aprovechó una

ocasion tan favorable para obtener su confianza en estos dos puntos.

Milord habló de Rosa con interés, y se manifestó compadecido de verla tan jóven entregada á sí propia, y expuesta á inevitables peligros: en seguida significó el desprecio que le inspiraba la pequeñez de espíritu de su futura esposa, y declaró que miéntras ella favoreciese los supuestos celos de su hermana, y desplegase la baja envidia que la producian las perfecciones de una jóven inocente, le parecia una verdadera furia.

"¿Os interesais en la suerte de esa bella forastera Lord Denningcourt?" dijo Lady Gauntlet con una dulzura encantadora — "No como muger, Milady, sino como un ente sin proteccion, que se intenta perseguir, porque parece que nadie se interesa

por ella" — "Lord Denningcourt ¿ deberé yo protegerla? . . . "Milord pareció sorpréndido, y Milady continuó preguntando: " ¿ En esto os complacería?".

Lord Denningcourt besó la mano que entonces se extendia hácia él, y la dijo: "querida Condesa, esta accion no podia dejar de haceros honor." — "Decid si os complacería" repitió la Condesa.

Él besó de nuevo la mano que aun tenia cogida, y Lady Gauntlet aprovechando la primera ocasion de retirarse de la quinta fue á buscar á la pobre Rosa, segun ya hemos visto, no solo con el designio de protegerla, sino tambien de apartarla de cuantas pesquisas pudiese hacer en adelante el Lord Dennigcourt acerca de ella.

Al presente se decia que Milord

se habia retirado del mundo ; y que vivia en su retiro de un modo muy extraordinario. Su ódio á su futura esposa , que habia empezado el dia en que Rosa se desmayó en casa de Musrhoom , creció con tal rapidez, que bien pronto se cambió en aversion decidida. En vano lucho contra la repugnancia que sentia en concluir aquel himeneo ; sin embargo debia muchos miles de guineas , y no poseyendo sino algunos centenares para sostener su rango , le era bastante dificil renunciar á un dote de ochenta mil esterlinas ; pero Lord Denningcourt jamas se habia detenido en dificultades. Antes de que los artículos del contrato estuviesen firmados , y á pesar de que en todos los periódicos se anunciaba que iba á ser esposo de una de las herederas de Sir Salomon , el se marchó de la quinta , y desde en-

tonces no escribió á nadie, y solo se supo que se habia retirado á sus posesiones, donde vivia de un modo muy oscuro, y aun se decia tenia una jóven de quien estaba sumamente enamorado.

Segun esta conducta, es fácil de conocer que habiendo perdido Lady Gauntlet todos sus trabajos, no podia conservar ninguna impresion favorable por lo que debia interesarle; pero aunque bajo todos sus respetos se hallaba libre para con él, era demasiado diestra para olvidar lo que se debia á sí propia en semejante circunstancia. Conociendo ella sola los secretos motivos de la bondad que habia manifestado á Rosa, no se atrevio á dejar caer la máscara, temiendo ser adivinada aun por la necia y estúpida Mistress Woudbe.

Milady en la seguridad que la da-

ba el poder de sus gracias se habia reido varias veces á costa de las mugeres abandonadas por el objeto de sus amores. Pero dar á otros razones de suponer, ni aun admitir que hubiesen sido sus gracias vistas con indiferencia, era un tormento que no podia soportar; y en virtud de esto resolvió, que su conducta para con su protegida debia ser la misma, no solo por política, sino por necesidad.

Rosa llena de alegría al verse recibida con la misma bondad y el mismo interes, no pudo contener la efusion de su gratitud á su bella protectora; tal es el poder de la verdadera sensibilidad, que la misma Lady Gauntlet se afectó á vista de aquellos arrebatos de un corazon virtuoso.

Luego que se calmó la primera emocion de Rosa, Milady con su bondad ordinaria la preguntó de qué

modo habia pasado el tiempo en casa de Mistress Woudbe, y no se sorprendió de la narracion de su protegida, hasta que ésta llegó al artículo del hermano natural de Mistress Woudbe, y de la correspondencia que seguia con su hermano. Esta circunstancia pareció muy extraña á Lady Gauntlet, quien tambien contó á Rosa la extraordinaria conducta del Lord Denningcourt. Añadió que su hijo el Lord Delworth estaba para casarse con la pobre Carlota, que el Lord Wodwer, despues de haber perdido todas sus apuestas se habia visto obligado á buscar fortuna en otro clima, dejando á su bella esposa recibir los consuelos en casa de la madre de Sir Jacob Lydear; que este último, habiendo contraido tambien la mala costumbre de apostar en todas ocasiones, y con la desgracia de perder contínuamente,

estaba muy cerca de mudar tambien de escena. En seguida la Condesa se permitió algunas reflexiones sobre todas las personas que habia nombrado, y la sátira saliendo de tan bella boca parecia perder toda su deformidad á los ojos de Rosa, y lo que la hubiera disgustado en cualquiera otra, la divertió como efecto del buen humor natural de su generosa protectora.

El Lord Lodwer en el continente, el Lord Denningcourt en el campo, y Sir Jacob tan seriamente ocupado, no dejaron ningun temor á Rosa, y se entregó á la alegría que la inspiraba el interés de aquella señora, á cuyo lado tenia la fortuna de hallarse. Milady con una sonrisa llena de gracia, la pidió que dijese á Mistress Woudbe, que su palco en la ópera estaba á su disposicion; porque sus hijas estaban entonces en casa de Sir Salomon para

visitar á su futura cuñada, y que ella misma se proponia partir aquella tarde para Windsor; de modo que podia disponer á su favor de dicho palco. "Sin embargo, añadió, yo espero no salir de Lóndes sin dejar una targeta en casa de Mistress Woudbe."

Rosa volvió á Portman-Square contentísima con la visita que acababa de hacer, y al llegar encontró casi cerrado el paso de la puerta con una porcion de coches. La noticia del baile de máscara que se habia esparcido, y las Duquesas, Condesas, y Señoras de la primera distincion, para quienes aun el nombre de Mistress Woudbe era desconocido, dejaban targetas de visita con una nota abajo, suplicando ser convidadas al baile.

Toda la casa presentaba ya un aire de fiesta: los pintores, los carpinteros, floristas, músicos y reposteros; en fin,

los obreros de todas clases se empujaban en el portal y en las antesalas, quitándose el paso unos á otros.

Rosa, para quien semejante escena era enteramente nueva, lo examinaba todo con sorpresa y atencion, y fixando la vista en una porcion de targetas que habia sobre la mesa, se sorprendió, viendo en una de ellas los nombres de la Condesa de Denningcourt y Miss Angus.

"¡La Condesa de Denningcourt!" exclamó Rosa. "Esto tambien me sorprende", dijo Mistress Woudbe.

En este instante anunciaron la llegada de Lady Gauntlet, que en lugar de enviar targeta habia resuelto hacer en persona su visita. La noticia del baile de máscara habia llegado á sus oidos cuando iba á tomar el coche para ir á Windsor; y como necesitaba una docena de billetes, tanto para ella,

cuanto para sus amigos, no era regular que hiciese dudar á Mistres Woudbe su celo, y entró así por verla en el salon cuando esta última expresaba su sorpresa á vista de la targeta de Lady Denningcourt.

"Es de la Condesa viuda, dijo Lady Gauntlet dirigiéndose á Rosa; esa muger quiere introducir en el baile su lunática protegida." — Yo pienso mas bien, respondió Mistress Woudbe, que es de Miss Angus, quien para obtener un billete ha puesto el nombre de su tia en la targeta, como el mejor medio para hacerse convidar."

Rosa, creyendo siempre que Mr. Angus era el que habia robado á Katia, no pudo oir su nombre sin conmoverse.

"Yo me propongo convidar á su hermano, dijo Mistress Woudbe: es un gallardo mozo", — y "muy estúpido

respondió la Condesa : yo he comido un dia con él en casa de Lady Lodwer, y nos llevó una especie de oso, un escocés, que si mal no me acuerdo, se negó á jugar. Si deseais divertiros convidadle tambien : yo creo que se llama Cameron."

"¡El Doctor Cameron!.... ¡Oh Milady! exclamó Rosa conmovida hasta el último exceso, es el mas virtuoso, el mejor de los hombres" pero acordándose repentinamente de que la amistad del Doctor con aquel que se figuraba habia seducido su pupila, la hija de su amigo, no podia merecer el epiteto del mas virtuoso de los hombres, añadió.... "por lo menos.... yo.... yo lo creo así."

Lady Gauntlet y Mistress Woudbe soltaron la carcajada.

"¡*Vos lo creis*! repitió la Condesa : muy bien, yo celebro el que

á lo menos tengais cierta duda, pues sería ciertamente lastimoso que un ente tan raro fuese el mejor de los hombres."

Rosa guardó silencio, y ya no pensó en las targetas, aunque Mistress Woudbe la suplicó que las pusiese por su órden. Pobre Katia Buhanum, ella acaso estaría confinada en algun paraje retirado, mientras que su seductor era recibido en una tertulia tan brillante como la de Lady Gauntlet. Esta idea recordó á Rosa las del Mayor, la de Castle-Gowrand, y el Burnseede, y se conmovio de tal modo que se vió precisada á retirarse.

Las dos damas se miraron con sorpresa. "Yo no puedo figurarme, qué es lo que tanto la agita," dijo la Condesa: "ni yo respondió Mistress Woudbe."—"Yo tengo alguna idea de que ha nacido en Escocia"

dijo Milady, y entonces Mistres Woudbe manifestó mayor sorpresa, diciéndola, "yo creia que conociais su familia y sus relaciones."

Lady Gauntlet no se cortaba por nada, y contestó: "su familia seguramente no me es desconocida; pero ¿quién ha de conocer las relaciones que una jóven tan bonita puede haber formado?"—"¿Cuál es el lugar de su nacimiento?" preguntó Mistress Woudbe. "Á mí me la recomendaron del Norte" contestó Milady levantándose, y añadió. Á Dios, querida Mistress Woudbe, mi coche me espera, y yo tengo mil cosas que hacer."

Es preciso convenir en que si Mistress Woudbe no hubiera estado enteramente ocupada en los preparativos de su baile, sin duda hubiese hallado algunas contradicciones en las respuestas de la Condesa acerca de Rosa;

pero el lisonjero proyecto de reunir en su casa lo mas brillante de Londres, la certeza de que una criatura del mérito de Rosa, haciendo los honores de la fiesta, atraeria probablemente en lo sucesivo los hombres mas elegantes de la ciudad, todo esto unido al servicio esencial que la hacia esta jóven, recibiendo bajo su nombre las cartas de aquel hermano natural, la causaba tanto placer, que no trató de hacèr ninguna pregunta, ni dió á entender la menor curiosidad acerca de su familia, cuando volvió al salon, y manifestó que sentia que Lady Gauntlet hubiese marchado.

Por la tarde Mistress Woudbe declaró su intencion de ir á la ópera al palco de Lady Gauntlet, y quitó que Rosa fuese á escogerla un bonito gorro en casa de Madama La-

croix ; pero aunque las razones que habian empeñado á Lady Gauntlet á obtener de Rosa el secreto sobre su residencia , ya verdaderamente no existian , sin embargo no quiso presentarse en casa de Madama Lacroix sin obtener la aprobacion de su protectora , y así rehusó aquel encargo. Entonces Mistress Woudbe tuvo la complacencia de ir á escoger un magnífico turbante , y muchas plumas que regaló á su bonita compañera.

El explendor del espectáculo , la música , las danzas , la brillante sociedad que llenaba los palcos eran objetos no menos nuevos que agradables á los ojos de Rosa. Mistress Woudbe conocia á todo el mundo, y ya por la noticia de su bayle , ó por la belleza poco comun de su nueva compañera, atrajeron la atencion general , su palco se llenó bien pron-

to de una porcion de personas que se apresuraron á hacerla la corte. Entre los que con mas atencion examinaron la encantadora figura de Rosa, reconoció al amigo constante de Madama Lacroix, y le contestó políticamente á la profunda cortesía que la hizo.

"Conoceis al Lord Aaron," dijo Mistress Woudbe. — "¡ Lord Aaron!" repitió Rosa con sorpresa. "Sí, el Lord Aaron Hossemagog es ese que acabais de saludar." — "Ahora le conozco, respondió Rosa, y estoy admirada de no haberme acordado antes de sus faciones, aunque á decir verdad mas le conozco de oidas, pues no le he visto hasta que le he encontrado en Londres." — "Supongo que será en casa de Lady G[illegible]let, dijo con cierta sonrisa Mistress Woudbe: ¡oh, Milord es un admirador

perpetuo de las hermosuras!"

El Lord Aaron se acercó entonces á la silla de Rosa, y dijo mil requiebros á Mistress Woudbe, mientras que sus ojos permanecian fijos en su bella compañera. Todos los demas siguieron su ejemplo, y aquella noche pareció que el empeño general era colmar de elogios á una de aquellas damas, y examinar á la otra hasta el punto de incomodarla; en fin, tantas personas se amontonaron en el palco, que Rosa se cansó hasta de la música, aun antes de que concluyese la ópera.

Mistress Woudbe pasó en seguida al salon del café, donde se reunio mucha gente despues de la representacion; y contentísima con los tributos que acababa de recibir, y de que tanto habia sentido verse privada; su espiritu estaba como en un deli-

rio, sus ojos brillaban de alegría. Allí la rodeó una nueva porcion de hombres, y Rosa casi indispuesta á fuerza de la confusion, miró al rededor de sí para escapar de un examen que la era intolerable, cuando poco la faltó para dar un grito viendo á Montreville que hablaba al oido al Lord Aaron Horsemagog, mientras ambos la miraban atentamente.

Como despues del primer momento de sorpresa era muy natural suponer que un hombre á quien ella conocia, de quien habia recibido particulares servicios, y que tambien tenia para ella particulares atenciones; era natural digo que él fuese á hablarla, así ella con esta esperanza se esforzó á reunir todo su espíritu para responderle de un modo conveniente, y en secreto se felicitó de que la apariencia de su nueva situacion hicie-

se este encuentro menos embarazoso por su parte, que cuando se vió obligada á recibirle en Pontefract; pero nada puede manifestar lo que sufrió cuando vio que Montreville, aunque siempre la examinaba con atencion, no hizo ningun movimiento para acercarse á ella, y ni una cortesía que la anunciase haberla conocido.

Confundida de un proceder, que segun las circunstancias en que se habia hallado con él era casi un insulto, é importunada hasta el extremo por la gente que se agolpaba al rededor, pudiendo apenas sufrir el mucho calor de la sala, é igualmente el de su propia agitacion, articuló en voz baja é interrumpida algunas palabras, pidiendo á Mistress Woudbe que saliesen de un paraje que la era insufrible.

Segun la embriaguez deliciosa en

que se hallaban absortas todas las facultades de Mistress Woudbe, semejante súplica no podia dejar de ser muy importuna. "*Al instante*," respondió ella, é inclinó la cabeza hacia el Duque de Evregreen, que la hablaba en secreto. Rosa no pudiendo sufrir mas, sintió renacer todo su valor; se atrevió á un esfuerzo desesperado, y abriéndose paso al través del concurso con las mejillas ardiendo de rubor, y los ojos llenos de lágrimas, llegó á la puerta, y halló á los criados de Mistress Woudbe, quienes suponiendo que su ama la seguia, la hicieron entrar en una silla de manos, y la condujeron al coche; entonces advirtiendo su equivocacion regresaron á su puesto. Rosa sola en el coche miró hácia atrás, y es dificil decir si la indignacion superó á su dolor cuando vió nueva-

mente á Montreville y el Lord Aaron que la seguian los pasos.

El Lord Aaron se acercó al coche por el lado opuesto al que se habia detenido Montreville, y empezó á lastimarse por la salida de Rosa de casa de Madama Lacroix, diciéndola que su intencion era ofrecerla una situacion mucho mas ventajosa que aquella en que la encontraba despues de tantas pesquisas infructuosas; y aunque ciertamente la estimacion que debia á su persona, habia de disminuirse por su residencia en casa de Mistress Woudbe y sus relaciones con Lady Gauntlet, sin embargo, tal era la viveza de sus sentimientos que haria cuanto hubiese que hacer para....

Esta curiosa arenga fue interrumpida por la llegada de Mistress Woudbe, que habia notado, no sin mucho enojo, que Rosa se habia separado de

ella; pero como la decencia no la permitia permanecer cuando habia salido sola la jóven que estaba á su cuidado, la siguió, y su silla se acercó al coche cuando Lord Aaron iba á continuar sus ofertas á Rosa.

Entro en el coche de muy mal humor; pero Rosa no estaba en una disposicion acomodada para romper el silencio, pues los modales y discursos del Lord Aaron la admiraban y confundian. ¡El la hubiera ofrecido una situacion mas ventajosa á aquella en que se hallaba! ¡La estimacion que daba á su persona se disminuia por su residencia en casa de Mistress Woudbe! Todas estas la parecian expresiones tan extraordinarias, que no halló otro medio de interpretarlas sino suponiendo que tal vez la intencion del Lord habria sido ofrecerla su mano, y que la dependen-

cia en que vivia en casa de Mistress Woudbe la perjudicaba en la opinion de las personas de un rango distinguido; pero ¿qué habria querido decir en cuanto á Lady Gauntlet? Ciertamente una relacion con esta muger encantadora no podia menos de dar honor en todos los casos. Sin embargo, Rosa no se detuvo en esta idea, pues la pareció poco importante comparándola con los crueles tormentos que martirizaban su corazon cuando pensaba en la inexplicable conducta de Montreville, y recordaba hasta qué punto sus actuales modales se diferenciaban de aquellos tiernos y delicados que habia tenido para con ella en Pontefract.

Se retiró á su cuarto, no quiso bajar á cenar, y se paseaba por él con una agitacion inexplicable, cuando una de las criadas de Mistress

Woudbe vino á decirla que su ama la suplicaba no se acostase, pues queria hablarla apenas se levantase de la mesa.

Cada cosa de cuantas entonces veia ó entendia Rosa no la presentaba sino la imagen de Montreville, y así prometió temblando obedecer, no dudando que esta conversacion se dirigiria á él.

"Sin duda (se decia ella) de él es de quien va á hablarme Mistress Woudbe: ¿qué la habrá dicho él? ¿Por ventura creerá que yo pueda perdonarle? ¡Ah! ¡nunca, nunca! ¡Cómo! ¿tratarme con una indiferencia tan humillante, y pensar que podrá disculpar esta conducta? No: esto es imposible." El corazon de Rosa palpitaba con violencia, sus mejillas ardian, su respiracion era convulsiva, y el tiempo la parecia de una dura-

cion insoportable. En fin, Mistress Woudbe la envio á llamar, y cuando llegó á su cuarto Mistress demasiado ocupada en sus propios negocios para advertir la expresion que daba á la fisonomía de Rosa la certeza de oir hablar de Montreville, la mando en voz baja que cerrase la puerta.

Entonces la emocion de Rosa llegó á ser tan viva que la fue imposible contenerse, y se sentó; ó por mejor decir, se arrojó sobre una silla, y se dispuso á escuchar.

Mistress Woudbe miró al rededor, luego bajó los ojos, y casi balbuciando dijo, que tenia una comision importante, de la cual esperaba que Rosa querria encargarse, y era llevar á casa de Madama Lacroix la cajita de sus joyas la mañana siguiente antes de las once, y entregárselas á

su hermano natural, que debia hallarse allí para recibirlas de su mano.

La desgraciada Rosa, tan cruelmente engañada en su esperanza, empezó á llorar.

Mistress Woudbe, cuya trémula voz y palabras interrumpidas descubrian una agitacion que no podia ocultar sino con la mayor dificultad, y cuyos ojos inflamados patentizaban un dolor secreto, se puso tambien á llorar amargamente. Aunque por ahora callamos importantes secretos, que no debemos descubrir al lector hasta mejor ocasion, no podemos dejar de conocer en que el dolor que oprimia el inocente corazon de Rosa, no era menos amargo que la pena que oprimia al de la culpable Mistress Woudbe.

Suponiendo que las lágrimas de su humilde compañera no eran excitadas sino por el interés que ella le inspi-

raba, ó temiendo acaso una explicacion demasiado delicada sobre la causa de las que ella derramaba, Mistress Woudbe se esforzó á recobrar alguna serenidad.

"Es seguramente muy doloroso, dijo ella, que en la víspera de mi bayle de máscara, cuando yo contaba adornarme con todas mis joyas, y aun comprar otras, me vea obligada á.... pero es menester que yo os explique este negocio. Ese hermano, ese querido hermano, á quien han usurpado una herencia considerable, pues aun incluye un título, se halla obligado á hacer un esfuerzo, cuyo éxito es infalible, segun la opinion de los mas célebres abogados; pero aunque la justicía es suya, tambien necesita algun dinero. Ya le he dado las mil libras esterlinas que me regaló Mr. Woudbe; mas este socorro es insuficiente.

Uno de sus amigos promete adelantarle la suma que necesita sobre mis joyas hasta que se gane su pleito, y entonces me serán devueltas. Esto es muy desagradable, yo lo conozco, pero no puedo negar nada á mi hermano.

Un ejemplo tan raro de amistad fraternal llenó de sorpresa á Rosa. Es verdad que esta amistad parecia excesiva, y tal vez algo indiscreta, pero semejante falta se hallaba tan de acuerdo con el generoso desinterés de Rosa, que la exaltó á Mistress Woudbe en su imaginacion hasta el punto de compararla con la virtuosa Lady-Gauntlet; y aunque entonces se acordó de las órdenes de esta última, acerca de no descubrir á Madama Lacroix el lugar de su residencia, no titubeó en volver la tranquilidad al corazon de la mejor de las hermanas, aunque fuese á costa de desagradar á

su protectora. En virtud de esto prometió á Mistress Woudbe ir exactamente á la hora prescrita en casa de Madama Lacroix, y llevó la cajita á su cuarto, donde la memoria del cruel é insolente Montreville se apoderó tanto de su imaginacion, que el sueño no la impidió acordarse de que antes de las once debia hallarse en su cita.

Segun las órdenes de Mistress Woudbe vino un coche á buscarla para conducirla á casa de Madama Lacroix, entró en él con la cajita, llevando la cabeza muy acalorada de resultas de la agitacion de la noche pasada, y el corazon lleno de amargos suspiros. Paseando pues al rededor sus miradas melancolicas creyó ver á Montreville que espiaba el camino que iba á tomar el fiacre, y le hallo cerca de la puerta de Madama Lacroix cuando fue á apearse ; pero aunque sus ojos

se encontraron con los de Rosa, conservó la frialdad é indiferencia de la víspera, como si jamas la hubiera conocido.

Rosa, ofendida mas que nunca, resolvió ocultar su dolor, y aparentar alegria; así subió ligeramente la escalera, y á la puerta encontró á Madama Lacroix que la dió un abrazo, manifestándola todas las demostraciones de un placer sincero.

Rosa la dijo que vivia con Mistress Woudbe, y que iba de su parte á entregar una cajita á cierto caballero que debia venir á buscarla: pero nada sorprendió á la modista tanto como el secreto que se habia exigido de Rosa acerca de su nueva colocacion; sin embargo, ésta no juzgando á propósito aclarar los motivos, la otra tuvo la discrecion de no repetir sus preguntas.

Dieron las once, las doce, la una, las dos y las tres de la tarde sin que el caballero pareciese. Mistress Woudbe, temiendo que hubiese sucedido alguna desgracia á sus joyas, á Rosa ó á su hermano, tomó el partido de hacer parar su coche á la puerta de Madama Lacroix, y supo con sorpresa que su cajita estaba todavia en mano de Rosa, y así la mandó que la volviese á casa, y ella prosiguió haciendo algunas visitas.

Rosa al volver á Portman-Square halló una carta, y conociendo por la letra que debia ser para Mistres Woudbe, se la entregó apenas volvió á casa.

Esta carta produjo un efecto terrible, pues Mistress Woudbe lloró y se puso desazonada. Su hermano, su cruel hermano la acusaba de querer hacerle traicion, enviando un espía con su señorita de compañía. ¡Ingrato! aun

tambien la amenazaba con descubrírselo todo á su marido.

La inocente Mistress Woudbe, que sabia bien que no habia enviado ningun espía, y que temblaba por su amenaza, voló á buscar á Rosa y la leyó muchos párrafos de la carta, que no podian ser completamente entendidos sino por ella misma.

Rosa, llevada por su celo para calmar la agitacion de Mistress Woudbe confesó que creia que el coche en que habia ido, iba seguido de un caballero desde Portman-Square; que despues la misma persona se habia detenido enfrente de la casa de Madama Lacroix; pero sostuvo que la intencion de esta persona no podia ser la de espiar al hermano de Mistress Woudbe.

La pobre muger quedó en la mayor consternacion, hasta que salió de casa su marido; entonces rogó á Rosa

que la acompañase en un fiacre ; la deposito en casa de Madama Lacroix , y continuó sola haciendo verosimilmente las diligencias para buscar á su hermano ofendido.

El cariño de Madama Lacroix á Rosa parecia haberse aumentado aun despues de su separacion. Quiso regalarla un soberbio vestido para el baile de Mistress Woudbe , y la rogó lo aceptase con mucha delicadeza , de modo que Rosa no pudo ofenderse de aquel capricho. Sin embargo lo rehusó, aunque se informó del precio , y hallándole infinitamente inferior al que suponia , pues la astuta modista , por causas que ella solo conocia , no juzgó á propósito señalarle ni la mitad de su valor. De cualquier modo que fuese , el vestido era tan bonito , que Rosa no pudo resistir á la tentacion de comprarle ; y como el billete de ban-

co que la habia dado Mistress Woudbe aun estaba intacto, le empleó en proporcionarse los medios de presentarse con elegancia en la fiesta.

Mistress Woudbe llegó á su casa muy afligida, pues habian sido inútiles sus diligencias en busca de su hermano; de modo que se vió obligada á recurrir á su método ordinario de correspondencia con él.

Mr. Woudbe habia ya venido, y trayendo noticias pertenecientes al Lord Gauntlet, estaba tan impaciente de comunicárselas á su muger, que manifestó algun enfado por su ausencia. En fin, ella vino, se sirvió el té, y entonces tuvo ocasion de contarla lo que habia oido.

La crónica escandalosa divulgó el rumor de que el legítimo heredero de la noble familia de Gauntlet habia sido robado, sin que nadie sino el ac-

tual Conde, su esposa, y Sir Salomon pudiesen saber el modo; pero el joven acababa de presentarse para reclamar sus derechos, sostenido por la familia de su madre, que por la línea materna descendia tambien de la casa de Gauntlet. El pleito iba á entablarse: los mas célebres abogados discutian en este negocio, y la curiosidad del público estaba vivamente excitada.

Como Rosa miraba sumamente inverosimil que su protectora fuese capaz de una accion infame, no se interesaba en este suceso sino con la conviccion de que el reclamante era un impostor, y que la virtuosa Lady triunfaria de sus enemigos.

Mistress Woudbe cambió muchas veces de color mientras que su marido contaba esta noticia; pero lo que mas sorprendió á Rosa fue ver la fa-

cilidad con que abandonó el partido de su amiga la Condesa, manifestando que estaba mejor instruida en este negocio que Mr. Woudbe, y aún que la *crónica escandalosa.*

"El Conde, así tambien como la Condesa, eran (dijo Mistress Woudbe) dos grandes bribones, y el desenrollo de su conducta explicaria al público un misterio que hace mucho tiempo fijaba su atencion, es decir, aquella constante intimidad entre los Gauntlet y la familia de Mushroom."—"¡Dios mio! señora, interrumpió Rosa sumamente indignada, ¿es posible que vos, honrada con la confianza de Lady, seais la que os atrevais á suponer tan abominable conducta? Vos que sois su amiga.... vos....

Mr. Woudbe interrumpió á Rosa, y continuó irónicamente diciendo: "Vos, en cuya casa, durante mas

de un año ella ha tenido la condescendencia no solo de vivir, sino de introducir su mejor amigo, uno de los hombres mas ilustres del reino, y hallar que vuestra casa y vuestra mesa los convenia por todos estilos."

Mistress Woudbe se sonrio: Rosa, incapaz de comprender esta nueva malicia, y no queriendo creer los rumores escandalosos divulgados acerca de su generosa protectora, se retiró á su cuarto, donde bien pronto no pensó sino en su idea dominante, es decir, que intentó persuadirse que aborrecia y detestaba al impertinente Montreville.

Por la mañana pareció verosimil que estaba hecha la paz entre Mistress Woudbe y su hermano, porque las joyas desaparecieron, la tranquilidad renació, y toda la atencion de la familia se concentró en los preparativos

del baile. En fin, llegó el famoso dia, y nada puede compararse al gusto y magnificencia de los adornos de las salas destinadas á la fiesta.

Rosa, no advirtiendo nada de desagradable en la comision que la habian fiado, que era recibir las máscaras, de las cuales la mayor parte eran personas de un rango y carácter conocido, se divertia mucho en el singular espectáculo que ofrecian á sus ojos, así como tambien en los raros disfraces de las máscaras, quienes al pasar delante de ella hacian extravagantes elogios de su belleza y sus gracias.

Mistress Woudbe estuvo la mayor parte de la noche vestida de un dominó y su careta; pero á la mesa mudó de vestido, y se presentó sin máscara.

Á la una de la mañana las salas

estaban tan llenas de gente, que Rosa, á quien todo el mundo hablaba, y que se veía obligada á responder á todos, rendida por el calor y el cansancio salió al corredor, y se apoyó en la balaustrada de la escalera para tomar el aire, cuando un máscara á quien ella habia obsevado constantemente á su lado, y que llevaba un dominó negro, sembrado de estrellas, emblema de la noche, se presentó delante de ella.

"Una belleza semejante á la vuestra (la dijo) no puede librarse de la admiracion de los mortales que estan bajo mi manto." — "Sin embargo (respondió un mágico que tambien toda la noche habia estado al lado de Rosa), mi ciencia me dice que la belleza mas resplandeciente puede ocultarse á todos cuando el sol está en el meridiano." — "Puede ser, replicó

con aspereza la noche, pero hay personas, cuyas acciones deberian estar sepultadas en las tinieblas, aun cuando mas brille su belleza."

Habia una cierta aspereza en el acento de este último máscara, que pareció muy estraño á Rosa, y aun la sobresaltó.

"Yo no puedo tener ninguna parte en esa importante discusion," respondió ella. —"Sin embargo, vos sois su objeto," replicó la noche con un tono todavia mas fuerte. "¡Oh! sí: añadió el mágico: el destino lo manda, y es preciso someteros, y oir lo que os anuncian por mi boca." — Señores, dijo Rosa con dignidad; ved que no estoy enmascarada." — "Sin embargo, replicó la noche, se puede creer lo contrario." — "No se puede creer sino los oráculos del destino, respondió el mágico; escuchad lo que

voy á pronunciar." Rosa contestó: "vos podeis tomar esto como un rasgo de ingenio, pero como yo no entiendo vuestras alusiones, os suplico que me dejeis pasar."

El mágico hizo una profunda reverencia y se desvió, pero la severa noche permaneció inmovil. Sin embargo, Rosa consiguió escaparse, y volvió á entrar en el salon.

Tanta era la gente que habia en todos los cuartos de la casa, tal el ruido de la música, los gritos de las máscaras disfrazadas en diversos modos, que Rosa fatigada hasta el último punto de lo mismo que tanto la habia divertido, se decidio á retirarse á su cuarto apenas vió que Mistress Woudbe se habia quitado la careta.

Al subir una escalera secreta que conducia á los cuartos sintio que la

tiraban de la ropa, y volviendo la cabeza vió al máscara disfrazado de la noche, y dijo suspirando: "¡ah¡ ¡Miss Walsingham!" — "¿Quién sois, señor, preguntó ella, y por qué os hallais aquí? Esta parte de la casa no está abierta para el público." El máscara respondió: "¡ningun parage está reservado á la noche, y todo es para mí una noche eterna!"— "¿Quién sois?" repitió Rosa. — "¡Oh! un ente"— "á quien vos habeis quitado toda la felicidad, y que sin embargo moriria contento si pudiese sacaros del abismo en que estais metida." — "¡El abismo! repitió Rosa, yo no os entiendo, ni deseo entenderos. Repito, que esta escalera conduce á los cuartos interiores, y no debeis introduciros en ellos." — "Yo sé, respondió el máscara, que quien desee advertir al vicio de los peligros que le rodean,

debe introducirse en cualquier parte. Miss Walsingham posee todavia un amigo que quisiera salvarla, y restituirla si posible fuera al amor de la virtud y á los encantos de la inocencia."—"Ignoro, exclamó Rosa con altivez, quién es el que bajo un disfraz se atreve á insultarme; pero sepa que el mas profundo desprecio es la única sensacion que me inspira su discurso insolente"; y diciendo esto se esforzó á continuar su camino. "En nombre del cielo respondió el máscara, si sois inocente, ¿por qué vivis en esta casa? ¿por qué vais á la de Madama Lacroix, y por qué razon tratais con la Mesalina de este siglo?" "¡Dios mio! exclamó Rosa, debia yo hallarme expuesta á oir semejante discurso! ¿No tendré nadie que me proteja? ¿Qué quiere decir ese vil calumniador? Quién me ayudará á con-

fundirle." — "Reconocedle," exclamó el máscara quitándose la careta.... era Montreville.

Rosa dió un grito penetrante.

"Vos habeis alborotado la casa", dijo él con un tono grave: —"yo alborotaria todo el mundo, respondió ella, antes que comprometerme en términos de hablar con vos, vos que sois igualmente el objeto de mi desprecio y de mi indignacion. ¡Quién os ha dado atrevimientro para perseguirme hasta aquí, obligarme á oir vuestras calumnias, y prevaleros con tal bajeza del triste estado de una jóven sin proteccion para insultarla?" — "¡Sin proteccion! ¡vos sin proteccion! exclamó Montreville: ¿no conoceis á Lady Gauntlet? — "Sí: yo cifro mi gloria en confesarlo." — Muy bien, Miss: ¿y no sois la compañera, la confidenta, y la embajadora secreta

de Mistress Woudbe? —"Y cuando eso fuese, señor...."—"¿No habeis vivido en casa de la infame Lacroix?"—"¡La infame Lacroix! respondió Rosa; pero creed, señor, añadió con el mas vivo despecho, que las alabanzas de ciertas personas pueden pasar por censuras mientras que sus censuras á veces se convierten en elogios."—"¡Oh Miss Walsingham! cruel muger, ¿me veré yo reducido á suspirar por el tiempo en que os creia virtuosa?"

Ninguna pluma puede expresar lo que Rosa sintió en aquel momento; se esforzó á subir la escalera, pero Montreville, deteniéndola por la ropa, se ocultó con ella el rostro y empezó á llorar.

La conviccion íntima de su inocencia, y el resentimiento del ultraje que Rosa habia sufrido, la hicieron incapaz de apaciguarse por el dolor de Montreville: se arrancó de sus ma-

nos á espensas de una parte de su vestido, y fue á reunirse con la gente, llevando el rostro pálido, los cabellos sueltos y su vestido roto.

Ya era menos considerable el concurso en las salas; pues muchos se habian marchado, otros estaban reunidos en el salon donde se servia la cena, y ya se habian quitado las máscaras. El mágico ofreció conducirla hasta el lado de Mistress Woudbe, y entonces conoció que era el Lord Aaron Horsemagog. Mas como ella estaba incapaz de andar, aceptó el brazo que él la ofreció hasta tomar una silla, y beber un vaso de agua de limon.

El Lord Aaron se sentó á su lado. Entonces por la primera vez, habiendo notado el desórden de su vestido, exclamó él: "¡Dios mio! ¿qué es esto? ¡tendremos un tarquino *bajo el manto de la noche*!"

..

Rosa se puso tan colorada quê Lord Aaron la examinó con mas cuidado, y redobló su confusion preguntándola lo que Montreville la habia dicho. "Vamos, dijo él, yo sé bien que es uno de vuestros antiguos favoritos."—"En verdad, Milord, respondió ella reanimando su valor, será él quien os ha dado esa noticia."—"No precisamente; pero era necesario ser muy tonto para no echarlo de ver: aunque el amor tiene una venda, y la pasion que os tengo sea extremada, esto no me impide ver claramente, y os repito que Montreville no os es indiferente: negadlo si os atreveis."—"Yo le detesto," exclamó Rosa.—"¡Oh! siempre es costumbre decir eso cuando ha sido infiel un antiguo amante."—"Estais equivocado, dijo Rosa con despecho: yo ciertamente conocia á Montreville, pero él me des-

agrada mas que....—"Mas que yo sin duda"—"Mas que nadie en el mundo."—"Vos sois tan bella, rèplicó Milord, que todos deben desagradaros excepto vuestra encantadora figura; pero sin embargo hay algunas damas que juzgan muy de su gusto á Montreville.... ¡ah! mirad la señora de la casa que viene á informarse de lo que os ha sucedido: ¿la preguntaremos su opinion?

Mistress Woudbe efectivamente parecia que buscaba con la vista á alguien, y el Lord Aaron, sin esperar la respuesta de Rosa, la preguntó si conocia al jóven Montreville.

La sorpresa y confusion de Rosa cuando le encontró en el café no fueron menos vivas que las que se manifestaron en el rostro de Mistress Woudbe al oir esta pregunta.

"Sí, yo le conozco, respondió

ella.... Sí.... no.... es decir que le he visto.... no sé." — "Ahora bien, respondió el Lord afectando no haber advertido su confusion: ¿no es realmente un gallardo jóven?

El aire desconcertado de Mistress Woudbe no pudo entonces ocultarse á Rosa; pero su atencion y la de todos se fijó en aquel momento en Lady Gauntlet que entraba con gran séquito. Los hombres y las damas venian vestidos á la turca, pero las mas preciosas piedras distinguian los adornos de estas últimas.

Cuanta gente habia en los salones se reunió al rededor de ellas. Una media docena de mugeres bonitas, tales como Lady Lodwer, las hijas de Lady Gauntlet y Miss Mushroom presentaban un extraordinario grupo, y participaban de la admirable belleza de Lady Gauntlet. Los hombres que

las acompañaban eran el Lord Gauntlet, el Lord Delworth y el Mayor Montreville, sus hijos, Sir Salomon Mushroom y Sir Jacob Lydear. El resto de su comitiva vestido con igual magnificencia estaba enmascarado.

Todo este grupo seguido de la gente pasó por delante de Rosa sin mirarla, y ni aun la encantadora Lady Gauntlet dirigió una mirada hácia el lugar en que estaba sentada ella sola, porque el Lord Aaron acababa de dejarla para dirigir sus respetos á una de las enmascaradas.

Los diamantes de Lady Lodwer y las perlas que adornaban el turbante de su hermana eran magníficos; la elegancia mas exquisita distinguia su adorno, y el placer brillaba en sus ojos. Ambas, y especialmente Miss Mushroom, estaban tan acariciadas por Lady Gauntlet, que si alguna vez la

baja envidia hubiese podido entrar en el corazon de Rosa, hubiera sido entonces, cuando comparó su tristeza á la satisfaccion de las otras, su vestido rasgado á sus magníficos adornos, y su dependencia y pobreza á su poder y riquezas.

Mas abatida y desanimada en medio de la opulencia y la profusion que lo estuvo cuando la pobreza y el abandono amenazaban su triste existencia, Rosa, sentada en un rincon de la sala, clavo sus ojos en tierra, y pareció olvidarse de cuanto la rodeaba.

Dos damas que no habian tomado parte en la curiosidad general, se hallaban colocadas en frente de Rosa: una de ellas conmovida por la melancolía que se advertia en su semblante, la dirigió la palabra diciéndola con acento escocés: "Yo espero, Miss, que no estareis indispuesta, y que las fatigas

de esta noche no habrán perjudicado la salud de una persona, cuyas atenciones han sido tan obsequiosas para todos."

Rosa la contestó con una cortesía, y mirándola atentamente, procuró recordarse de aquellas facciones que no la eran del todo desconocidas.

"Querida Miss Angus, dijo la otra, ya veis que toda la gente ha ido á la sala de cenar, y nosotras vamos á perder de vista á Lady Hopely."—"¡Lady Hopely!" exclamó Rosa levantándose con vivacidad mientras que su fisonomía y su gesto expresaban la emocion que la causaba este nombre.

Las dos damas, que aun no habian advertido el desórden de su vestido, la examinaron entonces con sorpresa. La mirada de Miss Angus manifestó la compasion que la inspiraba; pero Miss Bruce, la otra dama que

estaba con ella, de quien ya hemos dado noticia al lector, y que era notable por sus ojos hinchados, tomó su lente, le dirigio hácia Rosa, y dando una carcajada cogió á Miss Angus por el brazo, y salieron de la sala.

Entraron en otra donde empezaron á hablar con un grupo de máscaras. Rosa las siguió esperando hallar á Lady Hopely, y efectivamente vió que esta muger, mil veces mas respetable por sus virtudes que por el brillo de su casa, estaba entre una porcion de gente que hablaba con ella.

Rosa se detuvo, y aguardó con impaciencia el fin de la conversacion en que Lady Hopely parecia empeñada, y luego que Miss Angus y su compañera se reunieron con ella, las tres se volvieron á la sala donde Rosa se habia colocado á fin de llamar la atencion de Milady.

Miss Angus parecia hablarla con mucha viveza sobre un asunto que excitaba la risa de su compañera, mientras que Lady Hopely se conservaba sumamente seria. Luego que estuvieron cerca, Rosa oyó claramente que Miss Brûce, señalándola con el dedo, dijo á Milady: "vedla allí."

Lady Hopely retrocedió sorprendida; el corazon de Rosa palpitaba de alegría; hizo una profunda reverencia, y en seguida un movimiento para acercarse; pero por poco no espira de confusion cuando vió que la dulce fisonomía de la Condesa, animada hasta entonces por la alegría y la benevolencia, tomó la expresion de la mas fria reserva, y el mas profundo desprecio; pasó por delante de ella sin atender á una segunda cortesía, y atravesó el salon hablando siempre con Miss Angus.

La primera idea que ocurrió á Rosa luego que perdió de vista á Lady Hopely, fue que tal vez esta dama no la habria conocido, y se dió priesa á alcanzarla con la intencion de darse á conocer; pero volviendo á encontrar en su semblante la misma expresion de seriedad y desdeñosa indiferencia, conoció que valdria mucho mas verse olvidada que recibida con tanto desprecio.

"¿Y vos creeis que vive aquí? dijo Lady Hopely á Miss Angus volviendo la espalda á Rosa: decid ¿lo creeis?"

Rosa no tuvo por conveniente seguir á Lady Hopely; pero cediendo á su dolor, se retiró á su cuarto, y se arrojó en la cama sin desnudarse. Allí, despues de un cruel ataque de nervios é insufribles angustias, se vió un poco aliviada por un copioso llanto, y continuó así hasta el ama-

necer, á cuyo tiempo todos los concurrentes habian marchado, y la señora de la casa y todos los criados rendidos de tantas fatigas se habian retirado buscando algun descanso. El mayor silencio reinaba en la casa, y Rosa oprimida y anonadada por el exceso de las sensaciones que despedazaban su corazon, cayó en un sueño que por algunas horas la libertó de tan amargas reflexiones y recuerdos.

CAPÍTULO IV.

Cuando despertó Rosa, ó por mejor decir cuando volvió de su letargo, recordó los sucesos de la noche antecedente, y sus ojos todavia humedecidos no se abrieron sino para derramar nuevas lágrimas. Esta era la vez primera que el mas cruel de todos los dolores se hacia sentir de su corazon; es decir, ver su amor mal pagado, y destruida aquella confianza absoluta, aquel encanto delicioso que producen las cualidades apreciables que se creen en el objeto amado. Ya era preciso olvidar esta amable ilusion, y vagar en el mar de las sospechas é incertidumbres. Montreville, el cruel Montreville habia roto por su mano la venda del amor.

Se levantó con un violento dolor

de cabeza, y apenas pudiendo tenerse en pie, se dirigió á la sala del desayuno.

Mr. y Mistress Woudbe, igualmente que la mayor parte de los criados dormian profundamente. Rosa tomó con la mayor dificultad una taza de té. Pero habiéndola mirado con atencion é interés el criado que se la servia, ella entonces perdió el poco valor que la quedaba, y dando un grito exclamó: "al fin, la suerte está echada: yo voy á morir."

El criado la respondió enternecido, que esperaba no moriria, "aunque á la verdad, añadió, el trabajo de la noche pasada es capaz de matar á cualquiera; pero en semejante caso algunas horas de reposo valen mas que todos los auxilios de la medicina."

Rosa repitió de nuevo que iba á morir, que la era imposible gozar en adelante un momento de reposo, y despues dejando caer su cabeza sobre la

silla se puso tan pálida, que el criado creyendo que en efecto iba á espirar, corrió á buscar á Mistress Comfit, la ama de gobierno, quien al punto fue á ver á Rosa.

"Dios bendiga á esta encantadora criatura, exclamó Mistress Comfit: efectivamente tiene una fiebre ardiente: ¡oh cómo corre el pulso! Miss, es preciso llévaros á la cama."—"Yo voy á mi sepulcro" dijo Rosa con una voz lánguida.—"Dios nos libre de eso, respondió la otra."

"¡Ay Dios! exclamó una criada que acababa de entrar, si la fiebre entra en esta casa, desques de una noche como la que hemos pasado, Dios sabe en lo que parará; yo pienso que la señora no se alegrará de saber esto; y aun me atrevo á decir que dispondrá que se saque la enferma fuera de su casa."—"Yo espero que no lo hará",

respondió vivamente Mistress Comfit. "Dios me libre de verme al frente de una casa donde los enfermos sean despedidos con esta inhumanidad, cuando pueden curarse dentro. Por otra parte, Mary, vos y yo podemos hallarnos en igual caso que esta joven Miss, y entonces ¿nos gustaria que nos tratasen como habeis dicho?" Mary confesó que Mistress tenia razon; pero añadió: "sin embargo yo espero que la señora tendrá la bondad de enviar á buscar una enfermera, porque yo no podré asistirla con el miedo que tengo á la fiebre."—"Sea con miedo ó sin él, es preciso, Mary, que la llevemos á su cama: venid Miss (añadio Mistress Comfit), aquí no podeis permanecer en el estado en que os hallais."

Rosa, asistida con el mayor cariño por la ama de gobierno, se dejó conducir á su cuarto, seguida de Mary, y

se acostó con un gran presentimiento de que no se volveria á levantar. El trastorno de sus ideas, la sequedad de sus labios, y la convulsion que sentia dieron causa á que Mistress pronosticase que iba á ser acometida por una fiebre peligrosa; y efectivamente cuando á las nueve de la noche se levantó Mistress Woudbe para desayunarse, y preguntó por Miss Walsingham, Rosa se hallaba incapaz de salir de la cama.

Mistress Woudbe manifestó sentir la indisposicion de Rosa, fue á verla inmediatamente, la preguntó con ansia si habia recibido cartas para ella, Rosa respondió que no con una voz apenas inteligible, y Mistress se retiró despues de haber recomendado que se tuviese el mayor cuidado de sus cartas.

La mañana del otro dia, quiero decir, á las tres de la tarde, cuando

se levantó Mistress Woudbe renovó su visita y sus preguntas sobre el mismo asunto ; pero la pobre Rosa estaba en un delirio terrible , de modo que no podia conocer á nadie.

Para Mistress Woudbe no habia cosa mas cruel , como la idea de la muerte ; y si su casa no hubiese sido bastante grande , en términos que pudo refugiarse á mucha distancia del cuarto de la enferma , hubiera preferido marchar á la quinta antes que permanecer en su casa ; y así aunque no perdió de vista el cuidado de las cartas que podian venir para ella , suspendió absolutamente sus visitas.

Mistress Comfit , despues de haber empleado inútilmente los remedios caseros , suplicó á Mr. Woudbe que hiciese venir un boticario para cuidar á Rosa. Entonces Mr. Woudbe se decidió á llamar un médico , quien con su-

mo disgusto de toda la familia declaró que la enferma tenia una fiebre ardiente de la especie mas contagiosa.

¡Qué horrible contratiempo para Mistress Woudbe! Su baile de máscara la ponia en el caso de pagar las visitas á las personas de distincion que la habian honrado, y en tal época el dejar su casa de Londres era la cosa mas cruel, á excepcion de la alternativa de adquirir una fiebre contagiosa. Aprobaba bastante el plan indicado por la camarera de sacar á Rosa fuera de casa, pero incapaz de determinarse por sí sola en semejante circunstancia, acudió á su ilustre amiga la Condesa de Gauntlet, quien con una bondad extremada la convidó á acompañarla en su casa de Windsor. Milady con semejante propuesta hubiera adquirido para siempre el corazon de Mistress Woudbe, si esta no hubiese tenido ra-

zones secretas para no profesarla nunca una amistad sincera. Por ahora, contentísima con huir de una casa que la causaba miedo, aceptó el convite, dejando á Mr. Woudbe solo con algunos criados al lado de la moribunda Rosa. Entonces las dos damas partieron sin manifestar el menor interés por la enferma, y Mistress Woudbe se contentó con mandar expresamente que si venian cartas para la pobre Miss Walsingham se las enviasen á Windsor para guardarlas.

Mr. Woudbe pasaba en opinion de su esposa por un necio, pero el público le concedia el título de un buen hombre. Conociendo cuán peligroso era el estado de Rosa, llamó los mejores médicos, quienes despues de una consulta en regla, la administraron muchas drogas, que no pudieron hacerla tragar sin mucha dificultad. Sin em-

bargo con gran sorpresa de toda la casa, su juventud luchó contra los médicos y la enfermedad, y la sacó fuera de p·ligro. Inmediatamente que sus fuerzas pudieron permitirlo se la transporto segun las órdenes de Mistres Woudbe á una casa en Hampsteadt, y luego se hicieron fumigaciones en todos los cuartos antes que volviese á habitarlos la dueña de la casa.

La morada de Mistress Woudbe en Windsor habia hecho mas íntima su relacion con Lady Gauntlet, la cual demasiado prudente hasta entonces para confiar á nadie sus interioridades, se halló con tantos negocios en la cabeza que interesaban á muchas personas tanto como á ella, y tenia tantas querellas que apaciguar, y tantas circunstancias que preveer, que era á sus ojos de un precio inestimable una confidenta bajo cuyo

secreto, fidelidad y prudencia pudiese confiar seguramente.

Mistress Woudbe por su parte tenia un gran proyecto, cuya esperanza la ocupaba únicamente; y era el de divorciarse de su marido para dar en seguida la mano á un personage ilustre que habia mucho tiempo la tenia prometido hacerla Condesa; pero aunque este proyecto era desconocido á Lady Gauntlet, sucedió, por una extraña combinacion de circunstancias, que las dos damas se interesaban en un mismo suceso por motivos contrarios. Esto puede parecer un poco oscuro al lector, pero le pedimos un poco de paciencia, porque nos es imposible satisfacer ahora á su curiosidad. De cualquier modo la visita de Mistress Woudbe á Windsor no fue sino el preludio de otra que Lady Gauntlet la convidó á hacer á Delworth-

House, quinta situada en el centro de la provincia de Cumberland, y donde Milady se proponia ir para celebrar el matrimonio de su hijo, acaso tambien con la íntima conviccion de que seria la última vez que la seria permitido presentarse allí como legítima propietaria.

Delworth-House daba el segundo título á la familia de Gauntlet, y aunque todos los bienes del Conde estaban situados en Irlanda, Milady preferia esta tierra á la quinta de Gauntlet, distante diez millas de Dublin: pero no iba allí á pasar sino seis semanas, ó dos meses todos los estíos, porque el Lord Gauntlet no podia ausentarse por mas tiempo de la Corte.

Miss Mushroom, como ya hemos dicho, estaba destinada á ser esposa del Lord Delworth. Dos veces su esperanza habia sido engañada del mo-

do mas cruel, la primera por el amor, y la segunda por la ambicion. Ella habia sufrido la negativa del objeto de sus cariños, como efecto de un humor melancólico; pero la desercion del Lord Denningcourt la causaba movimientos de furor, á que no podia resistir, y la ocupaba sin cesar un ardiente deseo de vengarse de este ultraje.

Todo el mundo conocia la pobreza del Lord Denningcourt, no ignoraba que su padre, despues de haberle desheredado, habia dejado á su muger todo cuanto poseía: tambien se sospechaba que el jóven, dirijiendo sus votos á la hija de Sir Salomon, se proponia restablecer su fortuna. Ademas como la estropeada quinta que quedaba al Lord Denningcourt no distaba sino dos millas de la soberbia posesion de Lady Gauntlet, Miss Mushroom quiso absolutamente que se celebrase allí

su matrimonio con todo el fausto y brillo que permitian sus riquezas, á fin de hacer rabiar al indigno amante que se habia portado con ella de un modo tan injurioso. Esta fue la única condicion que puso al matrimonio propuesto entre ella y el Lord Delworth, apenas la Condesa de Gauntlet persuadió á Sir Salomon, que era necesaria á sus comunes intereses una alianza entre las dos familias.

Miss Mushroom habiendo obtenido cuanto deseaba, se preparó á partir á Delworth-House, apenas se terminasen los preparativos de su boda.

En esta crítica ocasion, y en algunas otras mas importantes, fue cuando Lady Gauntlet necesitó de una persona á quien confiar mil cosas en que la era imposible ocuparse directamente, y no quiso escoger para este oficio ninguna de sus hijas, porque la justi-

cia nos obliga á confesar que siempre habia tenido el mayor cuidado en velar sobre sus costumbres, de modo que ellas eran tan distinguidas por la pureza de sus principios como por las gracias de sus personas.

El Lord Delworth, jóven sin caracter, que nunca habia sido recomendable por ninguna buena accion, que se hallaba lleno de deudas, sin medios para salir de ellas, y á quien atormentaban mucho los clamores de sus acreedores, gustaba de casar con una jóven hermosa con ochenta mil libras esterlinas, de las cuales las treinta mil debian ponerse á sus órdenes, y así se portaba de modo que Miss Mushroom no tenia que quejarse de la tibieza de su tercero y último amante.

Antes que Mistress Woudbe aceptase el convite de Lady Gauntlet era conveniente que consultase á su ma-

rido, el cual por su parte tambien se hallaba convidado á pasar una parte de la primavera en casa de su yerno, y sucedió lo que Mistress Woudbe habia esperado; es decir, que prefirió este convite al honor de ir á la quinta de un Lord.

Mistress Woudbe era incapaz de semejante preferencia; pero tambien tenia otra persona á quien consultar, y como ésta la dijese que no podia estar mejor que en Delwort-House con la Condesa de Gauntlet y su familia, se dirigió á su casa de Portman-Square apenas el aire estuvo purificado, para aumentar su guarda-ropa, y tentar su crédito en casa de los plateros, porque ya no poseía sus diamantes y sus perlas, y sin embargo la era imposible pasar sin ellas en la brillante fiesta que se preparaba en las bodas del Lord Delworth.

El caudal y crédito de Mr. Woudbe eran tan conocidos que ella tuvo la felicidad de salir bien de todas sus empresas, así es que aunque habia recibido de él mil libras esterlinas á fin de evitar cuentas, contrajo nuevas deudas, despreciando el enojo de su marido, á quien pensaba sobrevivir.

Durante esto la pobre Rosa se hallaba entregada á todas las penas que puede causar un dolor interior, una mala salud, y toda clase de mortificaciones.

La casa donde se la habia puesto en Hampsteadt por recomendacion de su médico pertenecia á una viuda, que la tenia alquilada á varias personas de ambos sexos. La mayor parte de las mugeres eran solteronas, circunspectas, y en la apariencia grandes observadoras del decoro, y así sobresaltadas por la mala opinion de las dos

protectoras de Rosa, se coligaron contra ella, y celebraron una junta secreta, cuyo resultado fue manifestar á su patrona Mistress Davis, que esta Miss Walsingham, recomendada por el Doctor P.... era indigna de ser admitida entre ellas, segun las costumbres corrompidas de la dama con quien vivia, por lo cual, ó bien se la despedia sobre la marcha, ó amenazaban con marcharse todas ellas.

Mistress Davis, cuya existencia dependia de sus huéspedas, y que conocia hasta qué punto necesitaba conservar la buena reputacion de su casa, quedó muy pesarosa con una alternativa, que confesó con mucho dolor era cruel al mismo tiempo que injusta: dijo que no podia tomar á su cargo causar una mortificacion tan viva á una criatura que apenas libre de su enfermedad estaba sumamente debil,

y en vano representó á los severos jueces que la hablaban cuán cruel era esta falta de compasion con aquella enferma ; mas todo lo que pudo obtener en favor de la pobre Rosa fueron tres dias de término, durante los cuales se propuso ver al Doctor P.... y consultarle sobre el modo mas conveniente de transportar la enferma , sin chocar con su delicadeza ni perjudicar á su salud.

Las damas que no veían ninguna necesidad de conducirse en esta ocasion con algun respeto , consintieron en el término de muy mal humor ; pero afectaron no bajar nunca á las salas comunes sino á las horas de las comidas , y entonces se colocaban de modo que quedasen siempre algunas sillas vacías entre ellas y Rosa , y luego se retiraban inmediatamente á sus cuartos sin dirigirla jamas la palabra.

Rosa no observó al pronto esta fria reserva ; pero cuando se halló constantemente sola en el locutorio , y cuando de una observacion pasó á otras , la sorpresa que excitó en ella esta conducta extraordinaria fue mayor que la mortificacion que la causó su descuido ; pero al dia siguiente , no pudiendo dejar de notar el aire desdeñoso de aquellas damas , sus gestos de desprecio , y sus miradas que huian de las suyas , el silencio afectado de los hombres , y sus malignas sonrisas, la fue imposible no resentirse hasta el último punto de un proceder tan inexplicable.

Convencida interiormente de la pureza de sus principios y de la inocencia de su vida , no podia adivinar por qué motivo unas personas , á quienes jamas habia ofendido , se dispensaban de guardarla los primeros respetos de

la sociedad, pues la era imposible creer que se la despreciaba porque Lady Gauntlet era su protectora. Fatigada de todas sus conjeturas, y disgustada del mundo y de sí misma, se imaginó que por algunas circunstancias imprevistas se la habia reconocido por lo que fue en otro tiempo; *es decir, una mendiga*, y que aquellos desdenes eran consecuencia de este descubrimiento. Lejos de hallarse humillada por suposicion semejante, sintió renacer su valor, y dijo con exaltacion: "me desprecian por mi pobreza, y yo las compadezco porque las falta delicadeza, sensibilidad, y en fin la compasion que el cielo ha puesto en mi corazon, y que ellas me inspiran en este momento."

Reconciliada así con su situacion se sentó en un rincon del locutorio, teniendo un libro medio cerrado, mientras que sus miradas se paseaban tris-

temente al rededor de sí, cuando el coche de Lady Gauntlet, precedido de un criado á caballo, y otros dos detras vestidos con magníficas libreas, se detuvo á la puerta, y Milady bajó acompañada de Mistress Woudbe.

Toda la casa se puso en movimiento con esta brillante visita, y uno de los huéspedes, á pesar de los sarcasmos de la dama, en cuyo cuarto se habia tomado tan cruel resolucion contra la pobre Rosa, corrió á ofrecer su mano á la encantadora Condesa, de quien cada uno hablaba, muchos la detestaban, todos la condenaban; pero sin embargo era imposible verla sin concederla el tributo de una admiracion sincera.

Lady Gauntlet, que poseía el arte de conservar en sus encantadoras facciones una expresion de dulzura irresistible, fuesen cuales fuesen sus sen-

saciones interiores, dió gracias al caballero, pero rehusó tomar su brazo con una política graciosa, y se dirigió á Rosa, para quien fue como el sol que sale en un dia de nebuloso invierno.

Á las penas que despedazaban el corazon de nuestra pobre convaleciente cuando pensaba en el ingrato Montreville, se habia unido el temor de haber tambien perdido la amistad de su protectora, porque despues que Milady habia salido de Londres con Mistress Woudbe no habia dado á Rosa ninguna señal de acordarse de ella, de modo que su regreso la pareció una felicidad inesperada; y como la debilidad de su salud la hacia incapaz de sostenerse, se dejó caer en los brazos de la Condesa cuando ésta llegó á abrazarla.

"Sí: dijo Mistress Woudbe con una

voz casi ahogada por la rabia, los bárbaros han muerto á la pobre niña."

Mistress Davis que lloraba por la interesante criatura, cũya palidez apenas se habia aumentado con el desmayo, se aterró con lo que dijo Mistress Woudbe, y echó una ojeada reprensiva al Doctor P.... que habia acompañado las dos damas.

El Doctor habló al oido á Lady Gauntlet, ésta dijo del propio modo algunas palabras á su amiga, que continuó mirando con altivez y desprecio á cuantos veía, ínterin que la Condesa, tan enojada como ella en el fondo de su alma, conservaba en su semblante aquella expresion de dulzura encantadora de que sabia usar tan oportunamente.

Rosa recobró sus sentidos, y manifestó su alegría de ver de nuevo á su encantadora protectora, Lady Gaunt-

let pareció realmente conmovida, y Mistress Woudbe, que se halló comprometida por el modo desdeñoso con que se habia tratado á su señorita de compañía, afectó hacerla mil cariños.

"Venid, mi querida Miss Walsingham, dijo tiernamente la Condesa, salgamos de esta indigna casa: es menester que volvais á la ciudad; pero como teneis necesidad de respirar un aire puro, no permanecereis allí mucho tiempo; vendreis con Mistress Woudbe á mi quinta en el condado de Cumberland, allí gozareis de todas las ventajas del campo, y sereis tratada con el respeto debido á vuestro nacimiento, así como al de las personas que públicamente se confiesan vuestras amigas."

El aire de dignidad de Milady, el elevado tono con que pronunció estas palabras, produjeron todo el efecto

que se habia prometido. Las solteronas que empinándose unas sobre otras en las escaleras escuchaban lo que abajo pasaba, quedaron llenas de sorpresa y confusion; pero lo que valió mas que todo fue que Mistress Davis adquirió entonces una grande importancia á la vista de sus arrogantes huéspedas.

En cuanto á Rosa es imposible explicar lo que sintió entonces. Ignorando las tramas de Mistress Woudbe, y los motivos verdaderos de su protectora para conducirse de aquel modo, no pudo suponerla otros que su afecto para con ella. Como Lady Gauntlet conocia su verdadero orígen, el modo honorífico con que acababa de hablar de él delante de aquellas que habian tenido tan buen cuidado en darla á conocer su bajeza, la parecieron igualmente unas pruebas de su

prudencia, y de aquella bondad generosa que sin cesar la atribuia.

La verdad era que el Doctor P.... experimentaba el mas vivo interés por la enferma. Encantado de su inocencia y de la dulzura de sus modales, que parecian todavia con mayor ventaja en una casa donde verosimilmente no podia esperarse hallar estas cualidades, la habia recomendado con especialidad á Mistress Davis, y se hallaba implicado en la injuriosa conducta de las huéspedas. Su estimacion y compasion á Rosa tomaron tambien nuevas fuerzas por las relaciones que le hizo Mistress Davis de su dulce resignacion, debilidad extrema y melancolía que la quedaron de su enfermedad. El Doctor conocia el egoismo de Mistress Woudbe, y sabia muy bien que la necesidad de transportar la enferma á otro paraje únicamente por

los malos tratamientos que recibia de las otras huéspedas, no la causaria el mas ligero interés; y en su consecuencia se decidió á poner en juego el amor propio de Mistress Woudbe, persuadiéndola, como era verdad, que recaian sobre ella los ultrajes que se hacian á su señorita de compañía.

Despues de haber madurado este plan en su cabeza, se dirigió una mañana en casa de Mistress Woudbe, y felizmente para Rosa la halló en conversacion con Lady Gauntlet.

El Doctor con todo el respeto debido á las dos damas, pero animado por la indignacion que le hacian sufrir las huéspedas de Mistress Davis, las informó de cuanto ésta le habia dicho; y dando á su relacion el aire que habia resuelto, obtuvo todo el efecto que podia desear. El interés de Mistress Woudbe por Rosa pareció

fuera de los límites de la discrecion; Lady Gauntlet participó de él, pero le expresó con mas dulce sensibilidad; y ambas convinieron únicamente en que era preciso aquel mismo dia hacer salir de aquella casa á la pobre criatura. Entonces habiéndola dado a entender el Doctor cuán conveniente sería para ellas mismas ir en persona á ofrecer su proteccion á la jóven Miss, se ofreció á acompañarlas en casa de Mistress Davis, y obtuvo que Rosa fuese trasladada de Hampsteadt á Londres en el coche de Lady Gauntlet.

"Ahora que me acuerdo, exclamó Mistress Woudbe luego que marchó el Doctor, ¿qué deberé yo hacer de ella, Milady, cuando os acompañe á vuestra quinta? ¿La dejaré con Mr. Woudbe?" — "No, replicó la Condesa: en eso pudiera haber algun inconveniente." — "Por cierto que no ha-

brá ninguno para mí", respondió Mistress meneando la cabeza. — "¿Estais bien segura de ello?" preguntó Milady mirándola con expresion. Mistress Woudbe se puso colorada, y volvió á decir: "¿pero qué haré yo de esa muchacha?" — "¿No podiais hallar modo de emplearla?.... "¿No teneis algunas comisioncillas que fiarla?"

Mistress Woudbe se acordó de su hermano, y titubeó.

"Yo sé bien que esto es muy embarazoso, respondio la Condesa; pero he aquí lo que os propongo: como la pobre criatura necesita respirar el aire libre, y el de Delworth-House lo es en extremo, podremos llevarla con nosotras dándola un asiento en la delantera de mi berlina de viaje al lado del Lord Gauntlet. Mis hijas irán con sus criadas en su tartana, y las vuestras, las mias y el ayuda de cámara de

Milord ocuparán vuestro coche.

Mistress Woudbe reflexionó que aunque se acercaba el tiempo en que no necesitaba de mediadores para su correspondencia secreta, sin embargo este tiempo aun no habia llegado; y como por otra parte ignoraba realmente qué habia de hacer de Rosa, aceptó la proposicion de Lady Gauntlet. Ésta por su parte no perdia ocasion de hacer valer sus buenas acciones, y así informó á Rosa del favor que la reservaba, en un momento en que segun hemos visto el corazon de la pobre jóven estaba abierto á las mas vivas impresiones de la gratitud.

Mr. Woudbe recibió á Rosa con mas sensibilidad de la que nunca la habia mostrado, y aunque Portman-Square no ofrecia el aire puro de Hampstead, la perspectiva de viajar y aun de vivir con la encantadora Condesa

de Gauntlet la hizo aquella morada sumamente eficaz para recobrar su salud.

Sin embargo, á pesar de la satisfaccion con que Rosa veía acercarse la época de su viaje, una secreta pena pesaba sobre su corazon, y el tiempo, lejos de debilitarla, añadia cada dia nuevas fuerzas.

El amable, el generoso, el sensible Montreville, tal como antes le habia conocido, se presentaba sin cesar á su pensamiento; cuando comparaba sus delicadas atenciones, su terneza y su respeto para con ella con la fria seriedad y el desden que expresaba su fisonomía cuando su primer encuentro en Londres; y luego cuando pensaba en el discurso ultrajante que la habia hecho oir la noche del baile de máscara, el pesar, el despecho y la indignacion la oprimian y la envenenaban todos los placeres de la vida.

CAPÍTULO V.

Pasados algunos dias despues de la llegada de Rosa á Portman-Square, viniendo madama Lacroix á recibir órdenes de Mistress Woudbe sobre varios adornos que la habia encargado, y sabiendo que no estaba en casa, preguntó si podria aguardarla en el cuarto de Rosa. Apenas entró en él, y vio la palidez y el abatimiento de su bello semblante, manifestó llorando el interés que la inspiraba.

Madama Lacroix habia oido decir que Rosa debia marchar á la quinta de Lady Gauntlet, y así la dijo: "¿pero dónde ireis, querida mia, luego que ellas vuelvan á Londres?"—"Yo volveré, respondió Rosa, á casa de Mistress Woudbe, y viviré como hasta aquí bajo la proteccion de Lady Gauntlet."

Madama Lacroix se encogió de hombros, y dijo: "¿habeis oido hablar del famoso pleito que se ha puesto á Milady?" — "Sí, respondió Rosa; Mistress Woudbe ya me ha dicho algo de eso." — "¿Y sabeis, continuó Madama Lacroix, mirándola con expresion y bajando la voz, sabeis que sin duda alguna debe perder este pleito?" — "No lo permita Dios", exclamó Rosa llorando. — "Puede ser, añadió la modista, que si vos supieseis que ciertas gentes van por la última vez á visitar sus posesiones usurpadas, no quisierais acompañarlas en semejante viaje.

Rosa pareció sorprendida: pero esta ingratitud sin ejemplo con que todo el mundo se portaba hácia la mejor de las mugeres la causó despues un dolor y una indignacion tan viva, que incapaz de pronunciar una palabra se

vió obligada á recurrir á su frasquillo de álkali volatil.

Madama Lacroix añadió: "si quisiereis venir conmigo á mi casa de campo, ¡cuán gustosa os conduciria yo!.... Tambien ese pobre Lord Aaron Horsemagog me causa la mayor pena, viendo la impaciencia que tiene por deciros que le habeis encantado en el baile de máscara, donde con justicia habeis excitado la admiracion de todos.

Entonces la atencion de Rosa se distrajo de las penas que amenazaban á Lady Gauntlet para volverlas sobre sí propia. Su imaginacion la habia pintado mas de una vez los desagradables sucesos que la habian pasado en aquel odioso baile; pero los que pertenecian al Lord Aaron eran demasiado insignificantes para haberlos dado lugar en su memoria.

"¡Yo excitar la admiracion gene-

ral! ¡oh, Madama! ¡cuán equivocada estais!" — "No por mi vida, respondió la modista, y os protexto que el Lord Aaron sufre el mas vivo interés por vos, su pena ha sido inexplicable durante vuestra enfermedad, es el hombre mas noble, mas generoso...." En fin, Madama Lacroix usó de todos los argumentos posibles para obligarla á ir á su quinta antes que acompañar á Lady Gauntlet: "es una muger á quien todo el mundo...." — "Á quien todo el mundo debe amar y respetar, exclamó Rosa interrumpiéndola, y que se la debe compadecer si, como decis, está en vísperas de perder su pleito...." ¡Querida y amable Lady Gauntlet!.... No, Madama, yo os doy gracias por la consideracion que teneis por mí: yo agradezco tambien al Lord Aaron; pero yo no puedo aceptar ni vuestras bondades, ni los servicios del Lord

Aaron, cuyos motivos me son incomprensibles. Conozco que mi salud está muy débil; pero me siento ya mucho mejor: acompañaré á mi protectora, lloraré con ella la pérdida de lo que considera como el patrimonio de sus hijos, consolaré á aquella que me ha socorrido en la necesidad.... sí.... El cielo me dará fuerzas para ello. ¡Ay Dios! ¿quién mas que yo ha sufrido cuanto puede atormentar al corazon humano? Tal vez me está reservado enseñar á esta muger respetable cuanto se puede sufrir sin espirar de dolor."

Rosa parecia inspirada: el mas vivo carmin coloreaba en sus mejillas: sus ojos se llenaron de lágrimas, cruzó las manos, y añadió con un movimiento de entusiasmo: "¡oh, Dios, será posible que un ser tan virtuoso excite tu ira! ¡Ah! tal verdad es que tú castigas aquí á los que amas." En

aquel momento se abrió la puerta, entró Lady Gauntlet, y Rosa corrió á arrojarse á sus brazos, y continuó llorando sobre su pecho.

"La cabeza de esta pobre niña, dijo Lady á Mistress Woudbe que la seguia, aún está trastornada, y tiene á veces transportes muy singulares. ¡Ah, Madama Lacroix, ¿aquí estabais? pero decidme, ¿qué teneis? pues me parece á la verdad que estais algo loca."

Si las culpas graves, si el terror y la sorpresa pudieran dar al semblante la expresion de la locura, Madama Lacroix debia justificar seguramente la observacion de la Condesa.

Ella habia venido con la certeza de destruir en Rosa el entusiasmo que la inspiraba Lady Gauntlet, y no dudaba que en seguida esta pobre jóven prefiriese su casa de campo á continuar bajo la proteccion de una muger

que se hallaba cercana á perder toda la consideracion de que gozaba, ó la complacencia de una vieja coqueta: y seguramente Rosa hubiera preferido su primera indigencia á su actual modo de vivir, si ella hubiese conocido como Madama Lacroix el verdadero caracter de las personas con quienes se hallaba; pero su corazon generoso en el ardor de la gratitud á Lady Gauntlet acababa de burlar todos los planes de la modista, y esta última, llena de confusion con la inesperaba presencia de la Condesa, y desconsolada al ver frustradas las esperanzas del Lord Aaron, perdió toda su serenidad, y necesitó de todo su espíritu para tomar un ingreso mas tranquilo.

Sin embargo, no respondió sino con una sonrisa al sarcasmo de la Condesa; y mientras que Rosa bañaba con sus lágrimas las manos de su pro-

tectora, aprovechó la ocasion de hacerla una seña expresiva, puso el dedo en la boca significándola el secreto de la conversacion que habian tenido, y despues se retiró con Mistress Woudbe para recibir sus órdenes.

Lady Gauntlet, con un aire gravé, y siguiendo con los ojos á Madama Lacroix hasta la puerta, dijo á Rosa: "decidme, os ruego, lo que esta muger os hablaba cuando entré."

Rosa no respondió sino llorando. "Seguramente dijo la Condesa, que no os hablaba de ella misma."—"¡Oh, no!" exclamó Rosa.

Lady Gauntlet examinó entonces con toda escrupulosidad el semblante de su protejida. "¿Os hablaria pues de mis asuntos? ¡Oh, sí! yo lo conozco: ella acaso piensa que mi reinado ya ha concluido.... ¡necia! bien, allá lo veremos. Pero sepamos qué os ha

dicho."—"Que vos misma, que vos, mi querida y generosa protectora, no sois feliz."—"¡Cómo! y es eso todo; y por semejante bagatela llorais tan amargamente."— "¡Bagatela! ¡Ah, Milady! ¿podeis pensar que lo que os aflige sea una bagatela para mí? ¿me creis tan ingrata?"—"Á la verdad, vos sois una excelente joven; ¿pero podreis asegurarme que mi infortunio haya sido el único objeto de vuestra conversacion con esa muger?"—"Sí, exceptuando algunas simplezas sobre el Lord Aaron Horsemagog."—"¡Ah, ah! yo pienso que madama Lacroix tiene sus proyectos.... Y bien, ella sin duda os ha dicho que el Lord Aaron se muere por vos."— "Sí, ella ha querido dármelo á entender; pero yo no soy tan simple que crea semejantes exageraciones."—"Yo no lo dudo: vos teneis demasiado talento; pero Ma-

dama Lacroix desempeña muy bien su papel de intrigante."—"¡Su papel de intrigante! repitió Rosa: me parece, señora, que os he oido hablar de ella en términos mas honoríficos."

La Condesa tomó en aquel momento una de las mas seductoras expresiones con que jamas habia animado su bonito rostro: "querida Miss Walsingham, la dijo, vos sois todavia una niña, no conoceis este mundo encantador, donde hasta ahora no he encontrado nadie qne se os parezca, y me figuro hasta qué punto os sobresaltareis cuando sepais que ya corre la voz de una intriga entre vos y el Lord Aaron Horsemagog.... Yo no tengo necesidad de esa mirada de indignacion para conocer vuestra inocencia, ni dudo que se os ha ultrajado terriblemente con tal suposicion: pero decidme, os ruego, ¿por qué habeis ido con él á

su casa de campo?"—"¿Á su casa de campo con él? exclamó Rosa fuera de sí: Milady, yo no os comprendo. Yo fuí á la casa de campo de Madama Lacroix, donde acostumbra ir todas las semanas, segun me dijo, á distraerse, y descansar de sus tareas."—"¡Bravísimo! exclamó la Condesa; pero ¿no habeis aceptado un vestido de baile de parte del Lord Aaron?"—"¡Aceptado un vestido! dijo Rosa, no: yo os lo juro: yo le he comprado. Es verdad, Milady, que Madama Lacroix deseosa de haceros la corte queria regalármelo; pero los favores son demasiados gravosos para mí, y especialmente favores de dinero. Por otra parte, como Mistress Woudbe me habia obligado á tomar mis honorarios de un año, yo me hallaba á un mismo tiempo demasiado rica para necesitar de aquel regalo, y demasiado

altiva para aceptarle. "

Las encantadoras sonrisas de Lady Gauntlet, y la expresion cariñosa de su fisonomía desaparecieron para que los reemplazasen un aire sério y reflexivo. "Miss Walsingham, dijo ella, vos sois una criatura encantadora, completa; vuestros sentimientos y vuestros principios son de una pureza angelical, conservad siempre ese justo, ese noble orgullo que os distingue, conservadle por el único camino que puede hacéroslе no perder; es decir, perseverando en la inocencia. El mundo es una escuela donde la experiencia no recoge sino amargura y disgusto: yo me sorprendo que hayais vivido en esta casa y en la de Madama Lacroix sin haberos impuesto algo en estos principios. En este caso vos debeis obligaciones poco comunes á aquellas personas con quienes habeis

vivido en vuestra infancia, y cuyos preceptos y ejemplos os han dejado ignorar la corrupcion general de costumbres. Ellas os han evitado penas muy terribles.... Si á pesar de esa mirada expresiva, que parece recordarme todo lo que habeis sufrido, y que parece contradecir mi observacion, yo sigo creyéndola muy fundada.... ¿cuál es el dolor verdadero que puede martirizar un corazon, que nunca ha sentido los remordimientos? ¡Ah, querida mia! si vos conocierais semejante pena.... pero yo aguardo.... (aquí la Condesa recobró la encantadora expresion de su fisonomía) yo aguardo que nunca la conocereis."

Rosa, cuyo cariño efectivo á está encantadora circe la hacia dar la interpretacion mas favorable á sus discursos, escuchaba con admiracion y gratitud las máximas de aquella que

olvidando su ilustre nacimiento se dignaba abatirse hasta el extremo de instruir á una pordiosera.

"Ahora, dijo la Condesa, ya que he acabado de moralizar, lo cual ciertamente es una cosa muy extraordinaria para mí y para todas las de mi clase, quiero contaros una historia."

Hizolo pintando en ella tan al vivo la conducta de Lord Aaron y Madama Lacroix, el viaje de la quinta, el regalo del vestido de máscara, y el concepto en que se tenia ya á Rosa, que aunque no expresó nombre alguno, la sorpresa de Rosa fue tan viva cuando Milady concluyó su historia, que necesitó de toda su confianza en el juicio y veracidad de su protectora para darla algun crédito; pero entonces un rayo de luz brillo ante sus ojos. Si efectivamente se podia creer en semejante maldad; si un ser tan aisla-

do é insignificante como ella podia excitar la atencion de este mundo, á quien Lady Gauntlet tan perfectamente conocia; si un rumor tan injurioso para ella habia sido divulgado por el Lord Aaron, y recibido por el público; ¿por ventura Montreville era tan culpable en haberle creido, y semejante conviccion no era la excusa, y aun la apología de su conducta?

Rosa quedó repentinamente aliviada de aquel enorme peso que tanto tiempo oprimia su corazon: sus ojos, cuyo brillo se habia amortiguado por la melancolía, recobraron explendor, y brillaron con una inexplicable alegria.

"¿Qué significa eso? dijo la Condesa mirándola atentamente: ¿es posible que la injuria hecha á vuestra virtud pueda causaros una satisfaccion tan viva?" — "Milady, respondio Rosa con firmeza, siempre ha sido

destino mio sufrir por la malicia de los otros, sin haber tenido nada que reprenderme. Sin embargo, aunque las calumnias de que me han hecho víctima sean demasiado groseras para no poderse justificar fácilmente, debo ser sensible á las injurias que me hacen las mismas personas que no me conocen, y que intentan imprimir en mi caracter una mancha odiosa, privándome del mejor atributo de mi sexo. Pero, queridísima Milady, vos sabeis que yo soy inocente, y Mistress Woudbe debe hacerme igual justicia: vuestra proteccion y bondades son los únicos bienes que ambiciono, sin que desee variar de situacion. Tal vez sería mas dichosa si ocupase este mismo empleo en casa de una persona, cuyo talento estuviese mas cultivado; pero no es menos mi gratitud hácia Mistress Woudbe, porque no posea las

brillantes cualidades de Lady Gauntlet, ni las de algunas otras damas que tengo el honor de conocer. Estoy afligida, pero no desanimada de que el mundo desconozca mi caracter; sin embargo, debo confesar que en este mundo extraño existe un hombre, cuya estimacion me era muy grata, que poseia la mia enteramente, y cuyos inexplicables procederes hace algun tiempo que me causaban un vivísimo dolor. Yo he llorado la pérdida de su confianza para conmigo, y tal vez amargamente la de aquella que el me habia inspirado; pero yo le he visto hablar con el Lord Aaron: si me cree culpable, ya está justificado, y no tuvo intencion de ultrajarme con los extraños discursos que tuvo: no, solo pudo hablarme de aquel modo obligado por el exceso de las afficciones que sufria."—"¡Bravo! ¡bravo! exclamo la

Condesa; pero, querida amiguita mia, ¿quién es ese hombre tan excelente, de quien no me hablasteis cuando me referisteis vuestra historia?"—"Milady, contextó Rosa, aquella reserva no fue efecto de mi artificio, ni falta de confianza en vos. Yo siempre intentaba destruir una inclinacion que conocia no habia de ser mas que un manantial de penas para mí, y de humillaciones para el objeto que me es tan querido.... Sí, esto que he sufrido me prueba hasta qué punto mi corazon es suyo. Yo me habia impuesto un eterno silencio para con él; pero el gusto de poderle disculpar de las graves culpas que le suponia me excita á una confianza sin límites hácia mi generosa protectora. Sí, Milady, enteramente yo tomo en vuestra presencia la resolucion de no volverle a ver: yo puedo confesaros mi

fatal debilidad, y deciros que el honor de este jóven encantador me es tan querido como mi existencia, aunque él deba dar á otra el nombre de Montreville."

Lady Gauntlet dió un grito: se levantó precipitadamente de su silla; y en fin su sorpresa la quitó la respiracion.... "¡Montreville! ¿de cuál Montreville quereis hablar?"

Rosa ignoraba que el nombre de familia de su protectora fuese Montreville, y la última cosa que hubiera sospechado hubiera sido que el hombre de su eleccion fuese precisamente aquel que ella creia un impostor; y en fin, el mismo que queria privarla de sus honores y sus bienes: en consecuencia respondió: "es el nieto del Almirante Herbert, que tiene una posesion en el Yorkshire."

El primer temor de Lady Gaunt-

let habia sido que el Mayor Montreville, su hijo, fuese el amante, por cuyo honor Rosa tomaba tan vivo interés; pero apenas se vió tranquilizada sobre este punto, dió una carcajada tal, que Rosa quedó sin saber lo que la pasaba.

"¿Con que en fin, exclamó la Condesa, Montreville es el fenix que ha sabido agradaros, y su honor os es tan querido como vuestra propia existencia? En verdad creo que teneis razon en decir, como me dijisteis el otro dia, que la vida no es de un gran valor. No os pongais tan seria, querida mia: vos vereis que hablo con exactitud, y quando estemos en el campo acaso podré curaros de vuestra pasion; pero decidme, os suplico, ¿conoceis á la Portuguesa su madre?"

Rosa contestó que ignoraba si era Portuguesa, y aun si existia, hasta

que esta noticia se esparció en Pontefract, donde se habian hecho regocijos para celebrar su llegada á casa del Almirante Herbert.

"¡Oh! dijo Milady, con un tono desdeñoso, yo creo muy bien que en esa circunstancia se habrán vuelto locos:" y despues aconsejó á Rosa que no hiciese á Mistress Woudbe la misma confianza; "porque, añadió dando otra carcajada, pudiera decírselo á su hermano natural, y por mas que sea vuestra sorpresa, creedme que esto perjudicaria mucho á vuestro ídolo." — "Yo no tengo ídolo, Milady," respondió Rosa algo resentida por cierta ojeada satírica de la Condesa, que no pudo disimular, ni dulcificar todo el encanto de su fisonomía, y añadió: "yo os he confiado mi debilidad, y"..... Entonces una lágrima detenida apenas corrió por su meji-

lla."—"Y.... dijo Milady besando aquella lágrima, no tendreis motivo de arrepentiros. Yo conozco que os amo en este momento aun mas de lo que hubiera creido, y tambien puedo daros un problema que resolver, preguntandoos, como será posible que el mayor tormento de mi vida, asi como los mayores pesares de la vuestra, puedan venir de un mismo orígen, y lo que os parecerá todavia mas estraordinario es que me engañaré mucho si nuestra amiga Mistress Woudbe no sufre todavia mas que nosotras por el mismo personage.... En verdad es muy gracioso, añadió la Condesa, que tres mugeres, cuyos destinos son tan diferentes, se hallen implicadas en el mismo suceso, y sufran por una propia causa; pero el tiempo, querida amiga, el tiempo deshace muchas cosas. En uno de los primeros ratos desocupa-

dos que tenga en Delworth-House tendré cuidado de haceros penetrar esta misteriosa nube, y al mismo tiempo sean cuales fuesen las nuevas que oigais de mi pleito, no querais dilatar vuestro restablecimieto afligiéndoos demasiado. Yo soy discípula de Lavater, y veo que la dignidad de vuestra frente, que al principio juzgué era una expresion adquirida por la educacion y no el sello original de la nobleza... Sí, yo veo la caida de una belleza y la elevacion de otra.... ¿pero dónde habeis visto la última vez al seductor Montreville?" — "En el baile de máscara," respondió Rosa avergonzándose, sin saber por qué, de las chanzas de la Condesa. — "¡En el baile de máscara! En efecto me dijeron que allí estaba; pero yo le suponia demasiado ocupado. Decidme, ¿es él quien os habló aquellos discursos ultrajantes -

que escusais tan fácilmente, y que aun teneis la bondad de olvidar?" Rosa se puso colorada, y con voz apenas inteligible respondió: "Sí."—"¿A qué hora?" preguntó Milady.—"Despues que Mistress Woudbe se quitó la máscara"—"¡Dios mio! exclamó Milady, ese Montreville es un hombre muy extraordinario: ciertamente deseo conocerle, y casi tiene el talento de un diplomático. Vamos, querida Miss Walsingham, añadió la Condesa levantándose, es preciso que os deje: pienso que ya Mistress Woudbe debe haber despedido á Madama Lacroix, y tengo mil cosas que arreglar. Despues de haber estado tanto tiempo con vos sin decir una palabra de lo que aqui me ha traido, solo tengo algunos minutos para instruiros. He mandado que se os lleven telas, encajes, muselinas, y plumajes que deseo emplear en vues-

tro uso, y al presente que leo en vuestros ojos vuestra futura elevacion os enviaré todavia mas, porque ademas del aire puro y ejercicio que disfrutareis en Delworth-House, recibireis visitas, y yo quiero tener el gusto de veros admirada de todo el mundo. Por otra parte quien sabe si algun suceso extraordinario nos conducirá tambien allí á la Portuguesa y su fenix. Á Dios: vámonos, no beseis mi mano con tanto ardor; tal vez no siempre tendreis el mismo placer en besarla." — "Cuando llegue ese caso, esclamó Rosa, yo seré insensible á todo, ó por mejor decir, ya no existiré." — "¡Muy bien! muy bien! ya lo veremos, dijo la Condesa; pero entre tanto sosegaos, y pensad que teneis que hacer un viage de trescientas millas, y que debe empezar dentro de dos dias."

CAPÍTULO VI.

Rosa, rica con los regalos de Lady Gauntlet, y con los que Mistress Woudbe se apresuró á hacerla á su ejemplo, sintió con mas amargura que nunca no recibir noticias de John, y haber podido consentir que se separase sin darle las señas de donde iba. Habia ocho meses que esperaba el resultado de sus promesas, y ya no esperaba tener noticias suyas.

El cariño que tenia á las hijas del Mayor Buhanum la inclinó á escribir al Doctor Cameron para instruirle de las luces que John poseía sobre los negocios del Coronel; pero pensó que no teniendo algun informe exacto que dar sobre este punto, y no pudiendo acordarse tampoco de los nombres de las personas de que John habia habla-

do, y que sabian la cantidad de las sumas puestas por el Coronel en los fondos públicos, lisonjeándose algunas veces de que el pobre John acaso habria marchado á Escocia á fin de comunicar de boca estas noticias á los herederos de su amo; y en fin, esperando que algun feliz acaso podria devolverla el digno y virtuoso amigo de su infancia, difirió escribir al Doctor; pero le quedaba otro deber que cumplir, y que conocia que cada vez era mas indispensable.

Casi nueve meses habian pasado desde que se separó de su madre, y aunque los sucesos ocurridos en aquel intermedio, su enfermedad y sus penas pudiesen disculpar su negligencia para con los autores de su vida, conoció que debia informarse de la salud y situacion actual del único ser á quien pertenecia por los

lazos de la sangre antes de emprender un viage, durante el cual seria posible que mil imprevistas circunstancias retardasen su vuelta á Londres, y la privasen de ver segunda vez á su madre, supuestas las actuales enfermedades que aquella muger padecia á consecuencia de sus excesos. Determinada por estas reflexiones, y cuando ya tenia echa su maleta para el viage, obtuvo de Mistress Woudbe la víspera de la marcha el permiso de ausentarse por algunas horas: envió á buscar un fiacre, se dirigió á Paredisse-Street, y el coche por su órden se detuvo delante de una bonita casa, sobre cuya puerta estaba escrito en una brillante tabla el nombre de Mr. Garnet.

Rosa experimentó una conmocion agradable y muy natural, viendo que la habitacion de su madre presenta-

ba un esterior que correspondia á la comodidad interior de que debia gozar.

Una muger bien vestida, cuyo semblante era franco y cariñoso, convidó á Rosa á que entrase, y sin hacerla la menor pregunta, ni responderla á la que las dirigia, la condujo á una bonita sala, y la presentó una silla. Entonces Rosa, habiendo preguntado si Mr. ó Mistress Garnet estaban en casa, la criada no la respondió sino preguntándola si hablaba á la hermosa señorita que habia cuidado tanto de su ama cuando se habia roto la pierna, porqué en este caso habia recibido de sus amos la órden de decirla que dispusiese de su casa como propia, y que permaneciese hasta que ellos volviesen. Rosa agradecida á un proceder tan delicado, que la procuraba un asilo

tan agradable, sintió algunos remordimientos de su ingratitud para con su madre. Guardó silencio por un momento, y luego preguntó si Mr. y Mistress Garnet habian venido á Londres despues del accidente de esta última. La criada respondió que sí; pero que su ama habia caido en una melancolía tan profunda, que Mr. Garnet por órden de los médicos la hacia viajar para distraerla. "Ahora están en el campo, añadió; pero, Miss, yo debo tambien deciros que vino aqui un gallardo joven que mi ama asegura es vuestro amante, y que quiso veros."—"¡Quiso verme!" exclamó Rosa. —"Sí, Miss: es tanta verdad como que existo."—"Y bien, ¿qué se hizo ese joven?"—"¡Ay Dios! sintió mucho de no haberos hallado, y de que mi ama le dijese que no podia noticiarle donde esta-

bais; pero él escribió, y he aquí, añadió abriendo un armario, la carta que dejó para vos."

Rosa rehusó tomarla, y no fue una pequeña victoria la que obtuvo sobre sí misma, pues la letra y el sello la anunciaron que era de Montreville; pero su amor propio se lisonjeó de que aquel amable jóven la hubiese sacrificado el odio que tenia á los Gauntlet, olvidándole por el deseo de verla.

La posibilidad de que por este medio podria participarle algun dia cuan equivocado estaba en las sospechas que se habia permitido formar sobre ella, y la certeza de excitar sus mas vivos remordimientos, esparció una espresion de alegría en su semblante, rehusó de nuevo la carta que la presentaba aun la criada, y se levantó preguntando si podria tomar las señas

de Mr. Garnet: la criada respondió que ignoraba donde se hallaban entonces, pero que dentro de dos ó tres dias esperaba saberlo.

Rosa manifestó sentirlo, porque su viage debia verificarse al otro dia, y no sabiendo el camino que tomaria Lady Gauntlet, ni el parage en que estaba su quinta, no podia advertir á la criada que le enviase el sobre á sus amos. Se contentó con dejarla mil espresiones á Mr. y Mistress Garnet, y acordándose del niño Philly, la respondió la criada que estaba á pupilo en Londres.

Tomó pues las señas de esta escuela, dió gracias á la criada por la buena acogida que la habia hecho, subió en su fiacre, y se hizo conducir á la escuela indicada. El niño la conoció inmediatamente, y manifestó el placer que le causaba su

vista, y Rosa despues de haberle llenado de caricias y regalos volvió á Portman-Square con el rostro animado por la alegría, y felicitándose del paseo que habia dado.

Al otro dia, habiéndose levantado á buena hora, se puso un bonito vestido de viaje hecho por el sastre de Lady Gauntlet, y enteramente igual al suyo: hecho lo cual se halló pronta antes que Mistress Woudbe se levantase, y ésta aun no estaba á medio vestir cuando llegó el coche de Milady á la puerta.

La Condesa permaneció en él, pero su esposo con toda la política natural de un cortesano bajó para ofrecer su brazo á Mistress Woudbe.

Los Montrevilles eran notados por lo mucho que se parecian unos á otros. El retrato del último Conde de Gauntlet, que tanto habia chocado á Rosa

en el gabinete de Milady, podia pasar por el del Lord actual, aunque la figura de este último fuese menos agraciada que la de su hermano, pero el aire de su fisonomía, y aun no sé qué imposible de explicar establecian entre ambos gran semejanza, particularmente para Rosa, quien por la primera vez veía al esposo de Lady Gauntlet. La profunda atencion que ella puso en examinarle la hizo olvidar totalmente que Mr. Woudbe la presentaba la mano, y quitado el sombrero aguardaba que tomase el coche. Vuelta en sí misma, avergonzándose de su distraccion, como tambien de la causa que la producia, y hallándose demasiado confusa para disculparse, se dió priesa á subir al coche, se colocó en su asiento, y separó la vista de sus compañeros de viaje, viendo la atencion con que la miraban.

Lady Gauntlet, siempre exacta en la etiqueta, presentó con mucha gracia á Miss Walsingham á su esposo. Milord la hizo una profunda cortesía, y el coche partio inmediatamente.

El viaje comenzó como todos los de la misma especie. Despues de algunos dichos graciosos de Mistress Woudbe y algunas sonrisas de aprobacion de la Condesa, la primera quedó muda, la segunda pensativa, el Lord Gauntlet se durmió, y Rosa tomó un libro, cuyo cuadro permaneció hasta que se pararon á mudar caballos en Barnet. Entonces el polvo que habia en el camino y el calor del tiempo fueron el objeto de la conversacion.

En Saint-Albans encontraron el resto de la familia, á quien Lady Gauntlet presentó á Mistress Woudbe y su joven compañera.

Lady Emilia, hija mayor del Conde, habia hecho (segun dijimos en el tomo tercero) un mal matrimonio sin el consentimiento de su madre, y esta circunstancia empeñó á Lady Gauntlet en velar con mas cuidado sobre sus otras hijas, á fin de evitar que hiciesen como su hermana.

Luego que la educacion de estas se halló concluida, Lady Gauntlet obtuvo de Madama la Roselle, una antigua Baronesa de Francia, cuyo nacimiento era tan ilustre como puras sus costumbres, obtuvo repito, que se encargase de velar sobre su conducta. (*)

Madama la Roselle era virtuosa, y poseía talentos encantadores; pero

(*) Los sucesos y desgracia del Baron de la Roselle no son al caso en esta historia: el curioso los hallará en la de la revolucion de Francia.

la felicidad que podia gozar en una familia donde se la trataba con respeto, y donde era querida y acariciada por las jóvenes que se hallaban bajo su direccion, era envenenada por la continua memoria del rango y bienes que habia perdido.

Cuando Madama la Roselle vió á Mistress Woudbe declaró que su rostro y modales la recordaban las mugeres que habia visto en Versalles cuando la famosa cavalgada desde aquella ciudad hasta Paris. La pareció tan vulgar su aire, y tan comunes sus modales, que la costó mucha repugnancia sentarse en el cuarto donde esta muger se hallaba. Segun esto era imposible que la humilde compañera de una dama tan oscura y tan despreciable pudiese verse honrada con la menor atencion por parte de Madama la Roselle ó de sus discípulas. Por

cierto que ni aun era posible suponer tal cosa, y aunque las hijas de Lady Gauntlet notasen el candor interesante de la fisonomía de Rosa, y aunque Madama la Roselle confesase que si la situacion de esta jóven no probase lo contrario, hubiese creido que el aire de nobleza que se distinguia en su encantadora figura, sus modales llenos de gracia y dignidad eran pruebas convincentes de un nacimiento tan ilustre como el de sus discípulas, y aun como el suyo; sin embargo, la línea de demarcacion establecida entre su rango y el de Rosa era insuperable: y así los respetuosos cumplimientos de ésta fueron recibidos con una política fria y compaseada.

Rosa estaba demasiado acostumbrada á aquella especie de orgullo que caracteriza las almas débiles, así es que no experimentó ningun disgusto á

vista de una reserva que debia ser efecto de la dependencia en que se hallaba; pero no podia sufrir la idea de ir al mismo parage, y vivir bajo un mismo techo con unas jóvenes de su edad, sobre cuya fisonomía leía el candor y la alegría, y sin tener esperanza de ser admitida en su sociedad. Sentóse, pues, al lado de Mistress Woudbe sumamente desanimada. El Mayor, ó por mejor decir Lord Cárlos, segun le llamaba su madre, exclamó que se moria de hambre; pero lo primero que hizo fue averiguar antes de comer si se habia cuidado de sus perros. En cuanto al Lord Delwort al punto conoció á Rosa por la encantadora jóven que le habia interesado en la quinta de Mushroom, y fue el único que se acordó de esta circunstancia, pues el Lord Carlos estaba entonces demasiado borracho para ha-

ber notado la menor cosa, y las hijas de Lady Gauntlet, que habian seguido á su madre al comedor, despreciaban á las herederas de Sir Salomon, de tal modo que se habian retirado á un rincon á hablar entre ellas, sin manifestar el menor interés por el significante objeto que la causaba: de modo que las facciones de Rosa no habian dejado rastro alguno sino en la memoria del Lord Delwort.

Despues de comer continuaron su camino Lady Gauntlet y su comitiva por el órden siguiente. El Conde, la Condesa, Mistress Woudbe y Rosa en la berlina de camino: las hijas de Lady Gauntlet, Madama la Roselle y una Camarera en la tartana; las criadas de Milady y de Mistress Woudbe con el ayuda de Cámara de Milord en el coche de Mistress Woudbe; Lord Delworth y el Mayor en el coche del

primero; los criados y los perros en la silla de posta del Lord Gauntlet; otras dos criadas y un cocinero en un coche alquilado, y un número correspondiente de criados á caballo cerraba la marcha. Los viajeros llegaron muy tarde á la posada donde debian dormir, y la Condesa estaba tan acostumbrada á no desperdiciar el tiempo, que despues de una ligera cena cada uno se fue á la cama.

De este modo continuó este viage, durante el cual la única distraccion de Rosa fue la que le proporcionaba la perspectiva de los caminos, risueños prados y paisages que se iban desplegando á sus ojos, mientras que todos los demas dormian, ó fingian dormir. Entonces comparó su primer viage al Norte acompañada del digno y virtuoso Mayor, colocados ambos en un humilde coche de alquiler, sin un

solo criado que los acompañase; lo comparó, digo, con este fausto de que iba rodeada, y aquella brillante cavalgada que habia atraido las miradas de todos, excitando la admiracion y el respeto en las aldeas, haciendo ladrar á todos los perros desde Londres haste Cumberland. Ella suspiró, y su corazon concedió la preferencia á la medianía honrada sobre el brillo de la opulencia.

Sin embargo, el aspecto de Delworth-House la recompensó el tedio del camino.

El dia estaba para concluir cuando llegaron. Los rayos del sol en el poniente doraban á trechos las altas torres ennegrecidas por el tiempo, y que se lanzaban hácia un cielo azulado. Mas lejos unas enormes masas de árboles, cuyas hojas movidas por el viento ofrecian mil diversos colores,

formaban un delicioso contraste, y parecian coronar este sitio magestuoso.

En fin, Rosa y sus ilustres compañeros de viaje, despues de pasar muchas calles de árboles, llegaron hasta una explanada que hacia frente á la quinta, en medio de la cual habia un ancho estanque de agua purísima, sobre la cual floteaba un bajel adornado con flamulas de varios colores, y donde los músicos campestres celebraban la llegada de su señor. La belleza del sitio, el perfume de las flores, la magnificencia del edificio, y en una palabra, toda esta reunion conmovió de tal modo á Rosa, que cogió la mano de la Condesa, y llena de entusiasmo exclamó arrimándosela á los labios: "¡Ah! sin duda esta morada es la de los felices mortales favorecidos del cielo!

El Conde dió entonces un profun-

do suspiro, y este fue el primer signo de vida que dió durante los cinco dias de viage. Milady Gauntlet tomó un aire grave, y Mistress Woudbe protextó que si Mr. Woudbe pudiese trasladar su casa de Dorsetshire á un sitio semejante, ella podria resolverse á habitarla tres meses.

Cuando se paró el coche el Conde dió un segundo suspiro, y siguió á Milady y á las otras damas enmedio de dos filas de criados puestos en un espacioso vestíbulo.

Abriéronse las puertas, y entraron en un salon ricamente adornado. Milady se detuvo junto á una ventana gótica, desde la cual se descubrian todos los puntos del risueño paisage, y las vastas llanuras que se extendian hasta el mar. Varios arroyos de agua clara serpenteaban entre las flores, y animaban aquel hermoso cuadro.

Algunos instantes despues sirvieron té, café, limonada, helados y frutas. Milady se mantuvo pensativa, el Conde se retiró bien pronto á su biblioteca, sus dos hijos fueron á visitar sus caballos y sus perros, y entonces Milady y las otras señoras subieron á sus cuartos siguiéndolas Madama la Roselle.

En verdad Lady Gauntlet, dijo Mistress Woudbe, mirando con su anteojo por la ventana de la sala, que esta es realmente una morada celestial. Pero decidme: "¿cuál es aquel edificio gótico que veo en el fondo del valle?"—"Es la quinta de Denningcourt, dijo la Condesa: allí en uno de los ángulos de aquel viejo torreon se dice que reside el jóven Denningcourt, este hombre conocido por su bonita figura y sus necios gastos, y á quien su padre no dejó otra herencia que esa quinta."—"El era tan salva-

je é insociable como su hijo, respondió Mistress Woadbe: yo detestaba al uno, y desprecio al otro.." — "Aquella bonita quinta que veis á la extremidad del parque (añadió la Condesa) pertenece á la Condesa viuda de Denningcourt. Se edificó á toda costa, y se adornó con la mayor magnificencencia por el irritado padre del actual Lord, quien dejó el usufructo de ella exclusivamente á su viuda con la expresa condicion de habitarla; pero cuando muera, esta quinta debe permanecer á la futura viuda de Denningcourt." — "Por cierto es muy agradable, dijo Mistress Woudbe tener vecinos de esta clase; y sin duda los visitareis." — "No: Lady Denningcourt es...." — "Es (interrumpió Mistress Woudbe) la muger mas intrigante del mundo, y la mas grosera." — "Yo no quise decir tanto," replicó la

Condesa; y la Woudbe continuó: "de ese modo no extraño que no la trateis. Por mi parte estoy determinada á seguir vuestro ejemplo. ¡Con qué impertinente altivez me ha tratado á mí, que tuve la atencion de enviar boletines á su sobrina, á esa criatura tan estúpida con su acento escocés. ¡Ah! si yo volviese á dar otro baile de máscara...."— "Entonces, dijo la Condesa con una sonrisa expresiva, tomariais mejor vuestras medidas."—"¿Qué pueblo es ese que se descubre en el horizonte?" preguntó vivamente Mistress Woudbe.— "Ese no es mas que una aldea, respondió Lady Gauntlet, y se llama Denningcourt. Los edificios que veis, y que la dan una apariencia tan respetable, son un hospicio para las mugeres pobres, otro para los húerfanos, un hospital para los inválidos y una escuela de caridad."—"Decidme, de-

cidme, exclamó Rosa entusiasmada; ¿quál es la benéfica alma que se ocupa en esos cuidados?" — "Es una á quien respeto, aunque no la amo: es la Condesa de Denningcourt." — "Es, replicó Mistress Woudbe, la criatura mas ridícula del mundo: muy bella sin duda; pero tan orgullosa, tan altiva y tan exigente...." — "Ella es, dijo Milady con frialdad, hija y hermana de un Duque y Par de la Gran Bretaña."

Esta observacion de Milady impuso silencio á Mistress Woudbe, que tenia á los Duques y Pares un respeto de que no podia desentenderse.

La campana que llamó á cenar interrumpió muy á propósito esta conversacion, porque Mistress Woudbe nada hallaba bastante noble para ella en la risueña perspectiva que tenia delante.

Por la mañana llegó el correo. Mistress Woudbe y Rosa fueron las

únicas que no tuvieron cartas. La primera se retiró de muy mal humor á su cuarto, donde empleó algunas horas escribiendo á su hermano natural para reprenderle su negligencia.

Delworth-House era un sitio encantador. Allí todo respiraba elegancia y profusion: los muebles eran magníficos, y parecia que la India y la Francia se habian reunido para embellecer aquella deliciosa morada. Los espejos colocados con arte multiplicaban las bellezas del sitio, donde reina aquella comodidad y libertad que no se hallan sino en casa de las personas de cierto órden. Una biblioteca escogida, instrumento de toda especie, caballos y perros de caza ofrecian placeres conformes á todos los genios: en una palabra, los dueños de aquel hermoso lugar habian sabido reunir todos los placeres de la vida.

Pero, ¡ay Dios! ellos no podian encontrar aquella paz interior, aquella preciosa satisfaccion de sí mismos, sin la cual el mundo y la opulencia no ofrecen sino placeres áridos, que á los ojos del sabio no son mas que la máscara de la felicidad.

Lady Gauntlet no solo estaba ocupada en preparar las bodas de su hijo, y en desplegar en esta circunstancia todo su buen gusto, sino que tambien frecuentes expresos iban y venian por el camino de Londres, porque los negocios de Milady eran tan importantes que no queria fiarlos al correo ordinario: pero los dias pasaban y Mistress Woudbe no recibia ni una sola línea de su desnaturalizado hermano. En vano la dulce y sensible Rosa intentaba consolarla, pues hay corazones impenetrables aun para los mismos cariños y celo de la amistad verdadera.

En medio de todas estas agitaciones el Lord Delworth, á pesar de la proximidad de su matrimonio, pensó dirigir algunos suspiros á Rosa. El mismo Mayor cansaba á sus hermanas con el perpetuo elogio de esta extraña Miss Walsingham, que insensible á todos los homenages gozaba pacíficamente el aire puro que se respiraba en Delwort-House, y los libros é instrumentos que allí habia encontrado.

Las atenciones cariñosas de Lady Gauntlet, lejos de disminuirse, pareció que habian tomado el caracter de la confianza. Un dia envió á decir á Rosa por su camarera que á las ocho de la mañana siguiente fuese á hablarla á su gabinete. En fin, exceptuando algunos recuerdos penosos, Rosa era tan feliz como puede serlo una heroina, de cuya historia aun falta que escribir dos tomos.

CAPÍTULO VII.

Si como dice el Lord Shaftsbury la verdadera hermosura consiste en la amable franqueza y en la pureza del alma, la modesta Rosa, adornada de todas las gracias de la juventud y de aquella dulce sensibilidad que aumentaba sus encantos, debia hacer muchas ventajas á Lady Gauntlet, cuando verificada la cita se presentó en su gabinete á la hora indicada.

La bella Condesa estaba sentada junto á una ventana abierta en el punto de vista mas agradable y mas romancesco que el del salon: su cabeza lánguidamente apoyada en su mano, y Rosa se acercó á ella con un aire al mismo tiempo cariñoso y tímido. "Yo os he llamado, dijo la Condesa, para hablar media hora con

vos. Yo me aplaudo, querida Miss Walsingham, del feliz efecto que el aire de esta quinta ha producido en vuestra salud; pero habladme con franqueza, ¿no os parece que todas somos muy fastidiosas? Mistress Woudbe, la pobre Mistress Woudbe, Dios me perdone, pero la pena que la atormenta es muy ridícula. ¿Y mis hijas no os parecen muy frias, muy reservadas? sin duda un poco de envidia..." — "¡Ah, Milady, exclamó Rosa, yo inspirar envidia! ¡una desgraciada! ¿Qué sería de mí si no fuese por vuestras bondades? Por otra parte, esas señoritas son por sí mismas tan interesantes...." — "Mis hijos se conducen mejor," interrumpió Milady, y Rosa se puso colorada, aunque por esta vez fue efecto de orgullo.

"¿Sabeis cuál es el apellido de nuestra familia?" continuó la Condesa con

gracejo. Rosa callando manifestó que lo ignoraba; y la otra continuó: "nuestro apellido es Montreville"—"¡Montreville!" exclamó Rosa con vehemencia: su corazon palpitó, y sus mejillas se pusieron como un carmin. —"Sí, dijo la Condesa, y dentro de pocos dias ese Montreville, á quien amais, gozará de mis títulos y bienes; esos mismos bienes que nosotros jamas hubiéramos querido poseer, si nos hubiese sido conocida la existencia de ese jóven. Yo supongo posible que algun dia hableis con él de este negocio; y entonces Miss, no os olvideis contarle esta conversacion."

Rosa conmovida hasta el fondo de su alma, apenas podia respirar. Unas veces fijaba sus pensamientos en la triste suerte que aguardaba á su protectora, otras sentia su corazon exaltado por la viva admiracion que la causa-

ba el tono de noble indiferencia con que su augusta amiga hablaba de su desgracia, y esta idea hacia que se la representase bajo la forma de un ángel. "¡Ah! exclamó ella llorando y aplicando á su ingenua frente una de las manos de la Condesa, si la pureza del corazon y la inocencia son verdaderas recompensas concedidas por el cielo, ¿quién mas que vos tiene derecho á ser feliz y vengada?" — "¡La inocencia! querida Miss Walsingham, dijo la Condesa con un acento de dolor, sí, para vuestra esfera; mas en la mia se necesita un aire mas imponente y mas altivo, á fin de tener á una justa distancia esos Woudbes, esos Mushroom.... Otros recursos se me han ofrecido...." — "¡Recursos!" repitió Rosa. — "Sí, Miss, yo quiero dominar á mis enemigos, deslumbrarlos y confundirlos por el fausto que

sabré desplegar á su vista. Doblaré mis gastos, me empeñaré en llevar adornos mas brillantes, mas joyas y mas alhajas. Mi frente, lejos de abatirse, tomará un caracter mas imperioso y mas altivo." Al pronunciar estas palabras las facciones de Milady ya no se asemejaban á las de un ángel, y continuó diciendo: "pero, querida Rosa, yo quiero abriros mi corazon: dentro de algunos instantes acaso no estaremos solas. ¿Sabeis á quién está destinado mi hijo? Á la sobrina de Sir Salomon, de ese miserable reptil que no tiene mas recomendacion ni mas existencia que la que le dan sus inmensas riquezas, tan despreciables como él. Ese ingrato me debe su fortuna: por mi influjo ha adquirido sus tesoros, y ellos deben servir, y servirán para sostener y alimentar mis venganzas: sí, yo quiero vengarme."

¿Qué se hicieron entonces la belleza y dulzura de Milady? Todo desapareció al pronunciar esta voz terrible *venganza*. En vano se empeñó en recobrar aquella sonrisa y aquel gesto comun de sus movibles facciones. Entonces se oyó llegar un correo que venia de Londres, la Condesa se levantó con precipitacion, y dejó á Rosa confundida sin poder comprender lo que acababa de ver y de oir, y víctima de una porcion de penosas sensaciones y reflexiones diversas, que se sucedian sin órden ni conexion; y así se preguntaba: "¿por ventura me engañarán mis sentidos? ¿habré oido bien? ¿habré entendido el sentido de las palabras que ha proferido mi bienhechora? ¿Era este aquel ángel benéfico y encantador que vi en otro tiempo, ó una implacable furia sedienta de venganza? ¡Lady Gauntlet, mi

protectora, preferir el oro á la inocencia! Tal vez el demasiado sentimiento de su ruina haya exaltado su alma, que hasta ahora se habia mostrado bajo una forma tan angelical. ¿Cuál de los dos será el opresor? ¿Será Lady Gauntlet, ó será Montreville?" Vagando así por un oceano de dudas, unas veces disculpando á la Condesa, y otras espantada con sus horribles principios, y deseando en lo íntimo de su corazon que Montreville no fuese el culpable, la inocente Rosa quedó abismada en sus pensamientos hasta que la avisaron de que se la aguardaba para el desayuno.

La bella Condesa de Gauntlet, despues de haber terminado algunos negocios particulares, convidó á su familia y sus huéspedes á ver los preparativos de las fiestas que debian preceder y seguir á la boda de su hijo.

El suntuoso aparato de tal magnificencia no podia sacar á Rosa de su éxtasis doloroso, efecto de la escena de aquella mañana. Milady no tardó en conocer que se habia entregado con demasía á sus pasiones en presencia de su bella protegida. Por otra parte, Mistres Woudbe estaba en una disposicion de espíritu que no la permitia interesarse en ninguno de los objetos que veía, y su cuerpo parecia sentir de tal modo el peso de sus inquietudes que se apoyó en el brazo de Rosa. En fin, vencida por las penas que no podia contener, subió á su cuarto; y allí abandonándose á la impetuosidad de su caracter, se mordió los brazos, se arrancó los cabellos, se golpeó el pecho, y semejante á una furia dió todas las señales de una desesperacion.

Rosa apenas podia volver de su

sorpresa, diciéndose: "¿cómo es posible que la indiferencia, y aun el mismo olvido de un hermano puedan producir efectos tan extraños?" Por último, Mistress Woudbe, pretextando una indisposicion, envió á decir á Milady que la disculpase si no bajaba á comer. Rosa se mantuvo acompañándola, y la Condesa dejó la mesa á los postres para visitar á su interesante enferma. Algunas insinuaciones ininteligibles para Rosa agriaron de tal modo á Mistress Woudbe que fingió necesitaba descansar, y la Condesa sonriendose salio del cuarto llevándose á Rosa, á fin de que tomase el aire, y la acompañase á examinar algunas variaciones que habia pensado hacer en los preparativos de la fiesta.

Rosa volvio á hallar en el semblante y modales de su protectora aquella dulzura y suavidad impasible, y aque-

lla benevolencia que la habian encantado: sin embargo, la uniformidad de su trato para cuantos veía se hizo para con ella un nuevo objeto de exámen y meditacion.

La repentina llegada de Lady Emilia y de Mr. Brundenel, su esposo, hizo que por algunos instantes se distrajesen de los preparativos de la fiesta. Milady y sus hijas cercaron á los nuevos huéspedes, Rosa fue olvidada; y aunque el cielo amenazaba una fuerte tempestad, ella cediendo al deseo de estar sola atravesó muchas sendas, y unas veces pensando en Milady, otras en su propia situacion, y mas en Montreville, se halló sin pensarlo á la extremidad del parque de Delworth, cerca de la quinta de Denningcourt.

El conjunto de este antiguo edificio tenia un no sé qué de imponente y ma-

gestuoso. Rosa se acercó á la reja; pero viendo un hombre con un libro en la mano, tomó inmediatamente una vereda que conducia á la orilla del mar. Allí sentándose al pie de unas rocas contempló con un especie de éxtasis el magnífico espectáculo que se ofrecia á sus ojos: pero bien pronto observando que el sol iba á desaparecer del horizonte, pensó en volver á la quinta de Delworth, y marchó precipitadamente deteniéndose solo cuando la parecia oir algunas voces en el silencio de la noche, que ya empezaba á extenderse y ser muy obscura. Oyó las nueve cuando aun estaba á dos millas de Delworth-House, y llena de terror empezó á correr cuanto podia, en esto que llegó á sus oidos una voz que dijo: ¡*alto ahí*!

Rosa, temblando, por poco no se desmaya: sus pies quedaron como

clavados en el suelo, y la voz continuó pronunciando estos versos:

Cuando en mis bellos dias
Perdí una de mis piernas....

Rosa se sobresaltó, levantó los ojos: pero cuál fue su sorpresa y alegría al conocer á su amigo John, Brown. Este dió un grito, y dejó caer el palo en que llevaba colgado su equipage. ¡"Ay Dios mio! sois vos Miss Rosi; ¿será verdad que os veo?"— "Sí, mi querido Mr. Brown; pero ¿por qué no me habeis seguido cuando nos separamos en Londres?"

John, siempre perseguido por destinos contrarios, hubiera perdido demasiado tiempo en contar sus aventuras; y así respondió en pocas palabras: "disculpadme, Miss, pero me lo impidió un accidente que sucedió cuando subisteis en el coche; se me rompió la

pierna."—"¿Cómo, Mr. Brown, la otra pierna?"—"No, Miss; pero al querer subir en otro fiacre para seguiros mi pierna de palo, que sin duda habia sido hecha por un mal carpintero, se enredó en el estribo, y se partió como un vidrio. Yo caí hácia atrás, me llevaron á una taberna inmediata, y luego que estuvo compuesta esta maldita pierna, ya no era tiempo de pensar en seguiros. Me puse á llorar acordándome de vos: el huésped pareció sensible á mi pena, le pedí que me buscase un hombre de confianza para que siguiese vuestros pasos, pero al echar mano á mi bolsillo no hallé ni mis eschelines ni vuestras monedas de oro; entonces el tabernero cambió de tono y quiso hacerme prender. Dí un pañuelo de seda para pagar al carpintero, y un vaso de cerbeza que habia bebido, y luego co-

mo pude me fuí á mi cuarto. Venida la mañana empecé á buscaros por todo Londres, pero fue en vano, y ya no me quedaban ningunos medios de subsistir. Ciertamente el Rey no necesitaba de soldados como yo, y así procuré ganar mi vida como pude; unas veces guardaba los caballos á las puertas de los teatros, otras los llevaba á beber, y en fin, un dia estando en Dunstable os ví pasar, y así redoblé mis cuidados para seguiros; pero siempre miserable, pensando en vos y en mi pobre muger, que sin duda llora todos los dias mi pérdida. Así he venido de Londres aquí para buscaros en la quinta del Delworth, donde al cabo me dijeron que os hallaria." — "Pobre, digno y excelente John, exclamó Rosa, ¡cuán feliz sería yo si pudiese decir que ya no os separariais de mí, y que yo terminaria vuestras penas!—

"¡Ah! respondió gravemente John: eso nunca será hasta que vaya á reunirme con mi Coronel; si fuese mañana, pasado mañana ú hoy, ciertamente no me asustaria." La fisonomía de John se animó entonces, retrocedió tres pasos, y recitó este trozo de poesía análogo á su situacion.

"Un bárbaro destino me detiene
Contra mi voluntad aquí en la tierra.
No pude hallar la muerte deseada
Allí donde escuché gemir su pena,
Allí donde la muerte despiadada
Le hirió........"

"¡Ay Dios, ay Dios! ¡por qué no me fue dado cerrar los ojos de mi querido amo!"

Rosa no pudo detener sus lágrimas. "¡Ah, Miss! no lloreis, vos sois jóven, bella, y querida de los grandes; mas sin embargo:

Feliz el que nacido en la indigencia:
No trueca sus penosas privaciones
Por los males que cubre la opulencia
Con su dorada máscara.. . . . . ."

"Con todo, mi pobre Betty no era de esta opinion y decia, *pena que hace enflaquecer es la peor de todas.* ¡Ah! cuán afligido estará su corazon con mi larga y cruel ausencia. Ya sabeis, Miss, que mi pobre Betty es una excelente criatura, aunque á veces tiene un raro modo de hacerlo conocer á las gentes."

El honrado Brown y Rosa iban hablando de este modo; pero como ella sabia que habia que pasar un montecillo y atravesar un bosque, empezó á temer haberse extraviado. John menos tímido tomó á su cargo servirla de guia. "He aquí el bosque...." dijo.... "Sí, respondió Rosa; pero éste no es el que conduce á. . . . . ."

"¡ *Cielos* ! ¿ *qué veo* ?" —"Teneos fiime, Miss" exclamó John arrojando su lio, y blandiendo su palo delante de sí. No tembleis, Miss, yo nunca he visto fantasmas ; ademas de que nunca he ofendido á nadie, y así no temo nada. Lo que yo veo, continuó él, no se parece á ninguna criatura muerta ni viva.... pero, ¡ válgame Dios! yo creo que es mi querido amo. "— "No, Mr. Brown, esa fantasma es una muger. " — " ¡ Ay Dios! pobre Betty: será preciso que ella sea. "

Entónces se presentó una figura delante de nuestros viageros extraviados. Su andar era vacilante y desigual : tenia una ropa larga y flotante, sus cabellos castaños cubrian sus espaldas, y parte de su rostro, y llevaba una luz dentro de una especie de linterna. Rosa llena de terror cayó en el suelo. "Es.... es.... exclamó ella con una voz débil."

"¡Oh mi pobre Betty! dijo John: yo he contemplado sin susto la boca de un cañon; pero yo no puedo mirar el alma de mi pobre Betty." — "¡Ay mi querido Brown, respondió Rosa procurando reunir sus fuerzas, ayudadme á seguir ese objeto fugitivo, es.... es...¡Oh! mi digno y virtuoso Mayor.."— "El Mayor, repitió John con un aire orgulloso: ¿os parece, Miss, que el alma de un soldado quiera degradarse vistiéndose ropas mugeriles?" — "Sigamos sus pasos," interrumpió Rosa con impaciencia.— "Deteneos, Miss," replicó John, sujetándola,

Cuidado no os conduzca
Á las altivas rocas,
Que salen del profundo de los mares,
Y que recobre allí su horrible forma.

La luz que llevaba el fantasma des-

conocido brillaba todavia al través de las ojas. Rosa hacia esfuerzos para desasirse de John, pero esta debil luz desapareció del todo.

"¡Oh Mr. Brown! exclamó Rosa, ¡cuán cruel es vuestra bondad! ¿Qué teneis que temer? ¿Qué puede sucederme? Yo os suplico me ayudeis á seguir sus pasos: ni vos ni yo hemos ofendido á nadie: ¿por qué temeremos los muertos?"

John á estas palabras cogió su lio, le colocó en su espalda, puso el brazo de Rosa bajo uno de los suyos, y siguió la primera senda que se ofreció á su vista, pero sin poder hallar la luz que del todo habia desaparecido. Marcharon algun tiempo en silencio, y el honrado John sentia haber disgustado á Rosa. De repente un relámpago separó las espesas nubes que flotaban sobre sus cabezas, se oyó un horroro-

so trueno, y un rayo cayó en un arbol, y al punto le redujo en cenizas. Rosa asustada se inclinó sobre John, y se tapó los ojos con la mano ínterin que el trueno continuaba estallando á larga distancia. Poco despues un segundo relámpago llenó de luz el cielo y los árboles del bosque, y Rosa quedó privada de sentido.

Figúrese cualquiera el estado del pobre John, teniendo en sus manos el exánime cuerpo de aquella á quien mas queria despues del Coronel y su Betty. Continuó mirando al rededor de sí á la luz de los relámpagos, que se sucedian con asombrosa rapidez, y descubrió á alguna distancia un edificio de arquitectura moderna, y se acercó á él con cuanta viveza pudo permitirle el peso que llevaba.

Una senda tortuosa se presentó á su vista: dos sauces encorvados formaban

una especie de pórtico, John se metió por debajo de ellos, y bien pronto se halló á la entrada de unos arcos, y despues al pie de una escalera. Entónces Rosa empezó á volver en su acuerdo; pero su imaginacion aun estaba alterada con los horrores de la tempestad.

"Esta es una capilla," dijo John, frotando con los pies los mármoles en que estaba sentado. "Vamos, Miss, animaos y busquemos un banco donde estaremos mejor que sobre esta piedra fria;" y al decir esto empezó á andar tentando el camino con su palo. De repente se oyó un suspiro, las piernas de Rosa se doblaron, y á John se le erizaron los cabellos. Sin embargo, dieron algunos pasos, y los suspiros se redoblaron. John exclamó:

"Tiembla, tiembla infeliz, tú, cuyo pecho

Devora de algun crimen la memoria:
Yo he sido perseguido de los malos,
Mas jamas he ofendido á una persona."

Á pesar de este exorcismo el espíritu continuó suspirando, y Rosa por una inspiracion irresistible se acercó al paraje de donde salian los acentos. John, siempre atento á librarla de cualquier peligro, se puso delante de ella, y llegando al extremo de una galería, y apoyándose sin saberlo en una puerta que estaba medio cerrada, el héroe de la pierna de palo se halló rápidamente tendido en el suelo. Entonces Rosa temblando vió á la luz de una lámpara aquella misma figura del ropaje blanco, que tanto habia deseado seguir en el bosque. La sombra estaba de rodillas sobre los escalones de un altar cubierto de frescas flores; levantaba sus ojos al cielo, y sus manos

se cruzaban sobre su pecho de alabastro, mientras que arroyos de lágrimas caían sobre sus mexillas ajadas por el dolor. "¡Oh, mi padre, mi digno padre, compadeceos, y perdonadme!" estaba diciendo la fantasma: y el ruido que hizo John al caer la asustó de modo que huyó dando un agudísimo chillido."—"¡Oh Katia! ¡mi querida Katia! exclamó Rosa con el tono de la sensibilidad, en nombre de vuestro querido padre, cuyos manes invocais, no huyais: es Rosa quien os lo suplica."

Rosa, aunque no tuvo ninguna respuesta, se adelantó, cogió la lámpara que habia quedado sobre los escalones del altar, y llena de terror exclamó: "Oh Mr. John: ahora estamos en la morada de los muertos: ¡oh mi pobre Katia! ¿por qué no me habrá respondido? ¿Qué vendrá á hacer aquí sola y en una noche tan terrible? Pero ade-

lantémonos : he aquí un sepulcro adornado con armas y trofeos. ¡Cielos qué veo! el nombre de Denningcour. ¿Será aquí el lugar de su sepultura?"

Rosa entonces leyó en un magnífico sepulcro recien construido :

"Aquí yace Wenworth XIII., Conde de Denningcourt."

"¿Qué veo allí abajo?" — "Es, respondió John, el sepulcro de un niño, y por mi vida que es un bello niño."— "¡Oh! leed, leed"; y al mismo tiompo separando las flores que habia sobre aquel monumento fúnebre, leyó John estos versos que Rosa no pudo oir sin llorar amargamente.

"Así como un capullo tiernecito,
Que el insecto atrevido ha devorado
Cuando iba á desplegar sus bellas hojas,
Y ofrecer su calor al sol hermoso."

"¡Ah Miss! exclamó John, yo los conozco, esos versos sublimes son de Shakespeare."

—"¡Ay Dios! demasiado los entiendo," y John la interrumpió diciendo con gravedad. "Una de las mayores bellezas de ese gran poeta es que los sabios le admiran, y cualquier niño puede comprenderle. Pero continuemos, y mas abajo leyó:" Aquí yace Wenworth, hijo de Wenworth XIV. Conde de Denningcourt, nació el 15 de Abril de 17..... murió el dia siguiente.

"Su nacer y su muerte
Envenenaron ¡ay! la vida mia."

"¡Ah! eso no es de Shakespeare, dijo John meneando su cabeza. Francamente, Miss, ¿á qué no podeis entender el sentido de estos versos?"

Rosa recogió un instante sus ideas,

y la ocurrieron una infinidad de pensamientos. Aquel lugar era sin duda parte de la quinta de Denningcourt, y en vez de dirigir sus pasos hácia Delworth-House, habia tomado el camino opuesto. Entonces se acordó de cuanto Lady Gauntlet la habia dicho sobre los extraños caprichos del Lord Denningcourt confinado en aquella quinta con la jóven de quien estaba enamorado.

Mientras que hacia estas reflexiones oyó los pasos de un hombre que se acercaba, y que con un tono entre de cariño y reconvencion llamaba en alta voz al objeto de su cuidado. Este hombre entró y pareció asombrarse. "¡Cómo! ¿sois vos Miss Walsingham? ¿vos en este paraje y á esta hora?" y al decir esto miró agitado al rededor.

"¡Ah Lord Denningcourt, excla-

mó Rosa : ¿dónde está, dónde está Katia Buhanum? ¡sin duda es ella á quien buscais! "Como es eso, ¿la conoceis? respondió admirado el Lord: yo la habia oido hablar de una Mistress Walsingham : pero vos, ¡tan jóven!....."

El nombre de esta digna amiga hizo en el corazon de Rosa el mismo efecto que la tempestad habia producido antes en sus sentidos : no pudo articular palabra, y el Lord habiendo llamado nuevamente á Katia, la indicó por señas el parage en que suponia se habia retirado. Entonces marchó hácia el sitio que la indicaba : se oyeron unos agudos gritos, y Rosa conociendo la voz de Katia voló hácia ella. Unas horribles convulsiones se habian apoderado de todos los miembros de aquella infeliz jóven. Lord Denningcourt, asistido de John y de Rosa, la

llevó á la quinta, se la colocó en su cama, y cuando recobró sus sentidos se arrojó en los brazos de su jóven amiga, estrechándola sobre su afligido pecho. Rosa la volvió sus caricias con aquella franqueza y aquella emocion que caracterizaban sus acciones: lloraron largo tiempo, y la bella Katia no se atrevia á mirar á su virtuosa amiga. Víctima de un amor desgraciado, ella lo habia abandonado y sacrificado todo: su querida madre, sus hermanas, su reputacion, sus esperanzas, todo lo habiá dejado para seguir á un hombre, que harto de los placeres del mundo, bien pronto habia visto extinguirse la pasion que ella le habia inspirado. Lord Denningcourt entró poco despues; pero Rosa indignada le suplicó con una política severa que la dejase á solas con su amiga. La desgraciada Katia, víctima de los

mas amargos remordimientos, no habia podido ver sin extremecerse, como á las protextas de amor de su seductor habian sucedido las atenciones frias y estudiadas, los monosílabos áridos, y en fin se halló sola, desconsolada en su cuarto, donde todavia se veían brillar algunos débiles restos de la antigua opulencia de los Condes de Denningcourt; y los criados, contando sobre el favor y la debilidad de su amo, apenas obedecian sino con descontento las órdenes de aquella desventurada.

Katia, á quien el amor antes que el pundonor ofendido habian descubierto la mudanza del Lord, en vano habia intentado volverle á su antiguo cariño por las mas vivas demostraciones de terneza. El ingrato se habia resistido, y el tiempo no habia hecho sino aumentar su frialdad: pasaban dias enteros sin que se dignase inter-

rumpir su cruel soledad, y así ella aislada, y desconocida del mundo, no tenia mas compañía que una camarera, la cual á veces vendia bien caros los cuidados con que la asistia, diciéndola: "es muy duro para mí, que nunca he servido sino á mugeres casadas, verme presa en un lugar como éste; he perdido mi caracter, y mi reputacion está ajada."

Figúrense un instante lo que la bella y orgullosa Katia debia sufrir, ella que habia visto á sus pies los principales señores de la Escocia mendigar una mirada, y recibirla como un favor. Aborreciéndose á sí propia, despedazado el corazon por la indiferencia del hombre cruel, á quien todavia estaba unida por los lazos del amor mas tierno, la desgraciada vagaba fuera de sí misma en los tristes y solitarios salones de la quinta, que-

riendo huir de sí misma y encontrándose continuamente. Aterrada por lo pasado, así como por lo presente y lo futuro, no atreviéndose á fijar su pensamiento en su venerable padre, su demasiado débil madre y sus inocentes hermanas, á quienes habia llenado de oprobio; despedazada el alma por sus remordimientos y funesto amor, su único consuelo era ir todas las noches á llorar sobre el sepulcro de la inocente criatura, á quien habia dado la vida, y cuyo nacimiento por poco no la causó la muerte.

Tal fue la relacion que hizo á su virtuosa amiga, ocultando en su seno su rostro lleno de lágrimas. Rosa con aquella energia que solo pueden inspirar la virtud y la inocencia, la pintó el abismo en que se habia sumergido, y la convidó á salir de él con valor. Esta idea hizo extremecerse á la infeliz y

apasionada Katia. "Atreveos á volver, la dijo Rosa, á la senda del deber." Entonces ella la habló del dolor de su desconsolada madre, escusó su matrimonio con el indigno Frazer, atribuyéndole á la debilidad de su razon por efecto del triste estado de sus bienes, y no olvidó la circunstancia de las noticias que habia traido John, así como la posibilidad que la familia de Buhanum tendria de reparar todas sus pérdidas con la herencia del Coronel. "¡Ah! la dijo Rosa extrechándola en sus brazos: no me quiteis la esperanza de poderos volver á ver sin temor...." — "No concluyais, dijo la desgraciada Miss Buhanum; demasiado lo conozco; mi aliento empañaría vuestra virtud, vos debeis huir de mí, desconocerme; ni aun os debe ser permitido pronunciar mi nombre...." — "Por lo menos, dijo Rosa, permitid que instruya á

vuestro tutor del lugar de vuestra retirada."—"No.... exclamó Katia. Su deber le obligaria á venir á sacarme de este lugar, y supuesto que es preciso que os lo diga, prosiguió llevándose sus manos á la frente con el acento de la desesperacion, yo siento que preferiré la muerte á separarme del ingrato Denningcourt."

Al acabar esta penosa explicacion ocultó nuevamente su rostro en el pecho de su amiga, que penetrada hasta el fondo de su alma, le regó con sus lágrimas. Rosa queria insistir, pero la palabra espiró sobre sus labios, y estrechó á Katia en sus brazos, reflexionando, que segun todas las apariencias, aquella era la última vez que la veía.

El Lord Denningcourt, que tenia la mayor dificultad en figurarse la especie de relacion que podia existir en-

tre una jóven tan élegante como Miss Walsingham y el hombre de la pierna de palo, quiso con muchas insinuaciónes satisfacer su curiosidad; pero John, á pesar de los particulares obsequios que le habia hecho en la cocina el ayuda de cámara de Milord, se mantuvo al principio con una discrecion á toda prueba. Sin embargo, el placer de hablar de su jóven y brillante amiga y de su mérito encantador, y la necesidad irresistible de entregarse á su entusiasmo por ella, pudieron mas que su prudencia ordinaria. Contó á Milord una parte de las principales aventuras de su querida Rosa; y sostuvo que era la única y legítima heredera de los muchos bienes de su amo el Coronel Buhanum, que él habia firmado como testigo el testamento, y que lo sostendria á la faz del universo y á riesgo de su vida; pero que por una

rara combinacion de circunstancias este testamento no parecia, y todos los bienes de dicho su amo debian volver á los hijos de un cierto Mayor, sus herederos naturales.

El Lord Denningcourt escuchó con ansia esta circunstancia. Él no era insensible á la idea de ver asegurada una honesta subsistencia á la bella Katia, á la que hasta entonces habia creido desprovista de otro dote que sus gracias, supuesto los gastos de su extravagante madre; pidió ser admitido en el cuarto de las damas, y oyó de boca de Rosa la confirmacion de lo que el buen John acababa de contarle. Entonces se determinó á escribir sobre la marcha al tutor de Katia, y enviarle un expreso; y como Rosa deseaba asegurar á su amigo John alguna cosa para su vejez, pidió que fuese él el portador de la carta.

Al principio Katia se habia mostrado insensible á la esperanza de mejorar de fortuna; pero protestó que moriria antes que consentir en informar á su familia de su situacion actual, y no hubo forma de hacerla mudar de opinion. Entonces Milord Denningcourt propuso tener á John en su quinta hasta hasta que Miss Walsingham escribiese al Doctor Cameron para informarle de la mutacion sobrevenida en los negocios de la familia del Mayor; pero sin decirle nada de Katia.

Rosa, demasiado fatigada por las varias escenas de que habia sido testigo, no estaba en estado de decidir si el consejo propuesto por Milord debia seguirse sin restriccion. Dos eran los pensamientos que la ocupaban en aquel momento; el primero asegurar la suerte futura de John, y tal vez la esperanza de ver á la bella y desgraciada

Katia mejorada en los bienes de fortuna, ser un partido conveniente para el Lord Denningcourt, cuya actual indigencia le obligaba á hacer un matrimonio ventajoso.

Ya era de dia claro. Rosa, cuyo corazon y delicadeza la advertian que no podia permanecer mas tiempo en la quinta de Denningcourt, quiso volver á Delwerth-Housse. Mandaron poner en un ligero wisky el único caballo que tenia Milord, y Katia siguió con los ojos y con una especie de angustia á su inocente y virtuosa amiga. John pidió con tales instancias acompañar á Rosa que ella le hizo subir á su lado, y durante el viaje le dió cuantas instrucciones podria necesitar cuando se hallase en Edimburgo. El calor de la víspera, y el polvo que habia tragado viajando sobre la imperial del coche público, le habian obli-

gado á beber mas de lo qûe acostumbraba, y ademas los obsequios que le hicieron en la quinta trastornaron de tal modo sus ideas, que dijo que no dudaba que la casa de Milord encerraba una bonita dama de Edimburgo. Asi Rosa no tenia precaucion alguna que guardar con él. En pocos instantes llegaron á Delworth-Housse. Rosa saltó ligeramente al suelo, estrechó la mano de su amigo John, quien no pudo detener sus lágrimas al separarse de ella. El criado que los habia acompañado se colocó al lado de él llevando las bridas del caballo, y ambos tomaron el camino de Denningcourt, yendo John pensativo, y no interrumpiendo su silencio sino para recitar en voz alta varios pasajes de Shakespeare.

El criado le miraba atentamente, se encogia de hombros, y no se dignaba responder una palabra á aquello

que él juzgaba un galimatias inteligible. Cuando llegaron á casa de Milord, el lacayo hizo que John se pusiese un vestido viejo de luto, le dió camisa, que necesitaba mucho, y despues de haberle acompañado á su cuarto, le dejó entregarse á las dulzuras del descanso.

CAPÍTULO VIII.

Rosa, despues de haber atravesado un gracioso laberinto lleno de toda especie de flores, entró en la quinta pór una puerta falsa. Todos los criados estában durmiendo, á excepcion de una jóven, que viéndola desde lejos corrió á encontrarla, y la dijo que toda la casa habia estado consternada por ella: que el Conde y la Condesa habian enviado criados por los diversos caminos del parque y sus inmediaciones; pero que todos habian vuelto muy tristes por no haberla podido encontrar. Rosa la dió gracias por su informe, y subió á su cuarto. Allí fue donde ya con tranquilidad reflexionó en lo crítico de su posicion. La alegría de haber hallado á John, la terrible tempestad de que por poco no fue víctima, y el inespe-

rado encuentro de Katia la habian impedido pensar en las sospechas que excitaria su ausencia. ¿Cómo habia de disculpar á los ojos de la Condesa, del Conde y de Mistress Woudbe su detencion por toda una noche? Las ideas que habia adquirido sobre Lady Gauntlet no dejaban de darla algunas inquietudes. Por otro lado el revelar la historia de Katia á su protectora, y especialmente á una muger tal como Mistres Woudbe, la hacia extremecerse. En fin, despues de bien reflexionado se determinó á confiar la verdad á la Condesa, y fiarse de su experiencia. Así mas tranquila se determinó á escribir las cartas que debia llevar John al tutor de Miss Bahanum; y deseosa de romper toda comunicacion entre ella y la quinta de Denningcourt se dió priesa á colocar todos sus papeles así como las cartas de su virtuoso bienhe-

chor el Coronel Buhanum, de que jamas se separaba, y entre ellas buscó las que hablaban de John con el mayor cariño. Pero habiendo dejado caer una cajita, cuya custodia la habia encargado Mistress Woudbe, se rompió la cerradura, y los papeles que encerraba se mezclaron de tal modo con los suyos que la fue imposible distinguirlos.

Su primer pensamiento fue cerrar la puerta del cuarto, é ir á buscar á Mistress Woudbe: pero apenas eran las seis. ¿Cómo habia de persuadirla á interrumpir su reposo á una hora tan intempestiva? Por otra parte encargándola del registro de los papeles, ella leería precisamente sus cartas; ninguna de las cuales tenia sino el nombre de Miss Buhanum, y esto era comunicar á la mas indiscreta de las mugeres unos secretos que debia guardar

aun por el propio honor de Milady, pues habia asegurado á Mistress Woudbe que conocia perfectamente á Miss Walsingham, y se la habia recomendado con particular afecto. Se determinó pues á colocar como pudiese los papeles en la cajita: todas eran cartas del hermano natural de Mistress Woudbe con el sobre á Rosa; pero una sola ofreció alguna duda.

Desde su llegada á Delworth-House se habia ocupado en copiar diversos fracmentos de algunos franceses, y los habia metido con cuidado en un paquete semejante á este. ¿Cómo haria para distinguirlo? Ella creyó reconocerlos: entreabrió; pero cuál fue su emocion y su sorpresa cuando al fin de la página leyó, "*vuestro adorador apasionado H. Montreville.*" Ella cayó privada de sentido sobre aquella misteriosa cajita. ¡*Vuestro adorador apasionodo H.*

Montreville! ¡Oh poder del amor! El rayo es menos vivo que la esperanza en un corazon verdaderamente apasionado. Pensó que Montreville en Pontefract habia podido conseguir que la criada de la posada metiese aquel paquete entre los vestidos de su maleta: ademas era evidente que estas cartas no pertenecian á Mistress Woudbe, pues estaban firmadas por Montreville, y así ningun escrúpulo podia detenerla. Acabó de desenvolver con mano trémula este papel, que se reprendia haber conservado tanto tiempo sin leerlo, y halló las palabras siguientes.

¡*Oh la mas adorada de las mugeres....!* Esta expresion es bien libre, dijo Rosa. ¿*Cómo habreis podido engañar así mi esperanza?* ¿Qué querrá decir? *Ciertamente querida y bonita criatura....* ¡qué estilo! ¡qué lenguage! ¡ah Montrevi-

ne! Convenceos de que os amo con locura: yo no he perdido un momento de vista á Madama.... este diablo de nombre jamas se me acuerda.... "Que galimatias," exclamó Rosa volviendo precipitadamente la carta para ver la firma. "¡Será Montreville! ¡será el H. Montreville! Examinando bien la letra la conozco, y sin embargo no es así como se me escribia en Pontefract. ¡Ah! si yo tuviese aquel villete que recibí de él, yo veria, yo compararla." La pobre Rosa continuó así hasta que el papel se cayó de sus manos trémulas.

Cercana á desmayarse, y no viendo al rededor de sí mas que oscuras nubes, aunque el sol lanzaba sus rayos sobre su rostro encantador, se acercó á la ventana mas inmediata á fin de tomar el aire.

No es posible imaginarse lo que

sintió Rosa cuando concluyó la lectura de la carta, pues hay sentimientos que no pueden sujetarse á la pluma. Su corazon estaba despedazado; ella no echó ni una sola lágrima, y toda la naturaleza se habia anonadado para ella.

Montreville, heredero de los Condes de Gauntlet, y lo que á los ojos del honor y de una alma pura y noble valia mil veces mas, quiero decir, ser el hombre distinguido por su corazon, el objeto de sus interiores afectos, ¿no era mas que un vil cómplice de la mas negra infamia? ¿Con qué bajo artificio no la habia hecho instrumento y velo de tal tejido de iniquidades? Su agitacion llegaba al extremo y su corazon palpitaba con violencia. Cediendo en fin á un transporte, que no podia contener, animados los ojos con un fuego sombrío, cubiertas las mejillas con

un vivo carmin, y el pecho inflamado de suspiros, entró en el gabinete de Lady Gauntlet con la carta en la mano, y sin hacerse anunciar.

La Condesa ya estaba informada no solo del regreso de Rosa sino del lugar donde habia pasado la noche; no porque tuviese el don de adivinar, sino porque la propia camarera de la bella Katia, de que hemos hablado mas arriba, y que en otro tiempo habia sido criada suya, tenia cuidado de noticiarla todas las aventuras de la quinta de Denningcourt que podian interesarla. Milady estaba instruida del abandono en que vivia la engañada favorita del jóven Lord. Demasiado experimentada y conocedora para ignorar que el fin de una pasion anuncia casi siempre el principio de otra, habia cobrado nuevas fuerzas su inclinacion al Lord., y la casualidad se le

habia presentado el mismo dia de su llegada á Delwort-Housse. Hay entes que como dijo un Poeta se enamoran por los ojos, y nunca por el corazon. La víspera de aquella noche, tan fértil en extraños sucesos, habia indicado al jóven Lord una cita en un templete situado á la extremidad de sus posesiones bajo pretexto de un negocio de que deseaba hablarle. El indolente jóven habia sido exacto á la cita; pero á pesar de todo el ingenio que la naturaleza la habia dado, halló dificultad en entablar la conversacion, si la memoria de sus bondades para Rosa, de las que era deudora esta al jóven Lord, no la hubiera proporcionado los medios de encubrir su confusion. Milord habia admirado la belleza de Rosa; pero sin experimentar ninguna sensacion de amor. Añadamos á esto que estaba íntimamente ligado con el Lord Aaron

Horsemagog, y viendo á Rosa señorita de compañía en casa de una muger tal como Mistress Woudbe, no dudó que su amigo habia añadido tan encantadora belleza á la lista que cada dia aumentaba. Con esta opinion dió con bastante frialdad las gracias á la Condesa por las bondades que habia tenido con aquella jóven, acarició sus perros, habló poco, hizo bailar infinitas veces la llave de su relox, y en fin acabó por preguntar, "¿qué hora sería?" La Condesa estaba cerca de perder su gravedad, se levantó, se despidió del jóven Lord, y al salir del templete algunas lágrimas de rabia vinieron á humedecer el borde de sus párpados; pero siempre dueña de sí misma, y despreciando altamente al hombre que la desairaba, regresó á su quinta. Entonces la sonrisa vino á parecer de nuevo sobre sus labios; reco-

bró su acostumbrada seriedad, y sus ojos y sus palabras fueron para todos tan cariñosas como siempre.

La camarera de Katia acababa de noticiarla por un billete parte de las aventuras de la noche anterior, y así Rosa, que por otra parte tenia en su contra todas las apariencias, no pudo escoger peor coyuntura para presentarse delante de la Condesa.

El misterio ya estaba explicado. Era á Rosa á quien habia que atribuir las frialdades del Lord para con su antigua amiga, inconstancia facil de concebir; pero lo que para la Condesa era inexplicable es el cómo esta especiosa Miss Walsingham era tambien la causa de la indiferencia que el jóven Lord habia manifestado á sus encantos, y mientras estas reflexiones la especiosa, la engañadora criatura se hallaba delante de ella. Rosa la presentó la car-

ta, y pudiendo apenas respirar se sentó, o mas bien cayó sobre un sofá colocado á alguna distancia, sin estar capaz de advertir el aire meditabundo de su vengativa protectora. Montreville, el indigno Montreville era el único ser que existia para ella en toda la naturaleza.

Lady Gauntlet tomó la carta, la leyó atentamente, y no dejó conocerse en su rostro la menor sorpresa. Yo espero, Miss Walsingham, la dijo con un tono severo, que no debo esta comunicacion á ningun abuso de confianza." "Confianza: señora," exclamó Rosa, y sus mejillas y su frente se cubrieron de aquel rubor precioso, efecto natural de la indignacion que siente la inocencia ultrajada. La Condesa continuó diciendo: "las leyes y los deberes del mundo, Miss Walsingham, no obligan menos á guardar el secreto que se

sorprende que aquel que se ha recibido por efecto de una ciega confianza;" y mientras que así hablaba, la cruel observaba con delicia el pañuelo de su rival alzarse y bajar segun los movimientos de su corazon agitado por las mas dolorosas angustias. Entonces recobró aquella sonrisa que nunca la abandonaba.

"Tenia razon en deciros (prosiguió) que ese Montreville es un hombre extraño, y que ya aprendereis á conocerle; por lo demas es un capricho muy raro anteponeros esa loca Woudbe. ¡Qué ridícula criatura con su pasion á su portugués! Los hombres son incomprensibles: yo os aconsejo que desconfieis sériamente de ellos, si por otra parte, Miss Walsingham, ya no es demasiado tarde."

Rosa, clavados los ojos en el rostro de la Condesa, la miraba sorpren-

dida. "Yo veo, continuó Milady, que Montreville ha hecho que la pobre Woudbe sea completamente su víctima. Regalos de oro y joyas: ¡ah! con tales empeños él no puede dispensarse de cumplir su palabra: el honor, el deber, todo le obliga á ello." — "¡El honor, el deber! interrumpió Rosa." "No seais tan severa: vos, hija mia, estais celosa, y bien conozco que es imposible amar á su rival: pero, ¿qué hubierais hecho, Miss, si como yo hubieseis visto vuestros títulos y vuestros bienes escaparse de vuestras manos para ser presa de vuestra amiga; si como yo hubieseis sufrido que os hablase de él sin cesar, cierta á la verdad de que estas brillantes quimeras no serian para ella sino el sueño de un dia? Por lo demas pienso que bien, bien pronto me veré obligada á felicitar á la nueva Condesa, pues este hombre está tan

empeñado que...." Rosa juntó las manos, levantó los ojos al cielo, y la sorpresa y el horror se presentaban en sus facciones: "¡Dios mio! exclamó, y vos habeis podido consentir ser la confidenta, la cómplice de semejante tratado. ¡Qué misterio! ¡qué extraordinario misterio...."—"Y vos os atreveis...." interrumpió la Condesa levantándose y lanzándola una mirada de indignacion. "No os enojeis, Milady, respondió con dignidad Rosa: mi temor ha acabado con mi respeto á vuestras virtudes."—"¡Ingrata! así es como pagais mis cuidados, mis bondades."—"¡Vuestras bondades, Milady! ¿Será por haberme colocado en casa de la mas vil de las mugeres?... ¿Será por haber insultado mis desgracias, y haber abusado de esta ciega y apasionada confianza que os habia concedido mi corazon? Sí, Milady, vos me ha-

beis engañado indignamente, pero al mismo tiempo habeis faltado á lo que debeis á vuestro sexo, vuestro rango y vuestra familia entera."

Rosa exaltada habia dejado de ser tímida, y asi ahora debia serlo Lady Gauntlet. Ella bajó los ojos, y pareció confundida. Pero esta situacion penosa no duro sino un instante. Miro á Rosa con un gesto entre severo y burlon diciendo: "Tranquilizaos, Miss: os conviene muy mal despues de haber pasado una noche en la quinta de Denningcourt hablarme de honor y delicadeza. Respondedme por favor. ¿Llenare yo los deberes de mi sexo, no faltaré á lo que debo á mi clase y mi familia, consintiendo en ser la confidenta y cómplice de una joven, que no se ha avergonzado de ceder á un convite nocturno, hecho por un joven de la figura y edad del Lord Denningcourt, y con-

sintiéndola por mas tiempo en mi casa?" — "Milady, respondio Rosa sin conmoverse, si tan facil os fuera justificar á vuestra amiga como me es facil probar mi inocencia." — "¡Vuestra inocencia, Miss! (un rayo de alegría brilló en los ojos de Milady) ¿Podreis afirmar que no habeis pasado la noche en la quinta de Denningcourt?" — "Yo no he dicho eso, Milady." — "Con que habeis estado en casa de Milord." "No, Milady." — "¡Como! ¿vos no habeis visto á Milord, no le habeis hablado?" — "Si: yo le he visto, le he hablado; pero...." — "Miserable, imprudente, exclamó la Condesa con el acento de la rabia: salid de mi presencia, y dejad de manchar con vuestra infamia los lugares donde jamas debierais haber sido admitida." Rosa no aguardo que se lo dijesen dos veces: subio á su cuarto satisfecha en su interior

de verse dispensada de entrar para justificarse en otras explicaciones, que hubieran comprometido el secreto de la desgraciada Katia, y que tal vez hubiesen sido un obstáculo para el cumplimiento del vivo deseo que conservaba en su corazon de ver un dia á su desgraciada amiga reparar su deshonor con el título de esposa del Lord Denningcourt. Se dió prisa á cerrar el paquete de cartas que habia de conducir el buen John, pero no pudo lograr que ninguno de los criados de la casa se encargase de esta comision; todos habian tenido cuidado de conformarse escrupulosamente con las intenciones de su ama. Mistress Modely, la primer camarera, protestó que esta aventura no la sorprendia, y que Milady era demasido buena en haber admitido á su mesa semejante criatura, y que ella por su parte, por cuanto hay en

el mundo, no volveria á sentarse á su lado.

El ayuda de cámara de Milord confesó, que en efecto Miss era una muy bonita jóven; pero que respetaba demasiado á sus amos, para querer dirigirla ni una sola palabra. Los otros criados la recibieron con grandes carcajadas. Rosa entró en el jardin esperando hallar mayor facilidad, y en efecto, facilmente logró que un criado del jardinero llevase sus cartas á la quinta de Denningcourt: despues subió precipitadamente á su cuarto, separó con cuidado sus efectos de los regalos que habia recibido de las dos damas; acabó de cerrar los papeles de Mistress Woudbe en la fatal cajita, sin ocurrirla la tentacion de leer otra carta, ató la cajita con una cinta, la selló y se dispuso á llevarla al cuarto de Mistress Woudbe; pero se vió obli-

gada á volverla al suyo, porque Mistress Jup, su camarera, estaba apostada á la puerta, y aseguró á Miss que su ama se habia agitado de tal modo sabiendo que habia pasado la noche en casa del Lord Denningcourt, que le era imposible ver á nadie en aquel momento. Rosa no se dignó responderla, y por otra parte era una evidente mentira de Mistres Jup, porque en aquel mismo instante Milady estaba encerrada con Mistress Woudbe, la consolaba y la daba consejos, y así Rosa se limitó á decir á Mistres Jup que en su cuarto aguardaria las órdenes de Mistress Woudbe.

La pobre Rosa se ocupó á toda prisa en los preparativos de su viage. Sus primeras ideas se fijaron en la casa de Mistress Garnet, y como habia oido decir á John que la diligencia le habia dejado en la aldea de Denningcourt

esperó que podria aprovecharse del regreso de la misma diligencia. Abrio la ventana, y con la vista busco el camino mas corto, pues era natural hacer aquel viaje á pie hasta encontrarla, y no en el brillante carruage de Lady Gauntlet.

Como el tiempo estaba claro descubrio sin dificultad al traves de los bosques de Delworth el camino que separa la vieja quinta en que reside la bella Miss Buhanum del elegante edificio nuevamente construido por la Condesa viuda.

Sus ojos se llenaron de lágrimas pensando en su desgraciada amiga, confinada en aquella antigua quinta, y sin otro placer que ir á llorar sobre el sepulcro de su hijo. El corazon de Rosa estaba vivamente oprimido, y sintio que el cuidado de su reputacion la obligase á rehusarla los

consuelos de la amistad.

En seguida empezó á reflexionar sobre sí propia ; pero bien pronto fue interrumpida en sus dolorosas reflexiones por un billete de Mistress Woudbe que se excusaba de no haberla podido recibir por falta de salud. Rosa la contextó , pero lo que colmó de alegría á la amante del *adorador apasionado*, *Horacio Montreville*, fue recibir al mismo tiempo la preciosa cajita. Rosa reunió tambien a su billete el resto de las cincuenta libras esterlinas que habia recibido de Woudbe, y del cual no conservó sino la cantidad que se la debia por sus honorarios.

La hora de comer se pasó sin que se la diese la menor señal de que vivia. Entonces reflexionando que era prudencia ir á reconocer el terreno, bajó para ir á la aldea de Denning-

court ; pero apenas dió algunos pasos por el jardin , cuando una criada corrió para darla una carta. "La familia de casa es tan mala , dijo ella, que ninguno ha querido subir esta carta á vuestro cuarto , aunque desde esta mañana estaba sobre la mesa del metrotel. Pero disculpadme , Miss, yo veo á Mr. Brudenel y á Miss Emilia : si ven que os hablo yo seré despedida."

Rosa , poco deseosa de encontrarse con ninguno de la familia , se interno en un sendero opuesto , y mirando el sobre de la carta conoció la letra de Montreville , la arrojó en el suelo , y se alejó ; pero reflexionando que venia á su nombre , y que si la cogian podian sospechar que efectivamente era ella , volvió hácia atrás , y se dispuso á rasgarla , cuando al traves de las ojas vió uno de los paños de la casa-



ca del Mayor. Por esto metió la carta en su bolsillo, y tomó precipitadamente el camino de la aldea de Denningcourt.

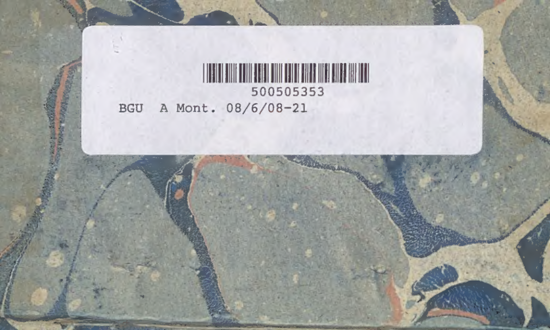
FIN DEL TOMO VIII.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE SE CONTIENEN EN ESTE TOMO VIII.






OBRAS
DE
BENNET
12


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm